

ecología Política

Cuadernos de debate internacional

¿Auge o crisis del ecologismo?

Perspectivas sobre culturas y sensibilidades ecologistas

Análisis de los nuevos movimientos sociales conectados al activismo ecológico

Resistencias a la crisis ambiental vinculadas al sur y a comunidades locales

Índice

EDITORIAL

EN PROFUNDIDAD

- 10 **Naturalismo moderno y corrientes del ecologismo**
William Sacher
- 19 **El ecologismo en la época de la pospolítica. Del ecologismo militante al emocional: límites estructurales del discurso ecologista**
José Enrique Antolín Iría
- 27 **¿Quiénes son los sujetos dignos de consideración moral? Una aproximación al debate entre el holismo ecológico y el atomismo moral animalista en la filosofía ecofeminista**
Angélica Velasco Sesma
- 34 **Materiales para un ecologismo activo, atractivo y combativo en el frente cognitivo**
Josu Larrinaga Arza
- 42 **Fundamentos socioecológicos del nuevo ecologismo. Nuevos y viejos movimientos ecologistas en Europa ante el desafío de la crisis civilizatoria**
David Soto Fernández, Manuel González de Molina y Francisco Garrido Peña

OPINIÓN

- 52 **¿Quo vadis, ecología política española?**
Florent Marcellesi
- 58 **Una nueva ola ecologista. ¿Puede la lucha contra la crisis climática construir nuevas mayorías sociales?**
Ismael de la Villa Hervás

BREVES

- 64 **Las letras pequeñas de los tratados de libre comercio**
Aizailadema Altamirano Avila.
- 69 **La inalterable escasez de iniciativas agroecológicas en el paisaje agroindustrial de Doñana**
Juan Francisco Bejarano Bella y Adolfo Torres Rodríguez
- 75 **La biología de la conservación, entre la hegemonía y las fugas**
Gabriela Klíer
- 79 **Comunidades en movimiento ante el cambio climático. ¿Resistentes o resilientes? El caso de Paipote, Chile**
José Sandoval Díaz y Francisco Astudillo Pizarro

84 La construcción del Movimiento por la Soberanía Popular en la Minería en Brasil: extractivismo y resistencia social

Gustavo Schiavinatto Vitti

89 Freno al colapso inminente: el movimiento por la justicia climática, los revolucionarios de Walter Benjamin

Jóao Camargo

REDES DE RESISTENCIA

98 Fraguas: la resistencia de una alternativa ecosocial autogestionada para repoblar la España vaciada

Raúl Almendro

103 Activismo climático y decrecimiento. El caso de Fridays For Future Barcelona

Inés Villanueva Pérez

ENTREVISTAS

108 *Despatriarcalizar* el ecologismo y *ecologizar* el feminismo. Entrevista a la Comisión de Ecofeminismos de Ecologistas en Acción-Madrid

Marién González Hidalgo

113 Entrevista a Ecologistas en Acción. Veinte años de ecologismo social y ecología política

Iñaki Bárcena Hinojal y Andere Ormazabal

Gastón

119 Ecologismo en Indonesia ¿auge o crisis? Entrevista a Sara Mingorría e Irene Iniesta

Joan Martínez Alíer

CRÍTICAS DE LIBROS

128 El hilo conductor de la ecología. Sobre el tiempo, la vida y el trabajo de André Gorz

Joan Martínez Alíer

Editores:

Joan Martínez Alier, Ignasi Puig Ventosa y Anna Monjo Omedes.

Equipo editorial invitado:

Iñaki Bárcena Hinojal, Gian Carlo Delgado, Isabel Balza Múgica y Francisco Garrido Peña.

Coordinación editorial:

María Prieto Castillo (articulos@ecologiapolitica.info).

Subscripciones:

Mar Santacana (subscriptores@ecologiapolitica.info).

Comunicación:

Raimon Ràfols (comunicacion@ecologiapolitica.info).

Diseño, maquetación e impresión:

Georgina Rosquelles y Pol-len edicions, scll.

Corrección ortográfica y de estilo:

Virginia Fernández Nadal.

Cubierta:

Extinction Rebellion.

Secretariado:

Fundació ENT.

C/ Josep Llanza 1-7, 2n 3a.

08800. Vilanova i la Geltrú. España.

Tf/Fax: +34 938935104.

Edita: Fundació ENT / Icaria editorial.

Consejo de Redacción:

Diego Andreucci, Sofía Avila, Gualter Barbas Baptista, Iñaki Bárcena Hinojal, Gustavo Duch, Irmak Ertör, Aniol Esteban, Núria Ferrer, Marc Gavaldà, Gloria Gómez, Marien González Hidalgo, Santiago Gorostiza, Eva Hernández, David Llistar, Horacio Machado Aráoz, Florent Marcellesi, María Antónia Martí Escayol, Patricio Igor Melillanca, Ivan Murray, Grettel Navas, Miquel Ortega Cerdà, Marta Pahissa, Jesús Ramos Martín, Albert Recio, Tatiana Roa, Jordi Roca Jusmet, Carlos Santos, Catalina Toro, Carlos Vicente, Núria Vidal, Joseph H. Vogel, Lucrecia Wagner y Mariana Walter.

Consejo Asesor:

Federico Aguilera Klink, Nelson Álvarez, Manuel Baquedano, Elisabeth Bravo, Jean Paul Deléage, Arturo Escobar, José Carlos Escudero, María Pilar García Guadilla, Enrique Leff, Esperanza Martínez, José-Manuel Naredo, José Augusto Pádua, Magaly Rey Rosa, Silvia Ribeiro, Giovanna Ricoveri, Victor Manuel Toledo, Juan Torres Guevara, Ivonne Yanez.

Impreso en Catalunya.

Diciembre de 2019. Revista bianual.

ISSN: 1130-6378

Dep. Legal: B. 41.382-1990

Ecología Política en internet

 <http://www.ecologiapolitica.info>

 <http://www.facebook.com/revistaecopol>

 http://twitter.com/Revista_Eco_Pol



Licencia Creative Commons de Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 3.0 España

Usted es libre de copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra, y hacer obras derivadas bajo las condiciones siguientes:

- **Reconocimiento.** El material puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos.
- **No comercial.** No puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- **Compartir igual.** Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, sólo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a esta.

Esto es un resumen legible del texto legal (la licencia completa) se encuentra disponible en <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/legalcode.es>

Editorial

El árbol genealógico del ecologismo tiene sus raíces en el conservacionismo, en la defensa de los parques y reservas naturales, ríos, montañas y bosques frente a la industrialización y al productivismo. Sin embargo, mientras que filántropos, excursionistas, biólogos y naturalistas de las clases altas y medias de los países del llamado Occidente defendían los lugares prístinos de la naturaleza salvaje, desde la segunda mitad del siglo XIX conocemos también las movilizaciones de la clase obrera en pueblos y ciudades en defensa de la salud y la justicia ambiental en las fábricas y en sus barrios.

En el Occidente capitalista, el movimiento antinuclear y las campañas y organizaciones del ecologismo social y político fueron posteriores al advenimiento de las organizaciones naturalistas y ambientalistas, en defensa de las aves, por ejemplo. También lo fueron las propuestas teóricas y prácticas de la ecología profunda o espiritual (*deep ecology*), y desde 1970 el movimiento de justicia ambiental y el ecologismo popular —del cual la revista ha sido portavoz desde su fundación— por nombrar las corrientes ideológicas y discursivas más relevantes del ecologismo. Lo cierto es que, desde sus orígenes hace cerca de ciento cincuenta años, encontramos diversos ecologismos que conviven y se solapan y que reivindican la readecuación de las relaciones entre sociedad y naturaleza con argumentos, actores y propuestas diferentes.

A riesgo de ser esquemáticos y simplistas, una de las divergencias más notables entre estas corrientes es la existencia de paradigmas disyuntivos entre naturaleza y sociedad (conservacionistas y espiritualistas se oponen en su defensa de la prevalencia de una sobre la otra), en contraste con la unión entre ambas y la complejidad que aporta el ecologismo social; sobre todo, la idea

de tejido (*tissue*) —por ejemplo, de la ecología humana de Edgar Morin— frente a la separación y prevalencia que proponen tanto el conservacionismo como la ecología profunda, desde posiciones antropocéntricas el primero y biocéntricas o ecocéntricas la segunda.

Desde el otro lado del Atlántico, el economista ecologista Enrique Leff nos dice que el ecologismo es un movimiento complejo, síntesis de numerosas reflexiones: materiales, existenciales, geográficas, políticas, sociales, filosóficas y ontológicas... que se superponen en tiempos y lugares distintos. La complejidad de la familia ecologista es una señal de identidad de este movimiento social y, en este contexto, las aportaciones de las corrientes ecofeministas son claramente enriquecedoras de la práctica y la teoría del ecologismo actual, con su introducción de los parámetros de la ecodependencia y la interdependencia frente al estereotipo de sujeto BBVA (burgués, blanco, varón, autónomo) predominante en el capitalismo occidental, como propone Yayo Herrero.

Este número de *Ecología Política*, el 58, ha tratado de buscar respuestas diversas a una cuestión general: ¿asistimos a un momento de auge o de crisis del ecologismo? Y hemos intentado reflejar el debate existente entre las distintas culturas y sensibilidades ecologistas en este periodo histórico de crisis climática y socioambiental. Las siguientes son algunas de las preguntas que nos hicimos al comenzar a elaborar este número: ¿qué formas de ecologismo están decayendo y cuáles emergen, y por qué ocurre esto?, ¿cómo debemos interpretar el auge de nuevos movimientos sociales conectados al activismo ecológico en su enfrentamiento a la crisis climática?, ¿cómo son las relaciones entre feminismo, ecologismo y animalismo?, ¿cuál es el desarrollo ac-

tual de la agroecología política como estrategia de politización de la producción y el consumo de alimentos y cómo se relaciona con la salud?, ¿cuáles son los nuevos retos conceptuales y políticos de la economía ecológica en la era de la globalización financiera?, ¿cómo evaluar el retorno de los comunes frente a la eficiencia del mercado y la expropiación de saberes comunes en el sistema global neoliberal?, ¿cómo están funcionando las estrategias de adaptación tecnocrática frente a alternativas radicales al extractivismo?, ¿es compatible el decrecimiento económico con el modelo democrático actual?, ¿cómo y por qué avanzan o retroceden los contramovimientos del ecologismo?, ¿cuál es la situación actual del populismo conservador, del racismo ambiental y del negacionismo climático?

Estos eran los temas que se plantearon para este número, con la intención de explorar las dinámicas de nuevos movimientos sociales relacionados con el activismo ecológico, sus claros y sus sombras, sus avances y retrocesos y sus razones.

En cuanto a la estructura de este número 58, en el apartado «En Profundidad» contamos con cinco artículos que, desde distintos puntos de vista, hacen referencia a las clasificaciones, relaciones, debates y tensiones entre los diversos discursos, corrientes y planteamientos del ecologismo actual, con una mirada retrospectiva hacia el ecologismo de décadas anteriores.

Abre la sección William Sacher, de la Universidad Andina Simón Bolívar, con un artículo sobre el naturalismo moderno y las corrientes del ecologismo en el que caracteriza y analiza las principales corrientes actuales del ecologismo. A continuación, el activista y sociólogo José Enrique Antolín Iría reflexiona sobre el llamado eco-

logismo emocional y sus consecuencias, y nos habla de los límites estructurales del discurso ecologista y de cómo, a su entender, en este tipo de nuevo ecologismo, la acción política deja de verse como experiencia colectiva y es sustituida por la acción individual.

¿Quiénes son los sujetos dignos de consideración moral?, se pregunta la filósofa castellana Angélica Velasco Sesma en el tercer artículo, en el que analiza el debate entre el holismo ecológico y el atomismo moral animalista desde el punto de vista de la filosofía ecofeminista. La autora reflexiona sobre si la sociedad pacífica e igualitaria que buscan los movimientos sociales como el ecologismo, el feminismo o el ecofeminismo puede fundarse sobre la violencia contra los animales, como critican las corrientes animalistas. A continuación, el profesor de Antropología, sociólogo y periodista vasco Josu Larrinaga Arza nos muestra sus «Materiales para un ecologismo activo, atractivo y combativo en el frente cognitivo». Un texto en el que propone que el activismo y el pensamiento ecologista en ocasiones pueden chocar con los límites impuestos por el sistema cognitivo de la especie humana, más en concreto con el prometeísmo.

El quinto artículo es un texto colectivo de David Soto Fernández (profesor de Historia Económica en la Universidad Santiago de Compostela), Manuel González de Molina (profesor de Historia Ambiental en la Universidad Pablo de Olavide) y Francisco Garrido Peña (profesor de Filosofía Moral en la Universidad de Jaén) que analiza los fundamentos socioecológicos del nuevo ecologismo y las relaciones entre los nuevos y los viejos movimientos ecologistas en relación con temas como el consumo de recursos, el crecimiento económico, la desigualdad y la conflictividad ambiental en España y en Europa.

En la sección «Opinión», en un artículo titulado «¿*Quo vadis*, ecología política española?», el eurodiputado verde Florent Marcellesi nos muestra su visión sobre los posibles escenarios futuros del espacio verde en España y las condiciones necesarias para su eclosión como actor central de la política española y europea. Le sigue el politólogo Ismael de la Villa Hervás con su punto de vista acerca de si la lucha contra la crisis climática puede construir nuevas mayorías sociales. En su texto, reflexiona sobre el posible nacimiento de una nueva ola ecologista con idiosincrasia y potencialidades distintas a la de los años sesenta, y explora las posibilidades de crecimiento de este nuevo movimiento en el mundo occidental.

En tercer lugar, cinco artículos componen la sección «Breves». Desde Andalucía, Juan Francisco Bejarano Bella y Adolfo Torres Rodríguez observan la inalterable escasez de iniciativas agroecológicas en el paisaje agroindustrial de Doñana y describen las posibilidades y dificultades de la agroecología en este emblemático espacio protegido andaluz. Finalmente, apuntan la necesidad de una transición agroecológica ante el complejo horizonte del cambio climático. A continuación, Gabriela Klier presenta un artículo sobre la biología de la conservación en el que cuestiona la noción de naturaleza y el rol de las ciencias naturales en las problemáticas ambientales, al tiempo que comenta las dinámicas hegemónicas y las fugas que se producen en este campo.

Por su parte, centrados en el ámbito de Latinoamérica, Aizailadema Altamirano Avila reflexiona sobre las consecuencias de los tratados de libre comercio. José Sandoval Díaz y Francisco Astudillo Pizarro abordan el caso de Paipote (Chile) para explorar la relación dialéctica entre la producción de vulnerabilidad y la emergencia de la resiliencia comunitaria ante eventos extremos como el cambio climático. Desde Brasil, Gus-

tavo Schiavinatto Vitti nos habla del extractivismo y de la resistencia social en la construcción del Movimiento por la Soberanía Popular en la Minería de Brasil (Movimento pela Soberania Popular na Mineração - MAM) en la Amazonía brasileña.

Y desde Portugal el ingeniero ecosocialista João Camargo argumenta sobre los nuevos movimientos de justicia climática que proponen una revolución social en la línea de Walter Benjamin, y los considera como un freno revolucionario de emergencia ante la crisis medioambiental.

En el apartado «Redes de Resistencia», ofrecemos dos interesantes artículos. El primero, de Raúl Almendro, presenta el proyecto de *okupación* rural comunitario de Fraguas (Guadalajara, Castilla-La Mancha), una alternativa ecosocial autogestionada para acometer la necesaria repoblación de la España vaciada. A continuación, Inés Villanueva Pérez —mitad catalana, mitad manchega— nos habla de los vínculos entre el activismo climático y las teorías y experiencias de decrecimiento, a partir del caso del nuevo movimiento ecologista Fridays for Future Barcelona.

En la sección «Entrevistas», más extensa que en otros números de *Ecología Política*, hay tres artículos. En la primera entrevista, titulada «*Depatriarcalizar* el ecologismo y *ecologizar* el feminismo», la ecofeminista Marién González Hidalgo entrevista a seis compañeras de la Comisión de Ecofeminismos de Ecologistas en Acción-Madrid, que reflexionan sobre el auge del ecofeminismo, así como acerca de las tensiones y los retos a los que se enfrenta.

En segundo lugar, Iñaki Bárcena Hinojal y Andere Ormazabal Gastón, investigadores de la Universidad del País Vasco, entrevistan a cuatro activistas de Ecologistas en Acción para realizar un balance de los veinte años de ecologismo

social y ecología política de esta organización confederal del Estado español.

Por último, Joan Martínez Alier habla con Sara Mingorría e Irene Iniesta, estudiosas y buenas conocedoras de los conflictos ambientales en Indonesia. La entrevista se titula «Ecologismo en Indonesia: ¿auge o crisis?» y analiza el extractivismo y las posibilidades de futuro del movimiento ambientalista en ese país.

Cierra este número la sección «Crítica de Libros», que incluye una reseña de Joan Martínez Alier sobre una introducción al pensamiento ecosocialista de André Gorz (1923-2007) titulada «El hilo conductor de la ecología. Sobre el tiempo, la vida y el trabajo de André Gorz».

Para finalizar, nos parece oportuno recordar — como lo hacía el sociólogo cántabro Jesús Ibáñez — las diferencias existentes entre ecología y ecologismo. Ibáñez decía que nadie se equivoca al distinguir entre sociología (ciencia) y socialismo (teoría o movimiento sociopolítico para subvertir el capitalismo). Sin embargo, la cosa se nos complica cuando utilizamos la expresión «ecología política» para recalcar que los problemas ambientales no son solamente tecnológicos ni demográficos, sino que están íntimamente ligados a los problemas sociales y su resolución requiere cambios sociopolíticos. Por eso para nosotros y nosotras, fortalecer el ecologismo social y político es una tarea primordial en tanto plataforma de confluencia de diversas formas de resistencia y lucha, de lenguajes, conceptos, interpretaciones y en sí de conocimientos y prácticas territorializadas que pueden abrir cauce a genuinas alternativas socioecológicas tanto en el Norte, como en el Sur global. ■

Iñaki Bárcena Hinojal, Gian Carlo Delgado, Isabel Balza Múgica y Francisco Garrido Peña

Revista PAPELES



www.revistapapeles.es

FUHEM
educación+
ecosocial



En profundidad

Naturalismo moderno y corrientes del ecologismo

William Sacher

El ecologismo en la época de la pospolítica. Del ecologismo militante al emocional: límites estructurales del discurso ecologista

José Enrique Antolín Iría

¿Quiénes son los sujetos dignos de consideración moral? Una aproximación al debate entre el holismo ecológico y el atomismo moral animalista en la filosofía ecofeminista

Angélica Velasco Sesma

Materiales para un ecologismo activo, atractivo y combativo en el frente cognitivo

Josu Larrinaga Arza

Fundamentos socioecológicos del nuevo ecologismo. Nuevos y viejos movimientos ecologistas en Europa ante el desafío de la crisis civilizatoria

David Soto Fernández, Manuel González de Molina y
Francisco Garrido Peña



Naturalismo moderno y corrientes del ecologismo

William Sacher*

Resumen: En este artículo se procede en primer lugar a una caracterización sintética de las concepciones de la relación sociedad-naturaleza que coexisten en el pensamiento moderno, analizando las dimensiones ontológica, ética y metafísica de esta relación. Emergen dos grandes ontologías (el naturalismo «bipolar» y el «dialéctico») y tres visiones dominantes: la tecnocentrista, la conservadora y la socialconstruccionista. Se analiza luego cómo estas visiones se relacionan con las corrientes actuales del ecologismo. Este se abre en tres corrientes: los ecologismos liberales, los conservacionismos y los ecomarxismos, que, de manera transversal, son herederos de las tres visiones precedentes. A pesar de que la ontología naturalista bipolar y la visión conservadora sean las que más han influido en el pensamiento ecologista, este comprende un espectro ancho y complejo de propuestas y subcorrientes híbridas que recorren numerosas vertientes del pensamiento moderno y todo el abanico político desde el neoliberalismo hasta el socialismo.

Palabras clave: naturalismo, ecología, relación sociedad-naturaleza, naturalismo bipolar, conservacionismo, corrientes del ecologismo

Abstract: This article offers first a synthetic characterization of the conceptions of the society-nature relationship that coexist in modern thinking, analyzing more specifically the ontological, ethical and metaphysical dimensions of this relationship. Two great ontologies «bipolar» and «dialectical» naturalism- and three dominant visions emerge: the «techno-centrist», the «conservationist» and the «social-constructionist». The article then turns to the analysis of how these visions relate to the current tendencies of ecology and environmentalism. Three main trends are described: liberal environmentalism, conservationism and ecomarxism, which, in a transversal way, are all related to the three aforementioned visions. Although the «bipolar» ontology and the «conservative» vision have been the most influential in environmental thinking, the latter includes a broad and complex spectrum of hybrid proposals and sub-trends that run through many aspects of modern thinking and the entire political range from neoliberalism to socialism.

Keywords: naturalism, ecology, nature-society relation, bipolar naturalism, conservationism, trends of environmentalism.

* Profesor del Área de Ambiente y Sustentabilidad de la Universidad Andina Simón Bolívar. *E-mail:* william.sacher@uasb.edu.ec.

Introducción

De reivindicación política marginal en la década de 1970, la ecología ha pasado a ser hoy uno de los principales temas de la actualidad y de la agenda política global, si no el principal. En los ámbitos político, institucional, académico, económico, social y cultural, una pléyade de actores pretende defender la naturaleza: la Organización de las Naciones Unidas; agencias de cooperación y organizaciones no gubernamentales internacionales; presidentes y ministros de Gobiernos neoliberales; las élites económicas globales reunidas en Davos,¹ militantes ecosocialistas anticapitalistas; ecofeministas; «colapsólogos» a favor del decrecimiento; survivalistas libertarios; «etnonacionalistas ecofascitas».² A pesar de la diversidad de estos sujetos, todos y todas reclaman de una manera u otra la necesidad de proteger la naturaleza y el planeta y, por lo tanto, promueven una agenda «ecologista».

De igual manera, la ecología parece tener enemigos de todas las tendencias. Desde los primeros éxitos del movimiento ecologista global en los años setenta, la izquierda más radical ha contado con duros críticos de los ecologistas, estigmatizados por sus «preocupaciones pequeñoburguesas» sospechosas de desviar la atención de la lucha de clases (Benton, 1989).³ Por otro lado, dirigentes políticos asociados tanto a la derecha como a la izquierda socialdemócrata a menudo han formulado críticas agresivas contra reivindicaciones ecologistas, tanto en el Norte como en el Sur geopolítico (Svampa, 2013; Martínez Alier, 2013).

En cualquier caso, tanto el ecologismo como proyecto político como también sus opositores —ya sean liberales o socialistas— parecen cubrir todo el espectro político. En medio de estas

convergencias y divergencias esperadas e inesperadas, es difícil aislar una descripción unificada de la idea de ecología y del proyecto ecologista. Frente a este panorama, la tarea de desmenuzar las diferentes posturas ecologistas aparece como titánica, y tal vez aún no ha recibido la atención merecida. Por cierto, existen en la literatura esbozos de clasificación de las distintas expresiones del ecologismo. Es por ejemplo el caso de la tríada «evangelio de la ecoeficiencia», «culto a la vida silvestre» y «ecologismo popular» propuesta por Joan Martínez Allier (2006),⁴ la oposición entre tecnocentrismos y ecocentrismos identificada por Noel Castree (2000) y otros trabajos destacables (Benton, 1989; Harvey, 1996; Bebbington y Bebbington, 2009). No he podido ubicar, sin embargo, trabajos que sinteticen la complejidad del espectro actual de los ecologismos, y sus orígenes filosóficos y políticos. Es la tarea propuesta en el presente trabajo.

¿Cómo podemos identificar concepciones diversas de la naturaleza y sobre todo de la relación sociedad-naturaleza en el pensamiento moderno? ¿Y cómo estas concepciones fundamentaron y orientaron al ecologismo y las diferentes corrientes que le componen? Organicé el trabajo alrededor de estos dos interrogantes y me nutrí de la literatura existente, que abarca varias disciplinas. Después de haber identificado las grandes concepciones de la dualidad naturaleza-sociedad coexistentes en la modernidad, intenté vincularlas a las actuales corrientes notorias del ecologismo. Presento los resultados en dos tablas sintéticas interrelacionadas. Advierto de antemano que las categorías presentadas en estas tablas son indicativas, pues el objetivo no es encerrar las diferentes expresiones del ecologismo en cajas rígidas, sino dar cuenta de la amplitud y complejidad de las corrientes ecologistas y de las ideas que las inspiraron.

El texto se divide en tres partes. En la primera, sitúo cultural e históricamente el concepto de na-

1. <https://www.weforum.org/agenda/2019/01/in-2020-we-need-a-new-deal-for-nature/>.

2. Así se autoidentificó el autor de los atentados contra las mezquitas en Christchurch, Nueva Zelanda, el 15 de marzo de 2019 (Klein, 2019: 95).

3. Al contrario, los movimientos ecologistas han criticado el socialismo por sus tendencias productivistas.

4. Y otros análisis en publicaciones anteriores, como Martínez Alier, 1992.

turalaleza y la separación naturaleza-sociedad. La segunda parte está dedicada a detallar las grandes concepciones de naturaleza y de la relación naturaleza-sociedad que coexisten en la modernidad. En la tercera parte, uso estas concepciones y las articulo a un esbozo de espectro de las corrientes actuales del ecologismo.

La cosmovisión moderna: el naturalismo

La separación entre el mundo natural y el mundo humano, social y cultural, la dualidad sociedad-naturaleza, aparece como un elemento fundamental en la modernidad (Latour, 1997). En efecto, es parte integrante de lo que Bruno Latour llama la «constitución moderna»: asienta el marco conceptual dentro del cual se desarrolló y se sigue desarrollando la visión moderna del mundo. Desde luego, raramente se ha cuestionado la validez de esta dualidad como prisma para aprehender el mundo.

La antropología, sin embargo, ha demostrado que esta división no es universal, pues en numerosas ontologías no modernas incluso esta división aparece inoperante.⁵ Con su división entre naturaleza y sociedad (o cultura), la modernidad impuso una forma inédita de ver el mundo en la historia de la humanidad (Descola, 2003: 47). A esta cosmovisión moderna, Philippe Descola la llama «naturalismo», una caracterización que encuentro útil y que usaré extensamente a continuación.

Por repercusión, el mismo concepto de naturaleza aparece histórica y socialmente situado, orientado por una visión específica del mundo heredada de la Ilustración y la filosofía griega. El ecologismo (o los ecologismos), en cuanto hijo de este «naturalismo moderno», ha hecho de este concepto de naturaleza la idea central alrededor de la cual ha construido su proyecto político.

5. Más bien, en las sociedades humanas, la dualidad interioridad-materialidad de los entes humanos y no humanos aparece como más frecuente para aprehender el mundo (Descola, 2003: 30-35).

Descola nos muestra, sin embargo, que es posible pensar las relaciones entre lo humano y lo no humano fuera de las coordenadas que nos impone la modernidad y, ¿por qué no?, ahí encontrar fuentes de inspiración para *otros ecologismos* que nos permitan superar las eventuales paradojas e *impases* actuales del ecologismo.

Primer momento: desglosar el naturalismo moderno

Si la dualidad naturaleza-sociedad es constituyente del naturalismo moderno, ¿cómo y con qué variantes concibe la relación entre los dos polos de esta dualidad? Este fue el interrogante que guio mi trabajo en el primer momento, y presento las conclusiones en la Tabla A. Con sus cinco filas, esta se organiza alrededor de varias dimensiones del naturalismo moderno: ontológica; ética; metafísica; su visión de la relación sociedad-naturaleza, y la filosofía política de la acción humana y los límites de la naturaleza. Procedo en esta sección a una descripción detallada de los principales elementos de esta primera tabla.

*Naturalismo bipolar y naturalismo dialéctico*⁶

Divido el naturalismo moderno en dos ontologías que remiten a dos concepciones contradictorias de la relación naturaleza-sociedad: el que propongo llamar «naturalismo bipolar» y el «naturalismo dialéctico», dos naturalismos que definen las dos columnas principales de la Tabla A (y luego de la Tabla B). De estas dos concepciones, se desprenden diferentes aspiraciones y visiones a nivel ético, metafísico y político.

El naturalismo bipolar: la ontología dominante

Propongo llamar «naturalismo bipolar» a la ontología dominante de la relación sociedad-naturaleza en el naturalismo moderno, la cual se caracteriza por considerar ambos polos, naturaleza y sociedad, como dominios *separados* y re-

6. Las reflexiones aquí presentadas se nutren en particular de Smith (2008) y Castree (2000).

lativamente *autónomos*, es decir, en interacción a distancia. En términos usados en la literatura en inglés, se trata de una naturaleza *out there* con la cual entra en relación una sociedad *in here*. La naturaleza tiende a ser considerada como un dominio estático ahistórico y universal, determinado y caracterizado por un conjunto de leyes y procesos inmutables. La humanidad, por su parte, está condenada a enfrentar esta naturaleza inmutable (externa, pero también su propia naturaleza interna).

El naturalismo bipolar otorga dos características adicionales a la naturaleza: es *externa* y es *universal* (Smith, 2008: 10-48). Neil Smith (2008) ilustra este argumento a partir del ejemplo de las concepciones manejadas por la ciencia moderna y la tradición poética norteamericana. La primera estudia una naturaleza considerada como *externa*, y pretende que el alcance de sus conocimientos sea universal. La segunda, heredada del romanticismo del siglo XIX, celebra la experiencia sensible de los paisajes y de la naturaleza externa: salvaje, prístina y virgen. Asociada a los movimientos *back to the land*, también defiende una visión holística (y no mecanicista) de la naturaleza.⁷ Estas dos posturas, a la vez «interrelacionadas y mutuamente contradictorias» (Smith, 2008: 27), constituirían dos raíces importantes del ecologismo (Pepper y Worster, citados en Bramwell, 1989).

El naturalismo dialéctico: la herencia marxista

La segunda ontología que identifico es el «naturalismo dialéctico», consistente en ver a la naturaleza y la sociedad como dos entidades involucradas en un proceso de coevolución (y no dos polos en interacción a distancia). En consecuencia, la naturaleza y la sociedad de hoy son las resultantes de un continuo proceso histórico de codeterminación mutua.

7. Es decir, como un todo coherente, virtuoso y digno, al contrario de la civilización, vista como fea, sucia y confusa. Esta concepción se hace eco del monismo de Ernst Haeckel, el padre del concepto de ecología, y de otras corrientes europeas de los siglos XIX y XX (Bramwell, 1989; Biehl y Staudenmeier, 1995).

Esta visión debe mucho a Karl Marx (Schmidt, 2014: 15-17). En varias partes de su obra, resalta el carácter dialéctico de la relación entre seres humanos y naturaleza, que se expresa a través de lo que él llama el *metabolismo* entre sociedad y naturaleza, entendido como el intercambio físico de materiales entre ambas, mediado y controlado a través del trabajo humano.⁸ Con su trabajo, el ser humano «transforma la naturaleza», y luego «transforma a la vez su propia naturaleza» (Marx, 1975: 215). Por lo tanto, la naturaleza es «humanizada mientras los hombres son naturalizados» y «en cada caso históricamente determinada» (Schmidt, 2014: 78). Sin embargo, a cada condición histórica y cada modo de producción corresponde una forma metabólica específica de mediación entre la sociedad y la naturaleza.

La ética naturalista: prometeicos contra conservadores

El estudio de la dimensión ética de la relación sociedad-naturaleza conduce a otro parteaguas, es decir, a dos imperativos normativos: el *conservador* y el *prometeico*. El primero influyó considerablemente al ecologismo. Plantea la necesidad para los seres humanos de respetar las leyes de la naturaleza desde una perspectiva arcadiana, estética, contemplativa, romántica, hasta teológica. El segundo considera la naturaleza como un objeto de dominación y de explotación de acuerdo con la racionalidad y la ciencia moderna. Esta división se hace eco de las dos tradiciones del naturalismo bipolar evocadas anteriormente, las cuales llevan a dos posturas éticas diferentes: el ser humano debe ser un Prometeo que enfrenta y domina la naturaleza, o bien un «pastor» a quien le toca cuidarla e incluso venerarla.

Tres grandes visiones naturalistas de la relación sociedad-naturaleza

Del cruce entre las dimensiones ontológica (naturalismo bipolar o dialéctico) y ética (prometeico o conservador), surgen tres grandes visiones

8. Visto como una condición transhistórica de la humanidad (Marx, 1976: 290).

naturalistas: la «tecnocentrista», la «conservadora» y la «socialconstruccionista». En la Tabla A, se pueden apreciar estas tres visiones (con un fondo de color diferente) y cómo derivan en concepciones distintas acerca de la naturaleza y su relación con la sociedad. La postura conservadora (es decir el naturalismo bipolar conservador), central en la tabla, es la que tiene mayor influencia en el ecologismo.

Las visiones tecnocentrista y socialconstruccionista se asocian a la ética prometeica. Ambas avalan el papel de la ciencia y la técnica para mejorar el bienestar de la humanidad. Sin embargo, mientras los tecnocentristas son naturalistas bipolares y defienden una relación sociedad-naturaleza funcional al capital y su necesidad de acumulación perpetua, los socialconstruccionistas son naturalistas dialécticos y promueven una relación funcional al proyecto socialista y sus aspiraciones. El término *socialconstruccionismo* (Benton, 1989: 78; Castree, 2000: 15) remite a una visión que enfatiza el carácter histórico y socialmente situado y construido de la naturaleza.⁹

Dimensión metafísica y límites de la naturaleza a la acción humana

A cada una de estas tres visiones corresponde una concepción específica de los límites de la naturaleza (es decir, los límites inmediatos que impone la naturaleza a la acción humana¹⁰ y su carácter finito). Para analizar esta cuestión, además de las dimensiones precedentes (ontológica y ética), interviene aquí la dimensión metafísica de la relación sociedad-naturaleza, es decir, el énfasis que se pone en su carácter *inmanente* o *transcendente*.

La visión conservadora resalta su carácter transcendente. Según esta, la humanidad no puede escapar de una serie de leyes y condiciones naturales transhistóricas e inmutables (asociadas a

la naturaleza externa e interna al ser humano) que determinan el desempeño de las sociedades humanas y el tipo de relación que estas establecen con su entorno. Para Benton (1989), los conservadores se dividen entre evaluativos y epistémicos. Los primeros consideran que esta determinación es deseable y conduce al bienestar de la humanidad (por ejemplo, los supremacistas), mientras que los segundos reconocen que no lleva a situaciones éticamente satisfactorias, pero es imposible evitarlas.

La visión tecnocentrista, por su parte, reconoce el carácter transcendente de la naturaleza y sus leyes, pero cree en la existencia de fuerzas sociales internas (la creatividad, el conocimiento y la técnica) que permiten —al menos parcialmente— superar sus límites. Para terminar, los socialconstruccionistas consideran que las leyes que rigen la organización y la capacidad de acción de las sociedades humanas son en gran medida contingentes y el resultado de procesos inmanentes. Están histórica y socialmente situadas, y la humanidad podría superar los posibles límites que se presentaran si lograra construir una nueva dialéctica naturaleza-sociedad poscapitalista.

Para los socialconstruccionistas, reconocer la existencia de límites naturales es potencialmente legitimar («naturalizar») órdenes sociales desiguales ya establecidos (capitalismo, patriarcado, segregación racial, etc.) y frenar el advenimiento del socialismo. Remarcamos que los tecnocentristas y los socialconstruccionistas rechazan la existencia de límites naturales por razones tanto ontológicas como éticas y políticas, pues reconocer límites a la naturaleza representa un freno a la realización de sus utopías.

Cada una de las dimensiones analizadas en esta sección merecería un examen mucho más detallado, imposible de realizar en el marco del presente texto por restricción de espacio. Ahora bien, a continuación procedo a analizar cómo las tres grandes visiones del naturalismo moderno identificadas enmarcan, a su vez, el espectro de los ecologismos.

9. Este constructivismo se define de acuerdo con una perspectiva material, y no con el sentido común usado en los estudios culturales (Castree, 2000: 32).

10. Como la imposibilidad de crear energía.

Naturalismo y ecología: el espectro de los ecologismos

¿Con cuáles de estas tres visiones de la relación sociedad-naturaleza se articulan las diferentes corrientes del ecologismo? Una síntesis de las respuestas a esta pregunta se puede apreciar en la Tabla B, en la que cada corriente ecologista considerada está ubicada en el espacio definido por las tres columnas de la Tabla A que corresponden a las visiones tecnocentrista, conservadora y socialconstruccionista (la Tabla B tiene que leerse conjuntamente con la Tabla A). Notamos que numerosas subcorrientes específicas del ecologismo (las corrientes y subcorrientes del ecologismo aparecen con un fondo más oscuro) interceptan varias columnas de la Tabla A a la vez, lo cual quiere dar cuenta de la variedad y multiplicidad de influencias, concepciones y reivindicaciones que atraviesan las diversas tendencias del ecologismo existentes y el carácter híbrido de muchas de ellas. En el marco de este texto, me resulta imposible presentar una versión más completa de la Tabla B (por ejemplo, con autores y actores políticos específicos). Tal ejercicio será el objeto de próximos trabajos.

Las tres grandes visiones identificadas en la sección anterior coinciden parcialmente con tres corrientes: los tecnooptimismos antropomorfistas, los ecologismos y los socialconstruccionismos antropomorfistas. La segunda categoría es la que nos interesa muy en particular aquí; a continuación me centro en la descripción de las diferentes subcorrientes que la componen.

Tres ecologismos dominantes: ecologismos liberales, conservacionismos y comarxismos

Estas tres grandes corrientes de ecologismos muestran preocupaciones por la destrucción medioambiental, pero los primeros tienden a acomodar los imperativos y las exigencias del capital y promueven el «desarrollo sostenible», la «modernización ecológica» y la «coeficiencia», es decir, el capitalismo verde. Operan una síntesis mediante diálogos, negociaciones y co-

lusiones entre ecología y capital (y ecología y mercado), un aspecto que se refleja en las tablas por el hecho de que los ecologismos liberales interceptan a la misma vez las columnas definidas por las visiones tecnocentrista y conservadora. Los ecologismos liberales influyen en corrientes notorias del ecologismo como la biología de la conservación y las ramas liberales del ecofeminismo, del movimiento de justicia ambiental y de la economía ecológica.

Los conservacionismos, por su parte, son herederos del naturalismo (bipolar) conservador y conforman la corriente histórica del ecologismo. Abogan por la primacía del respeto de las leyes y la integridad de la naturaleza sobre el progreso económico y humano, así como por la acumulación del capital. De acuerdo con Castree (2000: 11), divido estos conservacionismos en dos subcategorías: los bioecocentrismos y los antropocéntricos. Los últimos corresponden a la franja más activa de la ola ecologista de las décadas de 1960 y 1970, con autores neomalthusianos, y tienden más a una visión conservadora epistémica. Por su parte, los bioecocentrismos se inspiran en gran medida en las visiones iniciales de la ecología, como los movimientos románticos del regreso a la tierra de finales del siglo XIX en Estados Unidos y Alemania; plantean romper con el antropocentrismo y ponen el énfasis en el polo de la naturaleza en vez del polo de la sociedad. Promueven una visión integral y holística de la naturaleza, reivindican que se la respete por sí misma, por sus «valores intrínsecos», y a menudo le prestan una dimensión ontológica (tienden más a una visión conservadora evaluativa, en los términos definidos por Ted Benton). Como vemos en la Tabla B, los conservacionismos influyen en la gran mayoría de los ecologismos conocidos: la ecología profunda y la biología de la conservación, por supuesto, pero también el sociobiologismo, el antiespecismo, la ecoteología, el survivalismo y el ecolibertarianismo, así como supremacismos y ecofascismos, ciertos ecologismos populares y el ecofeminismo de afinidad (Eaton y Lorentzen, 2003).

Concepciones de la naturaleza y ecologismos en el “Naturalismo Moderno”

		“NATURALISMO MODERNO”				
		NATURALISMO “DIALÉCTICO”		NATURALISMO “BIPOLAR”		
Dimensión ontológica	Relación dialéctica Sociedad-Naturaleza Co-determinación mutua entre sociedad y naturaleza. Naturaleza dinámica e historicizada.	Dualismo Sociedad-Naturaleza Naturaleza <i>out there</i> , Sociedad <i>in here</i> , Naturaleza <i>externa</i> , Naturaleza <i>universal</i> , Naturaleza estática y atemporal (posiblemente dominable). Naturaleza vista desde varias posturas, posiblemente antagónicas: romántica y poética, ontológica, objeto de dominación desde la racionalidad instrumental				
Dimensión ética	Prometéico	Conservador		Prometéico		
Dimensión metafísica	Naturaleza immanente <i>En contra de una naturaleza transcendente que puede legitimar proyectos políticos de dominación.</i>	Naturaleza transcendente				
Visión	Social-construccionista	Conservadora		Tecnocentrista		
Limitación de la acción humana	Es posible superar al menos parcialmente las restricciones impuestas por la naturaleza. Una naturaleza post-capitalista es posible. <i>Utópicos</i> <i>Realistas</i>	Existe unas características inalterables y universales que determinan y limitan la acción humana. <i>Evaluativo</i> : las desigualdades son partes de la buena vida <i>Epistémico</i> : aspira a la igualdad, pero piensa que la naturaleza interna o externa nos impide alcanzar esta emancipación.				
				Existe límites en la naturaleza pero existe fuerzas immanentes en la sociedad que permite superarlas (con la ciencia y la tecnología). <i>Realistas</i> <i>Cormcopuianos</i>		
		Tabla B				
Corrientes	“Social-Construccionismos” antropomorristas	Ecologismos				Tecno-optimismos antropomorristas
	“Radical” “Ortodoxo”	Ecomarxismos	Antropocéntricos	Conservacionismos	Ecologismos liberales	Transformación de la naturaleza con la tecnología y bajo los auspicios del mercado.
	“Producción del Espacio”, “Producción de la Naturaleza”	“Fractura Metabólica”, “Segunda contradicción del capitalismo”, ...		<i>Bio/eco-céntricos</i> “La naturaleza por sí misma” Neo-Malthusianismo	“Gobernanza ambiental”, “Desarrollo sostenible”, “Modernización ecológica”, “Ecoeficiencia”, Capitalismo verde, ...	
		Anarcoecologismo, Ecología social, Comunalismo		Ecología profunda, antispeciesismo, “Back to the Land”, “colapsología”		
		Ecosocialismos Decrecimiento		Ecofascismos, Sociobiologismo, Survivalismo, Supremacismo, ...	Ecoliberalismo	
		Escuela de Frankfurt		Biología de la conservación		
			“Ecologismo popular”, Ecología pos-colonial y Movimientos de justicia ambiental	Transhumanismo		
		Social-construccionista	Ecofeminismos	Liberal		
			De afinidad			
			Economía Ecológica		Econ. Ambiental	
		“Radical”	“Crítica”	“Conservadora”	Ecol. Industrial	

Elaborado por el autor. Fuentes: Construidas a partir de Castree (2000), Benton (1989), Harvey (1993), Smith (1991), Latour (1993), otros autores y elementos propios.

Imagen 1: Tablas A y B. Autor: elaboración propia

Los ecomarxismos constituyen una tercera gran corriente del ecologismo. Plantean la construcción de una ecología informada por la economía política marxista, la necesidad de tomar en cuenta la especificidad del capitalismo como modo de producción y el imperativo de acumulación infinita como motor de las destrucciones socioambientales. Desde un punto de vista político, se encuentran a la izquierda del espectro de los ecologismos, en la frontera entre las visiones conservadora y socialconstruccionista de la relación sociedad-naturaleza, y más generalmente entre el naturalismo bipolar y el dialéctico. Los ecomarxismos, sin embargo, tienden a vincularse más al naturalismo bipolar que al dialéctico (Sacher, 2019). Esta corriente influencia al ecosocialismo, el ecoanarquismo y la ecología social, y dialoga con ellos, así como con la rama socialconstruccionista del ecofeminismo.

Conclusiones

Varias concepciones de la relación sociedad-naturaleza coexisten en el pensamiento moderno, y parten de fundamentos filosófico-políticos variados. He analizado aquí cómo estas concepciones se relacionan con las grandes corrientes presentes en los ecologismos de hoy. Esta tarea, realizada a partir de una revisión parcial de la literatura sobre estos temas, dio lugar a la producción de dos tablas que sintetizan las diferentes corrientes y concepciones identificadas y analizadas.

Después de recordar el carácter fundamental de la dualidad naturaleza-sociedad en la visión moderna del mundo (el naturalismo), he mostrado que dentro de esta última emergen dos grandes ontológicas opuestas: el naturalismo dialéctico y lo que llamo el naturalismo bipolar. El primero concibe la relación entre sociedad-naturaleza como una continua y mutua codeterminación,

al mismo tiempo que dota de historicidad a la naturaleza. En cambio, el naturalismo bipolar concibe la relación entre sociedad y naturaleza como una lucha entre dos entidades estáticas, conceptualmente separadas y en interacción a distancia. Desde un punto de vista ético, en la modernidad surgen dos enfoques normativos importantes, con puntos de vista opuestos acerca de *cómo* organizar la relación entre naturaleza y sociedad: el prometeico y el conservador. El cruce de las dimensiones ontológica, ética y metafísica de la relación sociedad-naturaleza en la modernidad da lugar a tres grandes visiones naturalistas: el tecnocentrismo, el conservacionismo y el socialconstruccionismo. Adicionalmente, a estas se asocian posturas específicas sobre los límites que la naturaleza impone a la acción humana.

El estudio del ecologismo, por su parte, demuestra que está dominado por tres grandes corrientes: los ecologismos liberales, los conservacionismos y los ecomarxismos. Estas tres tendencias son herederas, de manera transversal, de las visiones descritas en la Tabla A y abarcan una importante serie de subcorrientes ecologistas que corresponden a proyectos políticos y prácticas reales conocidos: el biocentrismo, el neomaltusianismo, la ecología profunda, la ecología popular, la justicia ambiental, el antiespecismo, el survivalismo, los ecosocialismos, el sociobiologismo, los ecofascismos, etc. Los ecologismos liberales interceptan tanto la visión tecnocentrista como la conservadora, mientras que los ecomarxismos interceptan al mismo tiempo la visión conservadora y la socialconstruccionista. Los conservacionismos, por su parte, representan el núcleo del ecologismo actual (inspiran al menos la gran mayoría de las corrientes ecologistas identificadas), y son exclusivamente influenciados por el naturalismo bipolar (y conservador).

Estos resultados evidencian que el espectro de los ecologismos es sumamente amplio y, desde el punto de vista de las ideas políticas, abarca desde posturas afines al socialismo hasta otras funcio-

nales al neoliberalismo —por lo que, en efecto, se encuentra «a medio camino entre liberalismo y socialismo» (Flipo, 2017)—. Las oposiciones al ecologismo, por su parte, abarcan las utopías neoliberal y socialista por discrepancias filosóficas y políticas, incluido el rechazo de los límites de la naturaleza.

Espero que las categorías aquí identificadas constituyan un marco útil para analizar el ecologismo (y el antiecologismo) en sus declinaciones, ideas y prácticas pasadas, actuales y futuras. No se debe considerar, sin embargo, que las fronteras dibujadas aquí sean herméticas. De la misma forma que las tres grandes visiones de la relación sociedad-naturaleza (tecnocentrista, conservadora y socialconstruccionista) constituyen híbridos ontológicos, metafísicos, políticos y éticos dentro del naturalismo moderno, los ecologismos reales también son, en gran medida, híbridos de estas tres grandes visiones. ■

Referencias

- Bebbington A. y D. M. Bebbington, 2009. « Actores y ambientalismos: conflictos socio-ambientales en Perú », *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*. Num. 35, Quito, septiembre, pp. 117-128.
- Benton, T., 1989. « Marxism and Natural Limits: An Ecological Critique and Reconstruction ». *New Left Review*, 178 (1), pp. 51-86.
- Biehl J., y P. Staudenmeier, 1995. *Ecofascism: Lessons from the German Experience*. Edimburgo, AK Press.
- Bramwell, A., 1989. *Ecology in the XXth Century*. New Haven y Londres, Yale University Press.
- Castree, N., 2000. « Marxism and the Production of Nature ». *Capital and Class*, 72, pp. 5-36.
- Descola, P., 2003. *Antropología de la Naturaleza*. Colección biblioteca de Bolsillo, IFEA, Perú, número 19.

- Flipo, F., 2017. «Qu'est-ce que l'écologisme». *Socio-Logos*, 12. Disponible en: <https://journals.openedition.org/socio-logos/3143>, consultado el 26 de noviembre.
- Harvey, D., 1996. *Justice, Nature and the Geography of Difference*. Oxford, Blackwell.
- Eaton, H., y L. A. Lorentzen, 2003. *Ecofeminism and Globalization Exploring Culture, Context, and Religion*. Londres, Rowman and Littlefields.
- Klein, N., 2019. *On Fire: The Burning Case for A Green New Deal*. Toronto, Knopf Canada.
- Latour, B., 1997 [1991]. *Nous n'avons jamais été modernes*. París, La Découverte.
- Martínez Alier, J., 1992. *De la economía ecológica al ecologismo popular*. Barcelona, Icaria.
- Martínez Alier, J., 2006. *El ecologismo de los pobres*. Barcelona, Icaria.
- Martínez Alier, J., 2013. «Marx, el ecologismo y Correa». *La Jornada* (20 abril). Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/2013/04/20/opinion/021a2pol>, consultado el 26 de noviembre.
- Marx, K., 1975 [1867]. *El capital*, libro 1. México, Siglo XXI.
- Marx, K., 1976 [1867]. *El capital*, vol. 1, Londres, Penguin Books.
- Sacher, W., 2019. «Segunda contradicción del capitalismo y megaminería: reflexiones teóricas y empíricas a partir del caso argentino». Quito, Flacso-Ecuador (tesis de doctorado).
- Schmidt, A., 2014 [1962]. *The Concept of Nature in Marx*. Londres, Verso.
- Smith, N., 2008 [1990]. *Uneven Development, Nature, Capital, and the Production of Space*. Cambridge, Blackwell.
- Svampa, M., 2013. «Consenso de los commodities y lenguajes de valoración en América Latina». *Nueva Sociedad*, 244, pp. 30-46.

El ecologismo en la época de la pospolítica. Del ecologismo militante al emocional: límites estructurales del discurso ecologista

José Enrique Antolín Iria*

Resumen: Estamos asistiendo a un cambio progresivo de un ecologismo basado en una racionalidad política y científica (objetivos y medios) a un ecologismo emocional. Este último se basa en el consumo de experiencias a través de las cuales se construye la realidad. No hace falta haber vivido estas experiencias, simplemente se las puede haber consumido a través de Internet o de los medios de comunicación. La consecuencia es que la acción política entendida como experiencia colectiva es sustituida por la acción individual: el yo como eje de la acción.

En este contexto, hablamos del surgimiento de la *pospolítica*: cuando lo político desaparece y solo queda la política como gestión en manos de los tecnócratas. Esta reprime o esconde el conflicto y la disputa política en nombre del bien común (la «crisis ambiental»), y cualquier horizonte de cambio social desaparece.

Palabras clave: movimiento ecologista, emociones, pospolítica

Abstract: We are witnessing a gradual change from environmentalism based on political and scientific rationale (objectives and means) to emotional environmentalism based on the consumption of experiences through which reality is constructed. These experiences need not be experienced personally but rather consumed via the Internet or the communication media. As a consequence, political action understood as a collective experience is substituted by individual action —«the self»— as a line of action.

This gives rise to post-politics, in which political ideas disappear leaving behind politics as a form of management by technocrats. Conflict, or political dispute, is repressed or concealed in the name of the greater good (the «environmental crisis») via technocratic management of politics. Any possibility of social change disappears.

Keywords: environmental movement, emotions, post-politics

* Profesor titular, Departamento de Sociología 2, Universidad del País Vasco (UPV/EHU). Miembro de Ekologistak Martxan. E-mail: joseenrique.antolin@ehu.eus

Introducción

Todos los años, al inicio del curso, les pregunto a mis alumnos de Ciencias Ambientales si conocen algún grupo ecologista o ambiental y si han ido a alguna manifestación a favor del medio ambiente. Les he hecho esta pregunta a lo largo de los últimos siete años y, para mi sorpresa, los únicos grupos ecologistas que conocen son Greenpeace y, en menor medida, Ecologistas en Acción. Excepto siete personas que participaron activamente en la movilización contra el *fracking*, las demás no se han movilizado ni han militado en ningún grupo. Automáticamente, esto me lleva a preguntarles cómo han adquirido la conciencia ambiental. La respuesta suele ser unánime: a través de los medios de comunicación, especialmente de los documentales de National Geographic y los reportajes de La 2..., y a través de Internet, viendo documentales en YouTube. La mayoría nunca ha tenido una experiencia de acción colectiva; su proceso de concienciación ha sido producto de un proceso individual. Son conscientes de la crisis climática, pero consideran que la solución principalmente vendrá dada por un cambio individual: reciclar, consumir menos plásticos, cambiar de hábitos alimenticios... Conciben lo político como uno de los ámbitos para cambiar la realidad, como algo abstracto e impreciso.

La *cientificación* de lo político o la ambivalencia del concepto de emergencia climática

Al abordar los problemas ambientales, vemos que su definición se encuentra sujeta a un doble proceso. El primero es definir el problema en términos científicos: se evalúan los impactos que se van a generar y las posibles propuestas para solucionarlos. La comunidad científica juega un papel decisivo en su definición y solución. Si hoy en día admitimos la existencia de una emergencia climática como algo irrefutable, es porque hay un consenso en la comunidad científica acerca de la gravedad del problema. Una buena muestra de ello es el Acuerdo de París (2016),

dentro de la Convención Marco Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, que establece una serie de medidas para mitigar las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI).

La segunda cuestión es determinar cómo construir el problema en términos sociales, cómo construir la emergencia climática como problema político. Actualmente existe un escenario en que la relación entre la política y la problemática medioambiental es cada vez más interdependiente, lo que ha dado lugar a la *cientificación de la política*. Con la crisis ambiental, la relación entre la sociedad y el medio ambiente cambia de modo sustancial y el conocimiento científico adquiere una relevancia fundamental. Las soluciones de los problemas ambientales serán más acertadas si se basan en decisiones científicas «objetivas» y los comités de expertos se constituyen como evaluadores de la gravedad del problema con base en una supuesta objetividad. En este contexto, adquiere relevancia definir el problema normalmente en términos biológicos y físicos. Los conflictos sociales, en cambio, juegan un papel menor, pues se asume que problemas como la desigualdad, la pobreza, etc., son estructurales al modelo capitalista, algo difícil de solucionar. Los riesgos ambientales que amenazan a la sociedad moderna son globales y no entienden de Estados (a pesar de que a algunos los favorezcan más que a otros) ni de clases sociales (aunque, como es obvio, la lógica de la desigualdad determina que las clases sociales bajas sufran sus efectos más que las clases altas). Pero los problemas ambientales, más tarde o más pronto, terminan afectando a quien los produce.

En esta nueva situación, los gestores políticos cada vez recurren más a la ciencia para fundamentar políticas medioambientales y aparecen como los gestores de estas. Ello lleva a un progresivo uso inflacionario del conocimiento científico por parte de los políticos: se produce una *cientificación* de la política y, a la vez, una politización de la ciencia. Los informes sobre el crecimiento del nivel del mar, los impactos de las sequías, etc., adquieren mayor relevancia

y en muchos casos sustituyen al propio debate político.

En este contexto, ¿dónde queda lo político? ¿Cómo se relacionan las problemáticas ambientales y lo político? Pienso que es aquí donde aparecen las diferencias más relevantes entre la tradición de la izquierda clásica, vinculada a los movimientos sociales, y el nuevo escenario actual. Dos temas condicionan dicha relación: la *pospolítica* como eje que articula lo político y la construcción de la *emotividad* como sustituto parcial de lo político. Este fenómeno es consecuencia de las nuevas formas de individualismo y de entender la política.

Mouffe (1999) distingue entre la política y lo político. Por *política* entiende la política institucional, formada por los partidos, los políticos profesionales y las instituciones sobre las que se asientan. Lo *político*, en cambio, hace referencia al contenido conflictivo y antagonista que se da en cualquier sociedad porque es algo innato a ella. A partir de los años noventa, desapareció lo político y solo quedó la política como gestión del aparato del Estado. Entonces se empezó a hablar de la pospolítica. La gestión tecnocrática de la política reprimió u ocultó el conflicto y la disputa política en nombre del bien común (la «crisis ambiental») y desapareció cualquier horizonte de cambio social. El Gobierno comenzó a verse como el gerente de la nueva situación; la solución de la problemática ambiental empezó a pasar por una buena gestión de esta por parte de las instituciones públicas y las empresas privadas, forzadas a asumir formalmente una mayor conciencia ambiental. Una mezcla de soluciones administrativas y tecnológicas.

Un ejemplo de esta nueva situación es el debate sobre el *cambio climático* y la necesidad de abordar la *emergencia climática*. La propia definición de *emergencia*¹ supedita los debates a soluciones

1. La Real Academia de la Lengua la define como una «situación de grave riesgo, catástrofe o calamidad pública que requiere la intervención coordinada de los poderes públicos y de los ciudadanos para la protección o socorro de personas o bienes».

concretas que posibiliten darle respuestas (reales o ficticias). En este contexto, la *tecnología* tiene una respuesta más estructurada que lo político. Se redefine lo político, antes entendido como un espacio en que los actores hacen sus propuestas y se articulan las políticas ambientales. Se prima el debate científico-técnico sobre el modelo de desarrollo; se excluye de las discusiones a aquellos actores que no asumen un supuesto consenso para abordar el tema: los anticapitalistas, los antisistema, antidesarrollistas o anticonsumistas son marginados del debate porque, aunque alguien pueda pensar que tienen razón, no dejan de ser utópicos y poco realistas en este nuevo escenario, y hay urgencia para solucionarlo. Sus propuestas exigen deliberaciones, cambios sociales progresivos... unos plazos de tiempo demasiado largos en un momento de tanta emergencia. La paradoja es que la tecnología crea el problema, diagnostica el problema y se constituye como la solución al problema, y en cada una de esas fases busca una tasa de beneficio.

Así, el lenguaje se vuelve abstracto: términos como *capitalismo* (no hay pocos tipos de capitalismo), *sostenibilidad* (palabra bastante vacía de contenido), *políticos* (como si todos fueran iguales), *países pobres* (como si fueran lo mismo las comunidades campesinas de Bolivia que las de la India)... O se emplean conceptos difíciles de evaluar: compromiso individual, consumo responsable... ¿Alguien sabe qué significa?, ¿pasar de dos coches a uno?, ¿hacer un viaje en avión en vez de dos? Se nos dice: «Repasa tu conciencia; siempre tendrás algo de qué arrepentirte; seguro que algo estás haciendo mal por el planeta; descúbrelo en el fondo de tu ser».

Se habla poco de la desigualdad que genera el modelo de desarrollo, de la distribución de costes y beneficios de los impactos ambientales, de la biopiratería o de la deuda ecológica. Los problemas ambientales siguen el mismo proceso que la desigualdad social; no se distribuyen de forma homogénea entre los diversos colectivos; aquellos que tienen las rentas más bajas y determinadas minorías raciales o indígenas son los más

afectados. No tenemos una teoría social sobre la crisis climática. Conocemos los efectos sociales que genera el cambio climático, especialmente entre las comunidades campesinas (desforestación, inundaciones cíclicas, sequías...), pero no contamos con una teoría social en la que encuadrarlos. Quizás sea la obra de Ulrich Beck (2006) la que más se aproxima a ello.

Esta situación nos lleva a una paradoja: se reclama un cambio urgente, abordar las políticas climáticas con respuestas inmediatas, y esto supone una contradicción en el mensaje. El proceso para superar la crisis climática pasa por crear conciencia política, por reflexionar sobre el modelo de consumo, elaborar políticas anti-desarrollistas... y todo ello es demasiado lento. Las modificaciones legales nos marcan las nuevas restricciones y la tecnología es la única que tiene, en este nuevo escenario de urgencia, capacidad real (o ficticia) para resolver las disonancias del modelo. Eso sí, después de fuertes inversiones públicas y privadas.

El proceso de individualización y la forma de consumir información ambiental

Los procesos tradicionales de acción colectiva se basan en un sistema de comunicación interpersonal en que interactúan los sujetos. Las interacciones personales conllevan la necesidad de debatir, fundamentar las decisiones y analizar las consecuencias bajo la mirada de los otros en un debate público, en una asamblea... Sin embargo, gracias a las redes sociales, las nuevas formas de vinculación colectiva no se asientan sobre la proximidad física y el contacto directo. A través de Internet se construye una nueva sociabilidad basada en la tecnología que no requiere una comunicación presencial. Aparecen la comunidad virtual o las multitudes inteligentes (Rheingold, 2004), agrupaciones capaces de actuar conjuntamente de manera eficaz sin conocerse, que generan entornos intensivos de comunicación donde participar, compartir, consumir, debatir, etc.

La cuestión que se plantea es: ¿cómo se consume la información ambiental que se produce en el contexto de las redes sociales? Lo primero que define ese consumo es *la inmediatez de los mensajes*. Estos son breves, inmediatos e impactantes; apelan fundamentalmente a la emotividad: una pobre tortuga con un anillo de plástico en la cabeza, mares de plástico en mitad del océano, etc. El problema es que muchas veces el mensaje se agota en sí mismo. En su obra clásica *Sobre la fotografía*, Susan Sontag (2014) denunció el valor ambivalente de las imágenes en la realidad. Por una parte, dotamos a la realidad de imágenes y, por otra, se pierde esa realidad, porque esa imagen que definimos como real tiene más que ver con la forma en que seleccionamos, acotamos y construimos subjetivamente esa imagen que con lo que es. Una imagen no es la realidad, sino una selección de esta con criterios previamente definidos. La indignación moral y la compasión que vemos o consumimos al compadecernos de esos pobres animalitos no desemboca necesariamente en la acción. En los bellos paisajes que presenta National Geographic o en las imágenes del Parque Nacional del Serengeti que muestra La 2 no hay conflictos, no hay grandes manifestaciones, no hay muertos derivados del cambio climático; solo imágenes espectaculares que nos ahorran conflictos personales.

En segundo lugar, estas nuevas formas de comunicar no están sujetas a espacios territoriales; son *espacios desterritorializados* (Vallespín, 2015). Esto es interesante porque, si se construye la propia conciencia ambiental a través de las redes sociales, es posible que los conceptos *local* y *global* se diluyan parcialmente, porque no hay una continuidad espaciotemporal. Si se adquiere la conciencia ambiental a través de la pantalla de un móvil o de un ordenador, el concepto de distancia no existe, porque el consumo es instantáneo. Esta situación puede crear disonancias cognoscitivas: se es más consciente del problema de las ballenas que de la autovía que están haciendo delante de casa; se habla del reciclaje o del consumo de plásticos, pero no de la incineradora ni de sus impactos y emisiones

de dioxinas; de los GEI, pero no del tren de alta velocidad (el mayor consumidor de energía después del avión); del coche en la ciudad más que de las infraestructuras y autopistas que se están construyendo para acceder a ella; se habla de la electrificación de automóviles, pero se olvida la mayor demanda de energía que conlleva. No hay continuidad espacial-temporal; se consumen versiones fragmentadas de la realidad.

Por último, una de las características de la producción de la información en red es que se consume de forma horizontal y está sujeta a un *pluralismo inmanente*. En la medida en que en algunos casos no es posible determinar científicamente las amenazas ambientales de forma concluyente, nos encontramos con un espacio en el que los intercambios de información y de datos pueden ser contradictorios. Un ejemplo son los debates en el sector agroalimentario (sobre el consumo de carne, el vegetarianismo...) o la biotecnología (transgénicos).

No seleccionamos los problemas ambientales con parámetros científicos u objetivos, sino de forma subjetiva e irracional. Nuestras preocupaciones por las cuestiones ambientales surgen de la experiencia básica de inseguridad que experimentamos a través de lo que consumimos en la red. Por supuesto, no se trata de negar que en la red podamos encontrar informes y estudios de muy alta calidad y que sea la base de muchos movimientos de protesta. No son planteamientos incompatibles.

Las emociones como sustituto parcial de lo político

Una de las claves del actual proceso de estructuración social es la relevancia de la elaboración y gestión de las emociones. Dicho proceso nos organiza no solo las prácticas sociales (salud, educación...), sino también las decisiones políticas. Se promueven, o se consumen, diversas formas de *sentir*. Hay emociones que nos incitan a actuar; otras nos llevan a escondernos o a huir de la realidad. Todas ellas pueden ser útiles y contribuir al bienestar de la persona que las

experimenta, pero para ello hay que conocerlas y aprender a gobernarlas. Es posible hacerlo porque las emociones, al igual que otras tantas expresiones humanas, se construyen socialmente. En su estudio de las emociones, Victoria Camps (2011) plantea que los afectos no son opuestos a la racionalidad. Por el contrario, ellos explican la motivación para actuar racionalmente. En la época de las redes sociales, las emociones juegan un papel importante; son en gran parte el resultado de las interacciones que mantenemos a través del móvil o del ordenador con otras personas o de la forma como consumimos imágenes, noticias, mensajes de WhatsApp...

Tradicionalmente, el tema de las emociones no ha sido relevante para la izquierda política. El marxismo clásico no consideraba las emociones como una categoría de análisis. La razón es que el marxismo se presentaba como una ciencia que analizaba la evolución del capitalismo, cuyo proceso de autodestrucción era irreversible, y las emociones, como la moral, quedaban al margen, sujetas al compromiso político de cambiar la realidad (Cohen, 2001: 137).

La pregunta que surge es: ¿qué son las emociones? Genéricamente, hay dos maneras de definir las. La primera las explica como *experiencias personales* (Ministerio de Sanidad, Igualdad y Servicios Sociales, 2013). Es lo que ocurre, por ejemplo, ante una situación de peligro en la que puede estar en juego la propia vida. El miedo puede engeguercernos a nivel cognitivo (es decir, en lo que concierne a nuestra capacidad de comprensión, juicio, memorización y razonamiento); entonces somos incapaces de controlar nuestra conducta y reaccionamos de manera similar a otras especies menos evolucionadas, como los reptiles. Es decir, tratamos de decidir si tenemos más posibilidades de sobrevivir luchando, huyendo o quedándonos paralizados. A nivel subjetivo, experimentamos una serie de sensaciones físicas intensas, desagradables y descontroladas que, junto con los cambios cognitivos y algunos pensamientos sobre el peligro y sus consecuencias, nos hacen vivir una experiencia de miedo o de inseguridad.

Pero las emociones también pueden definirse no como derivadas de los comportamientos personales, sino como *vinculadas a la acción colectiva*. Las emociones juegan un papel importante en la opinión pública y en la acción política (Jasper, 2011): la indignación, la humillación, la injusticia... condicionan los movimientos de protesta y les dan vida al impulsar el reclutamiento de sus miembros, el mantenimiento de la organización o la lucha por el logro de los objetivos. Emirbayer y Goldberg (2005) plantean que la acción colectiva tiene que estar vinculada a las emociones, pero bajo tres premisas: la razón y las emociones son convergentes, las emociones son algo más que estados individuales y las emociones colectivas pueden ser analizadas. En este contexto, las emociones se relacionan con la transformación de la realidad en el marco de un programa político.

Pero ¿cómo se articulan las emociones en el contexto de la pospolítica? Se presentan como sustituto de lo político y no se construyen a partir de la lógica de la acción colectiva, sino del consumo individual de imágenes e información en las redes sociales. Se apela al Estado o a las empresas como causantes del problema ambiental para que lo solucionen, porque afecta a todo el planeta, como en el caso del cambio climático. Es un modelo que se construye sobre las emociones personales, no colectivas. La crisis ambiental se vive como una experiencia personal. No actúo porque se quiera cambiar radicalmente el mundo, sino porque el mundo desaparece, y yo y los míos nos vemos afectados; luego hay que actuar. Es un contexto despolitizado. No se promueve ninguna revolución radical; solo se pide que se gestione bien lo existente. Las emociones personales como experiencia son la forma de adquirir conciencia ambiental.

Con la pujanza actual de la neurobiología y la psicología, hay cierta tendencia a psicologizar el análisis social. Eva Illouz (2007: 86) afirma que el capitalismo ha ido desarrollando un modelo psicológico de «comunicación» en el que las emociones pasan de la esfera privada al centro de

la sociabilidad bajo forma de modelo cultural. En ese contexto, el *yo* como narrativa de la autorrealización personal adquiere un papel central y desplaza al nosotros como eje de la construcción de los vínculos sociales.

¿Un nuevo ecologismo?

Dentro del ecologismo, encontramos distintas corrientes: el ecologismo verde (capitalismo verde), el movimiento projusticia ambiental, la ecología profunda, el ecofeminismo, etc. (Martínez Alier, 2005). Por tanto, dada la diversidad de planteamientos, es imposible hablar de un movimiento ecologista con un discurso homogéneo. Pienso que las formas nuevas de consumir información ambiental y de movilización, como el Fridays for Future, dan lugar a nuevos modos de actuar, no vistos hasta ahora, como las huelgas de adolescentes por razones climáticas o las protestas en la calle.² La edad juega un papel importante, ya que se trata de jóvenes entre los dieciséis y los veinticinco años, que se han socializado de forma diferente a las generaciones anteriores. En las escuelas o los institutos, han tenido información sobre las cuestiones ambientales a través de Agendas Locales 21, programas de educación ambiental, etc. Nunca antes las nuevas generaciones habían dispuesto de tanta información, pero pocas veces se les dice que deben actuar colectivamente. Es raro que se les hable del antiproduccionismo, del antidesarrollismo, del decrecimiento, etc. Se les enseña que deben salvar el medio ambiente fundamentalmente a través de un cambio personal.

Vamos hacia una fase de transición en la que las formas tradicionales de organización y las nuevas van a convivir durante un tiempo. Hay elementos que sí son novedosos: movimientos que se desarrollan de forma apolítica; no están dirigidos por ningún grupo social ni formación política; se organizan al margen de los sindicatos o de los

2. Solo a lo largo del año 2019, han organizado dos huelgas globales por el clima (15 de marzo y 24 de mayo) y la Semana Global por el Clima (20-27 de septiembre), que han conseguido unas movilizaciones muy importantes.

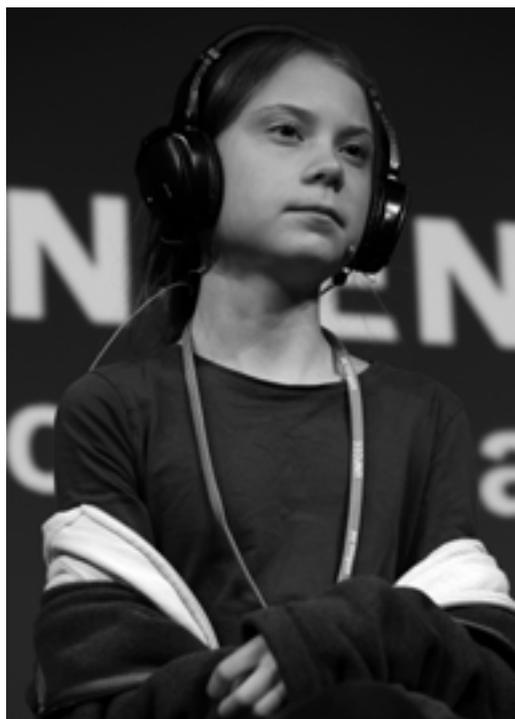


Imagen 1: Greta Thunberg, activista del movimiento Fridays for Future, durante una rueda de prensa a raíz de la COP25. Autora: Bego Solís.

partidos. Están vinculados al movimiento ecologista clásico, pero reclaman su autonomía. No son el resultado de la pobreza, sino a menudo (aunque no siempre) de la creciente riqueza que se experimenta en los países avanzados. Los problemas que plantean son globales; apenas contemplan las problemáticas locales, las concretas.

Construyen sus experiencias principalmente a través de las redes sociales de manera individual, pues el individualismo constituye uno de sus ejes de comportamiento. Tienen una relación ambigua con el consumo: son vegetarianos, animalistas, asumen los nuevos valores del feminismo, pero, por otra parte, no reclaman un cambio radical de la economía, de la política o de la sociedad. Piden ajustes para que el Gobierno y las empresas cambien la forma de producir (no son antiproductivistas) dada la crisis ambiental y climática existente. Sin embargo, no cuestionan

el desarrollo o el crecimiento a no ser de forma genérica, y para ello recurren a un lenguaje abstracto: capitalismo, consumo responsable, etc. Nos falta perspectiva para saber cómo va a evolucionar este movimiento.

Las emociones juegan un papel importante al estar vinculadas a la inseguridad personal derivada de la crisis climática. Las emociones personales se constituyen como una nueva centralidad, y trascienden la esfera personal para colocarse en el eje de la nueva sociabilidad de las políticas ambientales. ▀

Referencias

- Beck, U., 2006. *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Paidós.
- Camps, V., 2011. *El gobierno de las emociones*. Barcelona, Herder.
- Cohen, G. A., 2001. *Si eres igualitario, ¿cómo eres tan rico?* Barcelona, Paidós.
- Emirbayer, M., y C. A. Goldberg, 2005. «Pragmatism, Bourdieu, and Collective Emotions in Contentious Politics». *Theory and Society*, 34, pp. 469-518.
- Illouz, E., 2007. *Las emociones en el capitalismo*. Madrid, Katz.
- Jasper, J. M., 2003. «Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría y de investigación». *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpo, Emociones y Sociedad*, 4 (10), pp. 48-68.
- Leopold, A., 2000. *La ética de la tierra*. Madrid, Catarata.
- Martínez Alier, J., 2005. *El ecologismo de los pobres. Conflictos ambientales y lenguajes de valoración*. Barcelona, Icaria.
- Ministerio de Sanidad, Igualdad y Servicios Sociales, 2013. «Estrategia de promoción de la salud y prevención en el sistema nacional de salud». Disponible en: <https://www.mscbs.gob.es/profesionales/saludPublica/prevPromocion/Estrategia/estrategiaPromocionPrevencion.htm>, consultado el 19 de noviembre de 2019.

- Mouffe, C., 1999. *El retorno de lo político*. Barcelona, Paidós.
- Rheingold, H., 2004. *Multitudes inteligentes: la próxima revolución industrial*. Barcelona, Gedisa.
- Sontag, S., 2014. *Sobre la fotografía*. Madrid, DeBolsillo.
- Vallepín, F., 2015. «Políticas y nuevas redes». *Telos*, 100, Telefónica Fundación.

¿Quiénes son los sujetos dignos de consideración moral? Una aproximación al debate entre el holismo ecológico y el atomismo moral animalista en la filosofía ecofeminista

Angélica Velasco Sesma*

Resumen: En demasiadas ocasiones, parece imposible llevar a buen término el enfrentamiento teórico entre quienes entienden que lo moralmente relevante son los ecosistemas o las especies y quienes argumentan que los sujetos dignos de respeto son los individuos concretos. El debate entre ecologismo y animalismo se reproduce también entre las teóricas ecofeministas más destacadas. Por ello conviene reflexionar sobre ciertas cuestiones ineludibles. ¿Puede el ecofeminismo crear un ideal de justicia global si se centra únicamente en las totalidades y desatiende los intereses de los animales individuales? ¿Son compatibles los valores de la ética del cuidado (valores que el ecofeminismo incorpora a nuestra relación con la naturaleza) y la cosificación de los animales? ¿La sociedad pacífica e igualitaria que han buscado movimientos sociales como el ecologismo, el feminismo o el ecofeminismo puede estar fundada sobre la violencia contra los animales?

Palabras clave: ecofeminismo, ética animal, violencia, ética del cuidado

Abstract: Very often it looks impossible to find a balance between those who believe that the most important morally speaking are the ecosystems and the species, and those who argue it is the single individuals who are needed to be taken into consideration. We can also witness this debate between environmentalism and animalism in the ecofeminists theorists. It is a must to consider some questions: can global justice be thought by the ecofeminism if it is only focusing on the whole picture but missing singles animals' rights? Do the ethics of care values fit with the animals' reification? Is the equalitarian and peaceful society that the environmentalism, feminism and ecofeminism are pursuing founded in violence against animals?

Keywords: ecofeminism, animal ethics, violence, ethics of care

* Universidad de Valladolid. E-mail: angelica.velasco@uva.es.

Introducción

En 1962, la bióloga Rachel Carson publicó su libro *Primavera silenciosa*. En él relacionaba la guerra de la humanidad contra la naturaleza con la agricultura industrial y con las investigaciones alemanas sobre los gases nerviosos. Alertaba sobre los riesgos de la fumigación con DDT tanto para los humanos como para los animales silvestres y defendía la necesidad de llevar a cabo una revolución moral con el fin de lograr un cambio civilizatorio imprescindible para frenar el afán destructivo del complejo militar-industrial (Carson, 2005). A pesar de la urgencia de los problemas que planteaba en esta obra, su trabajo fue desacreditado y su persona, difamada. Las grandes empresas químicas se encargaron de ello. Unos años más tarde, en 1980, la filósofa e historiadora de la ciencia Carolyn Merchant explicó, en *The Death of Nature*, que la implantación del paradigma mecanicista —que ve la naturaleza como una máquina— dio luz verde a la explotación desmesurada del entorno natural. El establecimiento del complejo tecnológico-científico mecanicista habría generado lo que llamó la *muerte de la naturaleza* (Merchant, 1981). Hoy en día, esta muerte de la naturaleza es más palpable que en el momento en el que ellas escribían. Pero, al igual que sucedió con *Primavera silenciosa*, la gran mayoría de la población permanece indiferente ante la emergencia climática en la que nos encontramos. Asimismo, se ignora el sufrimiento atroz que provocamos a millones de animales.

Afortunadamente, se alzan voces que advierten de los peligros que acarrea nuestra forma de relacionarnos con la naturaleza y que llaman la atención sobre la inmoralidad de nuestro comportamiento con los no humanos. Tratan de transformar la forma de concebirnos como especie y la manera en que nos relacionamos con el resto del tejido de la vida. Para ello, ofrecen propuestas éticas y políticas. Dentro de estos movimientos y teorías, se sitúa el ecofeminismo, que aporta la mirada de género al movimiento ecologista, a la ética ambiental y al animalismo.

Sobre mujeres, naturaleza y dominación: el ecofeminismo

El ecofeminismo surge en los años setenta del siglo pasado como un pensamiento y una praxis que analizan nuestra relación con la naturaleza con las claves que proporciona la perspectiva de género. Visibiliza problemáticas que conectan la lucha ecologista con la feminista, como la superpoblación (D'Eaubonne, 1997), el pacifismo (Kelly, 1992) o la repercusión de la degradación ambiental en la vida de las mujeres (Shiva, 1995; Tapia, 2018). A pesar de que existen diferentes corrientes y numerosas pensadoras, todas coinciden en señalar las múltiples vinculaciones entre la dominación de las mujeres y la dominación de la naturaleza. Como idea clave, el ecofeminismo propone una redefinición de conceptos como *humano*, *naturaleza* o *razón* (Warren, 2003). Se trata de concebirnos de forma más humilde, como parte de la naturaleza y no como dominadores de ella (Puleo, 2011).

El ecofeminismo visibiliza la forma en que han operado a lo largo de la historia una serie de dicotomías (masculino/femenino, cultura/naturaleza, humano/animal, razón/emoción, mente/cuerpo, producción/reproducción, trascendencia/inmanencia, etc.) para ordenar la realidad de forma jerárquica (Plumwood, 1993). Por tanto, la teoría ecofeminista muestra que la sociedad patriarcal ha establecido que el hombre, la cultura, la razón, la mente o lo humano son superiores a la mujer, la naturaleza, la emoción, el cuerpo o los animales. Es más, los elementos considerados superiores se han vinculado: se entiende al hombre como el que encarna la razón, el creador de la cultura y quien representa lo propiamente humano, mientras que la mujer aparece vinculada a la naturaleza, al cuerpo y a las emociones, y es vista como un ser más cercano a la animalidad (Ortner, 1979). Frente a esta categorización injusta, el ecofeminismo propone revalorizar los componentes que han sido devaluados. Defiende, por tanto, la igualdad entre hombres y mujeres y la importancia de la naturaleza, de las emociones y del cuerpo. Recupera los valores de la ética del

cuidado y propone que se apliquen en nuestra relación con la naturaleza. Además, el ecofeminismo conecta las diferentes opresiones (de sexo, de raza, de orientación sexual, de clase, de especie), pues entiende que todas se fundamentan en la misma lógica argumental: la lógica de la dominación, que establece que es legítimo dominar a quien se considera inferior (Warren, 1997).

Al sostener que todos los sistemas de dominación están conectados, el ecofeminismo establece un ideal de justicia universal: no habrá justicia mientras se mantenga algún sistema de opresión. Los movimientos de liberación deberían tender a la liberación total, sin reproducir en su seno ninguna forma de dominio. Así, un ecologismo que desatienda la situación de vulnerabilidad de las mujeres es tan incompleto como un feminismo que no tenga en cuenta la explotación del mundo natural. Hablamos, entonces, de un rechazo a todas las formas de opresión. Y una de las formas de opresión a la que el ecofeminismo presta atención es la opresión de los animales no humanos.

Los animales han sido y son dominados y explotados de múltiples formas que van desde el asesinato para consumir sus cuerpos en forma de carne hasta la privación de libertad y la tortura en experimentos de todo tipo, pasando por su utilización como medios de transporte y herramientas de trabajo o la instrumentalización estética (Tafalla, 2019).

No es de extrañar que el ecofeminismo haya analizado la cuestión de nuestra relación con los no humanos, pues existen múltiples vinculaciones entre la sujeción de las mujeres y la explotación de los animales. Así, por ejemplo, las mujeres han sido relacionadas con los animales en la cultura occidental y oprimidas en virtud de esta supuesta cercanía a la animalidad. Asimismo, llama la atención el hecho de que el movimiento de liberación animal esté compuesto por una aplastante mayoría de mujeres (Balza y Garrido, 2016). Conviene recordar también que los maltratadores de mujeres suelen emplear la violencia contra los animales con los que convive la vícti-

ma para someterla y causarle sufrimiento y terror (Adams, 2006).

Ya desde los orígenes del ecofeminismo, se atendió de forma especial al sufrimiento de los animales. Algunas pensadoras del llamado ecofeminismo clásico criticaron la caza de animales y el intento de establecerla como la actividad que habría permitido la evolución de la humanidad. Entendieron la caza como la normalización de la violencia y de los actos destructivos: con la caza se habrían introducido en la civilización los valores violentos que conducen a las guerras, a la destrucción de la naturaleza, al asesinato de animales y a la violación de mujeres (Collard y Contrucci, 1988). Como vemos, existe en estas ecofeministas una preocupación por el sufrimiento de los animales y por la relación entre la opresión de los no humanos y la dominación de los humanos. Sin embargo, esta defensa del respeto hacia los animales no se encuentra por igual en todas las teóricas ecofeministas. Es más, en el ecofeminismo se dan los mismos desencuentros que entre el ecologismo y el animalismo. Parece haber un debate irreconciliable entre quienes entienden que lo moralmente relevante son las totalidades (especies, ecosistemas) y quienes defienden el respeto hacia los individuos concretos que sufren las consecuencias de nuestros actos.

Las teorías holistas

Desde la perspectiva ecofeminista holista, filósofas como Karen Warren (2003), Vandana Shiva (2003) o Val Plumwood (2004) han apostado por el cuidado de la naturaleza y por cierta atención hacia los animales. En estos planteamientos, la utilización de los animales no humanos no genera ningún problema siempre y cuando el empleo del individuo se haga con respeto y se mantengan en equilibrio los ecosistemas —tanto naturales como sociales—. Esta idea está muy clara en Vandana Shiva. Critica con dureza la cultura alimentaria propia del *mal desarrollo* (Shiva, 1995) que genera grandes desequilibrios ambientales y sociales y que ve a los animales como máquinas. Como ideal, propone la cultura

alimentaria de la India, en la que las vacas son respetadas como un agente de producción en el sistema alimentario en el que las mujeres tienen un papel protagonista en tanto que cuidan, alimentan y ordeñan a las vacas, y procesan los alimentos de la industria láctea. Entiende las vacas como recursos vivos y fuentes de vida, y defiende su empleo respetuoso, pues solo así se mantendrían en equilibrio el ecosistema y la sociedad. También Karen Warren sostiene una postura holista; presta atención a la repercusión que nuestras acciones tienen sobre los ecosistemas y no sobre los individuos concretos. Defiende la idea de *caza relacional* como modelo de percepción afectiva del mundo no humano. Entiende que la caza que practican pueblos como el siux incluye valores de respeto por el animal al que se da muerte y que esta es la forma adecuada de comportarse con los no humanos. Val Plumwood mantiene una postura similar. Critica lo que denomina «vegetarianismo ontológico», es decir, la postura que considera siempre inmoral consumir animales. Según esta filósofa australiana, el consumo de animales no es algo rechazable si se entiende, por un lado, que también los seres humanos formamos parte de la cadena de alimentación, de dependencia y de intercambio y, por otro, que los animales no son solo carne. Defiende, por tanto, la posibilidad de un «empleo cariñoso y respetuoso». Sin embargo, conviene plantearse una serie de preguntas con respecto a estas consideraciones. ¿Podemos hablar realmente de «empleo cariñoso y respetuoso» cuando acabamos con la vida de un animal que quería seguir viviendo? ¿Estamos respetando sus intereses al matarlo? ¿No es esta una forma muy distorsionada de emplear los conceptos de cariño y respeto? Como he señalado, las teóricas ecofeministas recuperan los valores de la ética del cuidado y proponen aplicarlos en nuestra relación con la naturaleza. No obstante, el empleo que las teóricas holistas hacen de estos valores en nuestra relación con los animales da lugar a este tipo de incoherencias en las que el cuidado, el respeto y el amor se encuentran también en actos de violencia como el asesinato de un animal.

Las teorías atomistas

En el otro lado del debate, encontramos a las teóricas atomistas, es decir, aquellas que entienden que lo moralmente relevante no son las totalidades, sino los sujetos individuales. Pensadoras como Carol Adams (2011), Greta Gaard (2002) o Marti Kheel (2004) han señalado la vinculación entre la dominación de las mujeres y la de los animales y han defendido la necesidad de rechazar cualquier tipo de explotación, aunque esta se lleve a cabo de forma ecológicamente sostenible. Muy relevante a este respecto es el libro *La política sexual de la carne* de Carol Adams (2016). En esta obra, la autora vincula la sexualización de las mujeres y la cosificación de los animales; en la cultura patriarcal, las mujeres son objetos sexuales para el disfrute de los hombres y los animales son objetos comestibles para el consumo humano. Con el concepto de «estructura del referente ausente» alude al proceso mediante el cual el lenguaje consigue que desaparezca el animal individual que sufre y muere para que alguien pueda disfrutar del sabor de su cadáver. Al cambiar el concepto, conseguimos no pensar que eso que nos estamos comiendo es un trozo del cuerpo de alguien que no quería morir (Adams, 2003): al cambiar *pez* por *pescado* nos distanciamos del animal que fue cuando estaba vivo (en inglés, véase, por ejemplo, *pig* y *pork*). El referente ausente alude a las víctimas invisibilizadas y conecta la dominación de mujeres en la violencia sexual con la de los animales en el consumo de carne (Adams, 2011). La similitud entre las opresiones de mujeres y animales ya había sido señalada en el siglo XIX por numerosas sufragistas antiviviseccionistas, que encontraban muchas semejanzas entre los experimentos que los hombres realizaban con animales y los abusos que las mujeres sufrían como pacientes en ginecología o como objetos de la pornografía (Munro, 2001; Donovan, 1990). Actualmente, el ecofeminismo también señala las similitudes entre la explotación de los animales y la de las mujeres en la prostitución (Velasco, 2017) y en el alquiler de úteros para la gestación de bebés humanos (Balza, 2018).



Imagen 1: No es posible lograr una cultura de paz si la civilización se construye sobre la violencia contra los animales. Autora: Verónica Perales <http://veronicaperales.eu>

El feminismo y el movimiento de liberación animal se conectan en tanto que las opresiones que cada uno de ellos trata de combatir se basan en los mismos mecanismos de legitimación de la violencia. Entender que mujeres y animales son meros cuerpos o trozos de carne es una estrategia propia del pensamiento dualista jerárquico patriarcal que considera legítimo dominar a quien se considera inferior. El ecofeminismo aspira a deconstruir este pensamiento opresor. Y el ecofeminismo atomista atiende a la forma en que los actos de dominación repercuten en los sujetos individuales.

A pesar de su interés por el sujeto que sufre, la perspectiva atomista no olvida la repercusión de nuestros actos sobre el entorno. Aunque sostenga que los sujetos dignos de consideración moral son los individuos, animales humanos y animales no humanos, también atiende a cómo nuestro modo de vida repercute en los ecosistemas. Así, por ejemplo, cuando Carol Adams sostiene la inmoralidad de la explotación de los animales, lo hace a partir de una crítica al sistema capitalista y sus hábitos de producción y consumo. También señala los costes ambientales de la producción de carne (costes que incluyen la pérdida de la capa superior del suelo, el agotamiento de los acuíferos y el derroche de combustibles fósiles, entre otros). En el ámbito hispanohablante,

la filósofa Alicia Puleo (2019) ha defendido el respeto a los animales con una perspectiva atomista que presta atención, también, a la importancia de cuidar el conjunto de la naturaleza. Con su planteamiento de ecofeminismo crítico ilustrado, ha apostado por analizar nuestra relación con los animales a partir de la crítica al sexismo y también al androcentrismo con el fin de evitar formar parte de estructuras y tareas que reproducen los valores del patriarcado —como la dominación del otro—, tal y como sucede, por ejemplo, en el caso de las mujeres toreras.

Conclusiones

Vemos, por tanto, que existe un rico debate entre las ecofeministas holistas, que atienden al cuidado de la naturaleza sin prestar especial atención al sufrimiento de los individuos concretos, y las teóricas atomistas, para quienes los individuos que sufren deben ser sujetos de consideración moral. Si tenemos en cuenta estas dos posturas, podemos formular las siguientes preguntas: ¿puede el ecofeminismo crear un ideal de justicia global si se centra únicamente en las totalidades, desatendiendo los intereses de los animales individuales?, ¿son compatibles los valores de la ética del cuidado con la cosificación de los animales?, ¿la sociedad pacífica e igualitaria que han buscado movimientos sociales como el ecologismo, el

feminismo o el ecofeminismo puede estar fundada sobre la violencia contra los animales?

Como hemos comprobado, el ecofeminismo visibiliza la conexión de todos los sistemas de opresión y rechaza todas las dominaciones. ¿Es posible, entonces, lograr la paz y la justicia cuando se acaba con la vida de los animales para satisfacer nuestros caprichos? La justicia, para ser universal, necesariamente tiene que ser interespecífica. Debemos rechazar, por tanto, no solo la violencia que sufren las personas, sino también la padecida por el resto de los individuos que sienten. De lo contrario, será imposible construir un mundo no violento, ya que, por un lado, ejercer crueldad contra un individuo que sufre demuestra un carácter rechazable para una sociedad no violenta; y, por otro lado, el maltrato a los animales socializa en la violencia hacia los seres humanos, y, por lo tanto, es un indicador de violencia contra las personas (DeGue y DiLillo, 2009). Las manifestaciones de crueldad con seres más pequeños y vulnerables desemboca en el desprecio hacia los sentimientos de otros seres vivos, ya sean humanos o animales (Flynn, 2000). De este modo, parece obvia la importancia de trabajar contra la violencia en todas sus manifestaciones, sea de la especie que sea el individuo que la sufre.

Para concluir, propongo imaginar tres escenarios posibles, que, a grandes rasgos, se corresponderían con el antropocentrismo extremo, el ecofeminismo holista y el ecofeminismo atomista, respectivamente. El primero es la situación a la que he aludido al inicio de este texto: nos encontramos en un estado de emergencia climática en el que la explotación ilimitada de los animales convive con múltiples opresiones de seres humanos por razón de sexo, raza, orientación sexual, etc. El segundo escenario es una sociedad en la que se ha entendido nuestra dependencia de la naturaleza y, por tanto, se respeta el entorno natural. Se ha alcanzado, al mismo tiempo, la igualdad entre todos los seres humanos. Sin embargo, se mantienen la tortura, la privación de libertad y el asesinato de miles de millones de animales que

sufren cada segundo de sus vidas. En el tercer escenario, las personas nos consideramos iguales, interdependientes y ecodependientes. Nos respetamos entre nosotras y protegemos la naturaleza. Y, además, hemos dejado de torturar, encarcelar y asesinar a los animales; convivimos con ellos y respetamos su vida. Hemos dejado de entenderlos como recursos a nuestra disposición. Con humildad, los vemos como iguales en los aspectos moralmente relevantes. ¿Cuál de estos tres escenarios representa el mundo más deseable? ¿Cuál encaja más con una cultura de paz? Contestemos estas preguntas con honestidad y empatía. ■

Referencias

- Adams, C. J., 2003. «Ecofeminismo y el consumo de animales». En: K. Warren (ed.), *Filosofías ecofeministas*. Barcelona, Icaria, pp. 195-225.
- Adams, C. J., 2006. «Woman-Battering and Harm to Animals». En: C. Adams y J. Donovan (eds.), *Animals and Women. Feminist Theoretical Explorations*, Durham, Duke University Press, pp. 55-84
- Adams, C.J., 2016. *La política sexual de la carne*. Madrid, Ochodocuatros Ediciones.
- Balza, I., 2018. «Una biopolítica feminista de la carne: la gestación subrogada como ejemplo de los vínculos de opresión entre las mujeres y los animales no humanos». *Asparkia. Investigación Feminista*, 33, pp. 27-44.
- Balza, I., y F. Garrido, 2016. «¿Son las mujeres más sensibles a los derechos de los animales? Sobre los vínculos entre el animalismo y el feminismo». *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, 54, pp. 289-305.
- Collard, A., y J. Contrucci, 1988. *Rape of the Wild*. Londres, The Women's Press.
- Carson, R., 2005. *Primavera silenciosa*. Barcelona, Crítica.
- D'Eaubonne, F., 1997. «La época del ecofeminismo». En: M. Agra y X. Granada (eds.), *Ecología y feminismo*. Granada, Comares, pp. 23-51.

- DeGue, S., y D. DiLillo, 2009. «Is Animal Cruelty a “Red Flag” for Family Violence? Investigating Co-occurring Violence Toward Children, Partners, and Pets». *Journal of Interpersonal Violence*, 24 (6), pp. 1036-1056.
- Donovan, J., 1990. «Animal Rights and Feminist Theory». *Signs*, 2 (15), pp. 350-375.
- Flynn, C. P., 2000. «Why Family Professionals Can No Longer Ignore Violence Toward Animals». *Family Relations*, 49, pp. 87-95.
- Gaard, G., 2002. «Vegetarian Ecofeminism. A Review Essay». *Frontiers: A Journal of Women Studies*, 3 (23), pp. 117-146.
- Kelly, P., 1992. *Pensar con el corazón. Textos para una política sincera*. Barcelona, Círculo de Lectores, pp. 336-352.
- Kheel, M., 2004. «Vegetarianism and Ecofeminism: Toppling Patriarchy with a Fork». En: S. Sapontzis (ed.), *Food for Thought: The Debate Over Eating Meat*. Nueva York, Prometheus Books, pp. 327-341.
- Merchant, C., 1981. *The Death of Nature: Woman, Ecology, and the Scientific Revolution*. San Francisco, Harper and Row.
- Munro, L., 2001. «Caring about Blood, Flesh, and Pain: Womens Standing in the Animal Protection Movement». *Society and Animals*, 1 (9), pp. 43-61.
- Ortner, S. B., 1979. «¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?». En: O. Harris y K. Young (eds.), *Antropología y feminismo*. Barcelona, Anagrama, pp. 109-131.
- Plumwood, V., 1993. *Feminism and the Mastery of Nature*. Londres, Routledge.
- Plumwood, V., 2004. «Feminismo y ecología: ¿Artemisa versus Gaia?». En: M. L. Cavana, A. Puleo y C. Segura (eds.), *Mujeres y ecología. Historia, pensamiento, sociedad*. Madrid, Almudayna, pp. 53-106.
- Puleo, A., 2011. *Ecofeminismo para otro mundo posible*. Madrid, Cátedra.
- Puleo, A., 2019. *Claves ecofeministas. Para rebeldes que aman a la Tierra y a los animales*. Madrid, Plaza y Valdés.
- Shiva, V., 1995. *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo*. Madrid, Horas y Horas.
- Shiva, V., 2003. *Cosecha robada. El secuestro del suministro mundial de alimentos*. Barcelona, Paidós.
- Tafalla, M., 2019. *Ecoanimal. Una estética plurisensorial, ecologista y animalista*. Madrid, Plaza y Valdés.
- Tapia, A., 2018. *Mujeres indígenas en defensa de la tierra*. Madrid, Cátedra.
- Velasco Sesma, A., 2017. *La ética animal. ¿Una cuestión feminista?* Madrid, Cátedra.
- Warren, K., 1997. «El poder y la promesa de un feminismo ecológico». En: M. Agra y X. Granada (eds.), *Ecología y feminismo*. Granada, Comares, pp. 117-146.
- Warren, K., 2003. Filosofías ecofeministas: una mirada general. En: K. Warren (ed.), *Filosofías ecofeministas*. Barcelona, Icaria, pp. 11-33.

Materiales para un ecologismo activo, atractivo y combativo en el frente cognitivo

Josu Larrinaga Arza*

Resumen: El activismo y el pensamiento ecologista pueden chocar en ocasiones con los límites impuestos por el sistema cognitivo de la especie humana. Un mejor conocimiento de nuestras características como especie puede ayudar a resolver problemas complicados como el prometeísmo, la creencia humana en el progreso infinito y en la existencia de soluciones técnicas para problemas civilizacionales como el cambio climático.

Palabras clave: ecologismo, sistema cognitivo humano, prometeísmo

Abstract: Activism and environmental thinking may sometimes clash with the limits imposed by the cognitive system of the human species. A better knowledge of our characteristics as a species can help solve complicated problems such as prometeism, that is, human belief in infinite progress and the existence of technical solutions for civilization problems such as climate change.

Keywords: ecologism, human cognitive system, prometeism

* Profesor de Antropología Social en la EHU/UPV. Miembro del equipo de investigación Ekopol. *E-mail:* josuxabier.larrinaga@ehu.eus.

Retos bioculturales del ecologismo

Entre las primeras grandes movilizaciones sobre la emergencia climática lideradas por una joven generación, que ve en entredicho su futuro, y la proliferación de nuevos liderazgos basados en la hegemonía del hombre blanco depredador y negacionista («no hay cambio climático», pero, sobre todo, «no debe haber límites a nuestro modo de vida»), el ecologismo político se encuentra con dos realidades. Por una parte, la confirmación histórica de que su mensaje fundacional era acertado. Por otra, la constatación de que no es tan fácil cambiar la dirección del viento, atrapado en los tiempos glaciales —como diría Manuel Castells (1998)— de la evolución natural y el cambio cultural, el segundo mucho más raudo, pero desesperadamente lento para las perspectivas de nuestra vida humana. Deconstruir el prometeísmo e impulsar la biofilia son dos retos culturales de primer orden, o, mejor dicho, son retos bioculturales, pues, desde un punto de vista ecológico, necesitan afrontarse conociendo mejor las capacidades y disfunciones cognitivas de nuestra especie, tan ancladas en nuestra biología como desarrolladas en las diversas matrices culturales aparecidas en el planeta.

Hasta ahora, el ecologismo político se ha desarrollado muy cerca de los grandes relatos ideológicos de los siglos XIX y XX. Eso le ha llevado a empaparse también de ese prometeísmo que,

a su vez, deconstruye continuamente en lo que ha sido, tal vez, su misión histórica. Joaquim Sempere (2018) y François Flauhault (2013) dan por agotado todo este modelo cultural que el antropólogo francés define a partir del mito griego del titán Prometeo, que arrebató el fuego a Zeus para entregárselo a la humanidad, pero atravesado por los monoteísmos propios de las civilizaciones mediterráneas y filtrado también por las mutaciones culturales del Renacimiento, la Ilustración y el Romanticismo. Así, el prometeísmo se ha convertido en un culto a la desmesura, a la ausencia de límites.

Pero, remarca Flauhault (2013: 9), «lo característico del ideal prometeico, lo que le ha dado fuerza, es la mezcla homogénea de un programa realista de conocimiento y acción con una figura que se apodera de la imaginación y suscita el deseo de identificarse con ella». Y agrega (2013: 14):

El espíritu prometeico no se reduce a sus manifestaciones más evidentes, el frenesí técnico y capitalista, sino que hunde también sus raíces en los valores de los que nos sentimos más orgullosos —el ideal de la libertad y del progreso, el movimiento de emancipación del individuo y la modernidad— y que nos parece legítimo proponer o imponer a las demás culturas. La constelación de ideas y de imágenes que rodea el emblemático nombre de Prometeo ha modelado profundamente el yo ideal de las elites occidentales y ha alimentado y orientado sus aspiraciones desde el Renacimiento hasta nuestros días.

El antropólogo francés destaca que ese ideal reverbera claramente en un conocido desiderátum de Descartes, el desarrollo del conocimiento que permita a los hombres convertirse «en dueños y señores de la naturaleza» y «semejantes a Dios, porque nos hace dueños de nosotros mismos» (citado por Flauhault, 2013: 10) y por tanto en toda la epistemología de la ciencia normalizada actual. Aunque el desarrollo de la ciencia se ha

enfrentado a críticas severas y en muchos casos acertadas en los últimos años (Santos y Menezes, 2014; Harding, 1996; Sokal, 2005; Latour, 2009), Flauhault advierte (2013: 11):

La investigación científica no se ha introducido del todo en el desarrollo técnico al servicio de la economía, sino que ha conservado parte de su independencia, y por eso la hegemonía del discurso económico se ve en la actualidad rebatida por el poder cada vez mayor de un discurso científico rival constituido por las diferentes disciplinas que tienen que ver con la ecología. La ecología no se reduce al movimiento militante, que es su parte más visible, sino que es ante todo un enfoque científico.

Añade luego (2013: 14-15):

Los avances científicos y técnicos alimentaron el relato prometeico y le otorgaron credibilidad, pero esta gran trama narrativa, esta visión del hombre y del mundo, no se reduce a esos avances, no es su consecuencia natural y necesaria. [...] es posible que en el futuro se desarrollen ciencias y técnicas no prometeicas. Sucede ya en algunos ámbitos. ¿A qué debemos los conocimientos ecológicos de los que disponemos en la actualidad, si no a avances científicos que se apoyan en instrumentos y técnicas? [...] las disciplinas científicas derivadas de la ecología ponen de manifiesto formas complejas de interdependencia. En este sentido se desmarcan del espíritu prometeico que considera que la libertad equivale a aumentar ilimitadamente la producción material y la explotación del medio ambiente.

Pero es difícil ser tan optimista como Sempere y Flauhault. La narrativa universal sobre el dominio del fuego por la especie humana da testimonio del momento fundacional de nuestra especie. Sin fuego en torno a cuya protección —para calentarnos y ahuyentar a otras especies depredadoras— reunimos a contar historias, no

seríamos una especie tan social. Sin fuego para cocinar los alimentos altamente proteínicos de origen animal, los cerebros de nuestras antecesoras no habrían evolucionado hasta la alta capacidad simbólica de nuestro sistema cognitivo. Sin fuego —y algunos sucesos evolutivos más—, no habría lenguaje, no habría sociedad, no habría cultura más allá de la transmisión de algunas técnicas para partir nueces o cazar conejos....

El prometeísmo —que igualmente podríamos llamar mauísmo, si fuésemos maoríes, nambalinitismo si fuésemos nuer, etc. (Evans-Pritchard, 1977, para los nuer; Frazer, 1986, en general)— es el relato fundacional de una especie que, para decirlo en términos coloquiales, *se viene arriba* en la confianza de poder dominar las fuerzas de la naturaleza. De ahí al Neolítico —la única revolución que merece tal nombre—, la domesticación, el sedentarismo, la urbanización, las religiones monoteístas, el poder político, la conquista y colonización, el capitalismo... y al final el Antropoceno, la crisis climática, el *peak all*...¹ En la evolución biocultural de nuestra especie, como plantea Gowdy (2014), las lógicas de acumulación y de negación de los límites físicos de los ecosistemas y finalmente del planeta han sido muy adaptativas. El metarrelato sobre las capacidades de nuestra especie no ha hecho sino engordar y diversificarse. Ahora la base material que lo sustenta está en crisis y, en ese sentido, aciertan Flauhault y Sempere: a medio y largo plazo, esa metanarrativa colapsará; alrededor del fuego se contarán historias de mesura y prudencia... Es posible, pero no pocas veces oímos también en los entornos ecologistas mensajes sobre soluciones técnicas para los problemas civilizacionales: el hidrógeno, los biocombustibles, el coche eléctrico. Muchas veces se piensa que debe haber soluciones viables para los problemas creados por el desarrollismo o todavía se cree que la so-

lución consiste simplemente en *asaltar los cielos* del poder político (Larrinaga, 2017; Barcena y Larrinaga, 2018). ¿Tan poderoso, tan ubicuo es Prometeo? Sí, porque está profundamente anclado en nuestro cerebro.

Nuestra naturaleza cognitiva

En las últimas décadas, en el tránsito de un siglo a otro, la ciencia ha producido avances significativos, por supuesto en todo lo referente al cambio climático, conocimiento de la situación de ecosistemas, extinción de especies, etc. Avances que han sido utilizados y difundidos por el ecologismo social y político. Pero también han sido años muy fértiles en el conocimiento de nuestro sistema cognitivo: las neurociencias, la psicología evolutiva, la antropología cognitiva y la biosociología han aportado un importante fondo de conocimiento que no está siendo bien aprovechado por el activismo y el pensamiento ecologista, seguramente por la excesiva cercanía o dependencia del discurso académico constructivista sobre la excepcionalidad humana como especie solo marcada o determinada por condicionantes sociales y culturales, ajena a su matriz natural, animal.

Es obvio que el ecologismo plantea y defiende que la naturaleza forma parte de nuestra vida, la enmarca y le da sentido... también de nuestra naturaleza humana, pese a los delirios prometeístas. Algunas de las características centrales de nuestra naturaleza² no son absolutamente coincidentes, pero tampoco del todo excluyentes entre sí. A saber, la competencia y la lucha por la existencia, la colaboración, la cooperación y la ayuda mutua, las transformaciones ambientales y los ordenamientos espaciales y temporales, el poder simbólico de nuestro gran cerebro, la

1. A partir del concepto de *pico del petróleo* o *peak oil*, para explicar el momento en que la capacidad de extracción de petróleo del subsuelo del planeta comienza a agotarse, surge *peak all* para expresar el agotamiento de todo tipo de reservas de materias primas, principalmente otros combustibles fósiles y recursos minerales (Sempere, 2018).

2. Utilizo tres repertorios descriptivos de nuestra naturaleza o «ser genérico» para utilizar las palabras del autor de uno de esos repertorios, el geógrafo marxista David Harvey (2003: 240-241); los otros dos los recojo del psicólogo evolutivo Steven Pinker (2012: 428-429) y de Johnson y Earle (2003: 29-30), antropólogo y arqueólogo respectivamente, adscritos a la escuela del ecologismo cultural, además del planteamiento más general de Michael S. Gazzaniga (2010).

búsqueda de dominación (especialmente masculina), el aprendizaje por emulación de modelos considerados exitosos y los mecanismos de supresión de la disonancia cognitiva y el autoengaño sobre nuestras capacidades (ante mensajes contradictorios, nos quedamos con el más gratificante a corto plazo) explican perfectamente la adaptatividad evolutiva del prometeísmo y su resiliencia y persistencia frente a los que suelen ser considerados como «mensajes agoreros» del ecologismo. Como señala Dale Jamieson (2014), nuestro sistema cognitivo está especialmente mal preparado para afrontar problemas a largo plazo como el cambio climático; no deberíamos complicarlo abusando de la retórica apocalíptica.

El sistema cognitivo humano procesa un confuso y complejo cóctel de imágenes (no solo visuales, también sónicas, olfativas, táctiles, emocionales...). Este es dirigido hacia un determinado recorrido neuronal en el interior de nuestro cerebro a partir de un proceso de enmarcado intuitivo, emocional y racional a la vez, que va a determinar en gran medida la percepción última de esa información. Manuel Castells (2009) ofrece una buena síntesis de las aportaciones del neurocientífico António Damásio (entre otros, 2010 y 2012) y el lingüista y politólogo George Lakoff (2008 y 2011).

El antropólogo mexicano Roger Bartra (2006) complica la ecuación cuando plantea que podemos y debemos pensar que esos recorridos neuronales que determinan nuestra percepción de la realidad tienen también una andadura por un *exocerebro* formado por las matrices culturales en las que nos socializamos. A su vez, desde la óptica del evolucionismo cultural, Luigi Luca Cavalli-Sforza (2007) plantea que esos fenómenos culturales no son fijos, sino que sufren mutaciones, hibridaciones y cambios acelerados. Por su parte, según el antropólogo cognitivo Dan Sperber (2005), en esos procesos de cambio se producen «atractores culturales» que operan sobre los procesos de enmarcado de los cerebros humanos y pueden modificar, por tanto, esos marcos cognitivos, que se transmiten de forma

epidémica, lo cual explica, por supuesto, el cambio cultural.

El concepto de marco cognitivo o *frame* se origina en la sociología interaccionista de Erving Goffman (2006), pero alcanza su máxima operatividad con los ya mencionados Damásio, Castells y Lakoff, tal y como apostilla este lingüista norteamericano (2011:56-57):

El *framing* o enmarque no se refiere prioritariamente a la política, los mensajes políticos o la comunicación. Es algo mucho más fundamental que eso: los *frames* o marcos son estructuras mentales que le permiten al ser humano entender la realidad y, a veces, crear lo que entendemos por la realidad. [...] Los marcos facilitan nuestras interacciones más básicas con el mundo: estructuran nuestras ideas y nuestros conceptos, conforman nuestra manera de razonar e incluso inciden en nuestra percepción y en nuestra manera de actuar. Por lo general, nuestro uso de los marcos es inconsciente y automático, los utilizamos sin darnos cuenta.

La industria de la publicidad se ha especializado en la movilización de *frames* al servicio del consumismo desaforado que la circulación acelerada del capital necesita hoy en día. Es relativamente fácil unir sensaciones recordadas, enmarcadas como placenteras, con una determinada marca o producto (aquí el ejemplo recurrente es el anuncio de una marca automovilística que muestra imágenes de una mano acariciada por la brisa a través de la ventanilla de un coche). Sin embargo, no suele funcionar, por ejemplo, en campañas de sensibilización ecológica, porque intervienen los mecanismos de supresión de la disonancia cognitiva.

Pero la publicidad trabaja con marcos cognitivos superficiales, que tampoco son interesantes para direccionar el cambio cultural. Lakoff habla de marcos profundos, muy anclados en nuestro cerebro a lo largo de la evolución biocultural de la especie, e indudablemente el prometeísmo



Imagen 1: El dibujante Joe Sacco captó la multitud de puntos de vista de la revuelta social, en este caso en la acampada de Occupy Wall Street en Nueva York en 2011.

Fuente: Joe Sacco (Sacco y Hedges, 2015).

es un marco cognitivo muy profundo y es más difícil ver cómo se puede incidir ahí. Sin duda, el activismo y el mensaje ecologista hacen eso todo el tiempo; aquí tratamos de ver cómo se puede hacer un poco mejor, partiendo de que la cognición humana es un sistema abierto, como asevera Pinker (2012), y que es posible romper el caparazón simbólico de la cultura establecida mediante la apertura simbólica, que el historiador Enric Tello define así (2005):

En todo conflicto social se confrontan además percepciones antagónicas de la realidad político-social e incluso natural. [...] Algunas feministas de la diferencia subrayan, con razón, que la *apertura simbólica* es el primer fundamento para pensar y actuar de modo alternativo al orden establecido. Antes de iniciar una dinámica de movilizaciones en contra o a favor de tal o cual asunto con-

creto, lo que conduce a la existencia de un movimiento social alternativo es haber roto por algún punto de fuga el caparazón simbólico desde el que los poderes dominantes construyen una percepción más o menos compartida del mundo, y en la que intentan mantener encerrada a la mayoría de la población. Antonio Gramsci llamó *hegemonía* a esa capacidad para ofrecer una visión de la realidad que da significación al devenir inconexo de los hechos de la vida cotidiana, de modo que adquieran, por así decirlo, esa especie de carta de naturaleza que solo confiere el *sentido común*. Los movimientos sociales antisistémicos desafían esa hegemonía cuando iluminan aspectos de la experiencia social que se mantienen en la sombra, como fragmentos subalternos, insignificantes, inconexos o minusvalorados en la construcción dominante de la realidad.

[...] El mantenimiento de una hegemonía no se basa únicamente en el engaño y la coerción: la misma construcción simbólica que anula o subordina fragmentos enteros de la experiencia social también ayuda a dar sentido a otros, bajo cierto prisma, para todas aquellas personas que perciben el mundo de modo subalterno desde la óptica parcelada dominante. El punto de arranque para la conciencia crítica de todo movimiento social alternativo son las disonancias que se producen en la fricción entre dicha visión hegemónica del mundo y aquellas dimensiones de la vida social que carecen de sentido mientras permanecen encerradas en ella.

Por ejemplo, en los últimos tiempos es habitual ver en los medios de comunicación mensajes acertados y ciertamente juiciosos sobre la gravedad del cambio climático y la urgencia de tomar medidas políticas serias. Pero, al mismo tiempo, veremos una infinidad de noticias y comentarios sobre la penúltima aplicación para teléfonos móviles, la Internet de las cosas, la nueva tecnología que va a cambiar irremisiblemente nuestra vida... Romper el caparazón simbólico del progreso sin fin y el prometeísmo es decirles a los trabajadores de los medios de comunicación que esos mensajes que transmiten de forma mecánica, automatizada —porque constituyen el suelo de su y nuestro sentido común colectivo—, son incompatibles con un entorno energético no agresivo con el medio ambiente. Sí, además de a ese sentido común interiorizado, los mensajes que celebran la innovación tecnológica y el progreso sin fin responden a intereses muy concretos de la élites que controlan los medios de comunicación. Pero ahora vemos también ejemplos de cómo el feminismo ha conseguido cambiar en gran medida el lenguaje con el que se afrontan las cuestiones relacionadas con el género, de cómo se rompe el caparazón simbólico que protege la violencia cotidiana contra las mujeres... a veces con fenómenos que pueden parecer desafortunados como algunas manifestaciones del Me Too... Pero la apertura simbólica se está produciendo.

Del prometeísmo a la biofilia

Dislocar, deconstruir o modificar un marco cognitivo tan arraigado como el prometeísmo no es tarea fácil, pero es necesario. Más sencillo puede ser impulsar otro *frame* presumiblemente muy arraigado también como el amor y el interés por vivir en entornos naturales y cerca de otros seres vivos, lo que Erich Fromm (1966) y E. O. Wilson (2012) han llamado biofilia. Por supuesto, infinidad de iniciativas, proyectos y estrategias ecologistas trabajan en este sentido. Su virtualidad es doble: por un lado, cuestionan y socavan la tendencia a confiar en soluciones prometeicas muy consumidoras de energía y, por otro, pueden incidir en frenar y revertir el otro gran problema actual, la pérdida acelerada de biodiversidad (Wilson, 2017; Monbiot, 2017).

Pero lo importante es, sobre todo, que dinámicas en ese sentido pueden reconciliar a nuestra especie con una realidad ineludible: somos una especie terrestre que se mueve —y tampoco tanto— sobre la superficie de este planeta. Es lo que plantea Bruno Latour en su impresionante manifiesto *Dónde aterrizar* (2019: 135): «Es necesario definir los terrenos de vida como aquello de lo que depende un terrestre para sobrevivir y preguntándose cuáles son los otros terrestres que comparten esa dependencia», y deja claro que en la categoría de terrestre entramos todo tipo de organismos vivos. En ese sentido, la perspectiva del biorregionalismo norteamericano (Carr, 2004), con su interés en el concepto de cuenca hidrográfica, puede ser tan fértil como alentadora, aunque el propio Latour piensa, y no desafortunadamente, a nuestro entender, en Europa como el marco para esa nueva política «terrestre» (2019).

Movimientos de nuevo cuño, cercanos, aunque a veces también enfrentados al ecologismo, como el neorruralismo o el animalismo, pueden ser de gran ayuda en esa labor, aunque sus versiones más extremas suelen portar una de las graves disfunciones de nuestro sistema cognitivo: pensar que la moralidad reside en la pureza (Pinker, 2012).

La pureza, un tema muy caro al pensamiento y el comportamiento religioso —esto es, creencias más o menos laxas, rituales atractivos por su emotividad y sentimiento de comunidad—, se ha mostrado históricamente como un gran atractor cultural para nuestro sistema cognitivo: de paganismos y animismos varios a las grandes religiones políticas presuntamente laicas de los siglos XIX y XX, pasando por los monoteísmos proselitistas que, tras su aparición en el cenit del Neolítico (Jaspers, 1980), nunca nos han abandonado. Ya no nos queda espacio, pero este es un punto ciego del ecologismo materialista de corte europeo, aunque diversos autores (Sloterdijk, 2018; Gardner, 2010) ya apuntan que debe ser afrontado.

Cambio cultural lleva como título el informe de 2010 del Worldwatch Institute, que afronta precisamente lo que en el prólogo Muhammad Yunus, nobel de la paz 2006, llama un «difícil tema». Efectivamente, la evolución o el cambio cultural son muy veloces si los comparamos con la evolución biológica, pero extremadamente lentos para los tiempos de la vida humana y de las expectativas de los movimientos sociales, que son precisamente el motor colectivo de ese cambio cultural. El antropólogo Erik Assadourian, investigador senior del Worldwatch Institute y coordinador del informe, concluye (2010: 63):

Quizá dentro de uno o dos siglos no sean necesarios ya grandes esfuerzos para abrir camino a una nueva orientación cultural, pues la gente habrá interiorizado muchas de estas nuevas ideas y considerará la sostenibilidad, en vez del consumismo, como algo «natural». Hasta entonces será necesario que las redes pioneras culturales impulsen a las instituciones para acelerar el cambio de forma premeditada y proactiva. Con frecuencia se cita la frase de la antropóloga Margaret Mead: «Nunca dudes de que un grupo pequeño de ciudadanos considerados y comprometidos puede cambiar el mundo. En el fondo, siempre ha sido así». La existencia de muchos ciudadanos ilusionados,

organizados y entregados a difundir una forma de vida sostenible puede lograr que arraigue un nuevo paradigma cultural, un paradigma que permita a la humanidad vivir una existencia más grata en el presente y que perdure en el futuro. ▀

Referencias

- Assadourian, E., 2010. «Auge y caída de la cultura consumista». En: Worldwatch Institute (ed.), *La situación del mundo 2010. Cambio cultural. Del consumismo hacia la sostenibilidad*. Barcelona, Icaria, pp. 35-67.
- Barcena, I., y J. Larrinaga, 2018. «Movimientos sociales en nuevos tiempos de crisis: ¿del prometeísmo al decrecimiento?». En: P. Ibarra, S. Martí, M. Cortina et al. (eds.), *Nuevos movimientos sociales*. Barcelona, Icaria, pp. 45-53.
- Bartra, R., 2006. *Antropología del cerebro. La conciencia y los sistemas simbólicos*. Valencia, Pre-Textos.
- Carr, M., 2004. *Bioregionalism and Civil Society. Democratic Challenges to Corporate Globalism*. Vancouver, UBC Press.
- Castells, M., 1998. *La era de la información: economía, sociedad y cultura*. En: M. Castells, *El poder de la identidad*, vol. II. Madrid, Alianza.
- Castells, M., 2009. *Comunicación y poder*. Madrid, Alianza.
- Cavalli-Sforza, L., 2007. *La evolución de la cultura*. Barcelona, Anagrama.
- Damásio, A., 2010. *Y el cerebro creó al hombre*. Barcelona, Destino.
- Damásio, A., 2012. *Descartesen hutsegitea*. Bilbao, EHU Press.
- Evans-Pritchard, E. E., 1977. *Los nuer*. Barcelona, Anagrama.
- Flauhault, F., 2013. *El crepúsculo de Prometeo. Contribución a una historia de la desmesura humana*. Barcelona, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores.
- Frazer, J. G., 1986. *Mitos sobre el origen del fuego*. Barcelona, Alta Fulla.

- Fromm, E., 1966. *El corazón del hombre*. México D. F., Fondo de Cultura Económica.
- Gardner, G., 2010. «Involucrar a las religiones para modelar las visiones del mundo». En: Worldwatch Institute (ed.), *La situación del mundo 2010. Cambio cultural. Del consumismo hacia la sostenibilidad*. Barcelona, Icaria, pp. 35-67.
- Gazzaniga, M. S., 2010. *¿Qué nos hace humanos? La explicación científica de nuestra singularidad como especie*. Madrid, Paidós.
- Goffman, E., 2006. *Frame Analysis. Los marcos de la experiencia*. Madrid, CIS.
- Gowdy, J. M., 2014. «Gobernanza, sostenibilidad y evolución». En: Worldwatch Institute (ed.), *La situación del mundo 2014*. Barcelona, Icaria, pp. 65-78.
- Harding, S., 1996. *Ciencia y feminismo*. Madrid, Morata
- Harvey, D., 2003. *Espacios de esperanza*. Madrid, Akal.
- Jamieson, D., 2014. *Reason in a Dark Time*. Oxford, Blackwell.
- Jaspers, K., 1980. *Origen y meta en la historia*. Madrid, Alianza.
- Jonhson, A. W., y T. Earle, 2003. *La evolución de las sociedades humanas*. Barcelona, Ariel.
- Lakoff, G., 2008. *The Political Mind, Why You Can't Understand 21st-Century Politics with an 18th-Century Brain*. Nueva York, Viking.
- Lakoff, G., 2011. *Puntos de reflexión. Manual del progresista*. Barcelona, Península.
- Larrinaga, J., 2017. «De la desmesura a la prudencia: la Y vasca en el ocaso del prometeísmo». En: Ekopol (ed.), *La Y vasca: un callejón sin salida*. Bilbao, ELA y LAB, pp. 67-73.
- Latour, B., 2009. *Cogitamus: seis cartas sobre las humanidades científicas*. Barcelona, Paidós
- Latour, B., 2019. *Dónde aterrizar. Cómo orientarse en política*. Barcelona, Taurus.
- Monbiot, G., 2017. *Salvaje. Renaturalizar la tierra, el mar y la vida humana*. Madrid, Capitán Swing.
- Pinker, S., 2012. *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*. Barcelona, Paidós.
- Saco, J., y C. Hedges, 2015. *Días de destrucción, días de revuelta*. Barcelona, Planeta Cómic.
- Santos, B. S., y M. P. Meneses, 2014. *Epistemologías del sur*. Madrid, Akal.
- Sempere, J., 2018. *Las cenizas de Prometeo. Transición energética y socialismo*. Barcelona, Pasado y Presente.
- Sloterdijk, P., 2018. *¿Qué sucedió en el siglo XX?* Madrid, Siruela.
- Sokal, A., 2009. *Más allá de las imposturas intelectuales: ciencia, filosofía y cultura*. Barcelona, Paidós.
- Sperber, D., 2005. *Explicar la cultura. Un enfoque naturalista*. Madrid, Morata.
- Tello, E., 2005. «Nuevas y viejas lecturas de la realidad política desde los movimientos sociales». En: E. Grau y P. Ibarra (eds.), *La política en la red. Anuario de Movimientos Sociales*. Barcelona, Icaria/Fundación Betiko, pp. 53-85.
- Wilson, E. O., 2012. *La conquista social de la tierra*. Barcelona, Debate.
- Wilson, E. O., 2017. *Medio planeta*. Barcelona, Debate.

Fundamentos socioecológicos del nuevo ecologismo. Nuevos y viejos movimientos ecologistas en Europa ante el desafío de la crisis civilizatoria

David Soto Fernández,* Manuel González de Molina** y Francisco Garrido Peña***

Resumen: Este artículo analiza la relación entre consumo de recursos, crecimiento económico, desigualdad y conflictividad ambiental en España y en Europa. El argumento principal relaciona el proceso de reducción de desigualdades en Europa en la segunda mitad del siglo xx con el incremento del consumo de recursos y los impactos ambientales por ellos generados. La crisis de 2008 ha alterado profundamente la pauta de consumo de recursos en muchos países europeos, pero no la ha hecho más sustentable. El texto reflexiona sobre la necesidad que tiene el movimiento ecologista de incorporar tanto la dimensión ambiental como la social para plantear un proyecto político de futuro capaz de permear la sociedad.

Palabras clave: conflictos ambientales, metabolismo social, desigualdad, crecimiento económico

Abstract: This article analyzes the connection between resources consumption, economic growth, the increase of inequalities and environmental conflicts in Spain and Europe. The main argument of this article links the inequalities reduction process in Europe in the second half of the XX century with the increase of resources consumption and its related environmental impacts. The economic crisis in 2008 has deeply altered the resources consumption pattern in many European countries, however it failed in being more sustainable. This text reflects on the ecological movement necessity of incorporating both the social and the environmental dimension in order to suggest a new political movement able to permeate through society.

Keywords: environmental conflicts, social metabolism, inequalities, economic growth

Introducción

La crisis ha alterado el proyecto europeo en múltiples facetas. La desigualdad interterritorial y las desigualdades sociales crecientes son probablemente dos de las dimensiones más citadas de

* Universidad de Santiago de Compostela.
E-mail: david.soto.fernandez@usc.es.

** Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.
E-mail: mgonnav@upo.es

*** Universidad de Jaén. *E-mail:* fpena@ujaen.es

esta crisis. Pero es mucho menos conocido que el crecimiento de la desigualdad está directamente ligado a la dimensión biofísica de la crisis, es decir, al aumento de la desigualdad interterritorial en la pauta de extracción, comercio y consumo de energía y materiales entre la Unión Europea y terceros países. En gran medida las respuestas de la izquierda a las consecuencias sociales de la crisis han ignorado esta relación entre modelo productivo y desigualdad, y en ocasiones han planteado alternativas nostálgicas del modelo keynesiano (Sánchez Cuenca, 2019) poco realistas que en nada alteran dicha relación. La ecología política —y su traslación partidaria, los partidos verdes europeos— tampoco ha considerado suficientemente las implicaciones de la crisis productiva, y ha atendido en exceso a respuestas ligadas a la eficiencia tecnológica y la economía circular o a proyectos de «reverdecimiento» del modelo industrial. Pero ninguna de estas respuestas está teniendo éxito político. Pensamos que es imprescindible que la ecología política incorpore de manera integradora las dimensiones social y ambiental, que han estado artificialmente separadas durante las últimas décadas por el espejismo del crecimiento económico ilimitado. En este artículo pretendemos realizar una primera aproximación al analizar la relación entre consumo de recursos, desigualdad y conflictividad durante la edad de oro del crecimiento después de 1945 y los cambios posteriores al giro neoliberal y las dos crisis económicas: la de los años setenta y la de 2007-2008. Nos referiremos al caso europeo y, con especial atención, a España, pero las consideraciones generales son aplicables al conjunto de los países industrializados. Finalmente, haremos una reflexión sobre aquellos movimientos ecologistas que en Europa están, a nuestro juicio, prefigurando la construcción de un nuevo ecologismo: la agroecología y los movimientos por una alimentación sostenible.

El modelo occidental de consumo de recursos y de crecimiento

En otro lugar (González de Molina *et al.*, 2015) hemos presentado una interpretación termodinámica de la desigualdad como asignación

asimétrica (social o territorial) de los flujos de energía y materiales. Este planteamiento tiene raíces termodinámicas, puesto que toda sociedad genera orden interno mediante la apropiación de energía y materiales y la exportación del desorden entrópico hacia otros grupos sociales u otros territorios. La asimetría es sustancial a cualquier proceso productivo. Desde esta perspectiva, los vínculos entre crecimiento, consumo de recursos y desigualdad, así como su traslación política en forma de conflictividad y protesta social, se explican mejor mediante el análisis de la relación entre entropía social (expresada como conflicto y desestructuración social: confrontación, inequidad, competencia, paro, criminalidad, pobreza...) y entropía metabólica (expresada en crisis ecológicas y sus efectos en el mundo biofísico). Bajo el régimen metabólico industrial, se han establecido a menudo mecanismos de compensación (*trade-off*) entre entropía física y entropía metabólica de tal manera que se ha intentado reducir la entropía social mediante un consumo mayor de recursos o viceversa. No siempre fue así. En las sociedades preindustriales o de régimen metabólico orgánico, la desigualdad es generada por la disputa por los recursos. Varios trabajos recientes (Gizicki-Neundlinger, 2017; Villa, 2017; Marco, 2018) muestran que, en un contexto donde el incremento del consumo material está fuertemente condicionado por los limitantes ambientales, el juego de las desigualdades y de la pobreza muy probablemente debe entenderse como un juego de suma cero. Donde existen límites al crecimiento de la población impuestos por la necesidad de mantener unos usos del suelo balanceados, no es posible compensar el incremento de la entropía social mediante el incremento del consumo de recursos. En estos contextos, el aumento de la desigualdad suele provocar conflictos sociales u otros procesos vinculados como la emigración o el aumento de la desigualdad de género. Ello explica que, en estos contextos de metabolismo orgánico, los conflictos de clase, género o raza y los conflictos ambientales sean la misma cosa (Soto *et al.*, 2007).

Esas limitaciones al consumo de energía y materiales se rompieron con la transición al régimen

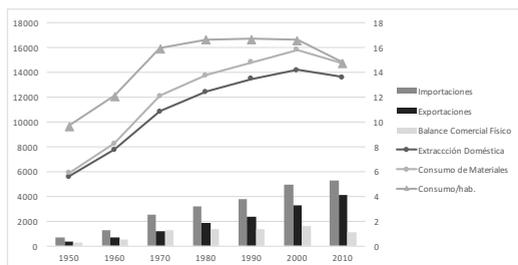


Gráfico 1. Flujos de materiales (millones de toneladas en el eje izquierdo y toneladas por habitante en el derecho) en los países industriales (Europa, Estados Unidos y Canadá, Australia, Nueva Zelanda y Japón).
Fuente: Schaffartzik et al., 2014.

metabólico industrial mediante la incorporación de fuentes de energía fósil a los procesos productivos. En un número limitado de países, estos procesos de transición fueron tempranos, durante el siglo XIX (Krausmann, 2011), pero en la mayor parte del mundo industrial, la transición se completó en las décadas posteriores a la segunda guerra mundial. Los rasgos de este proceso de transición son bien conocidos. El primero es de carácter cuantitativo y se puso de manifiesto en un incremento considerable de la extracción doméstica (ED) y el consumo doméstico de materiales (CDM), tanto en términos absolutos como per cápita (gráfico 1). La segunda característica de la transición es de carácter cualitativo. El crecimiento del consumo de materiales fue posible sobre todo gracias a un aumento nunca visto del consumo de materiales abióticos que desplazó a la biomasa como principal fuente de energía y materiales. Estos dos cambios estuvieron en la raíz del incremento de los problemas ambientales tanto a escala global como local. Asimismo, se ha destacado la relación entre el consumo de recursos y los procesos de crecimiento económico (Infante-Amate, 2015). Aunque a largo plazo el PIB ha crecido más que el consumo de recursos (entre otras cosas por mejoras en la eficiencia de la tecnología), existe una correlación bastante alta entre PIB/hab. y CDM/hab. a escala internacional. Además, en términos absolutos, y a pesar de las mejoras tecnológicas, el consumo

de materiales no ha parado de crecer a escala planetaria y en la mayor parte de los países.¹

Hay otra correlación importante que permite entender el nexo entre consumo de recursos, crecimiento, desigualdad y conflicto. La ingente literatura sobre desigualdades ha señalado también que existió durante el siglo XX una fuerte correlación entre crecimiento económico y reducción aparente de las desigualdades (Milanovic, 2006 y 2017; Scheidel, 2018) en el mundo occidental industrial, lo que se constata desde el periodo posterior a la primera guerra mundial hasta, según los países, los años setenta y ochenta del siglo XX. Evidentemente, esta correlación no debe entenderse de manera simple. No existe una relación automática entre estas dos variables, sino que hay otros factores vinculados a este proceso, como el aumento de la negociación laboral por la expansión de la afiliación sindical y la articulación del modelo keynesiano y el estado del bienestar (en definitiva, la ampliación del significado de la democracia al incluir la igualdad social como elemento esencial en el funcionamiento de los sistemas políticos democráticos). Pero es importante destacar que estos cambios no se han producido en el vacío material, sino que están ligados a la transición socioecológica por varias vías. Primero, porque el crecimiento del consumo ha permitido elevar en el mundo occidental el techo social al reducir la pobreza, cosa que ha sido posible gracias al incremento del consumo de energía y materiales. La construcción y el mantenimiento del propio estado del bienestar también se inscriben en este aumento del consumo de recursos. Sanidad, educación, seguridad, alimentación, vestido, edificación, transporte, etc., son servicios, o si se quiere estructuras disipativas, para cuya construcción y funcionamiento se requiere emplear recursos. El equilibrio social no solo depende de una distribución equitativa de los recursos, sino también de un incremento de su consumo que compense o atenúe las consecuencias negativas de la desigualdad.

1. En parte ello se ha debido al mecanismo conocido como efecto rebote o paradoja de Jevons, que señala que los aumentos en la eficiencia incrementan el consumo material global.

Hay otra dimensión de la desigualdad que también está relacionada con el consumo de recursos y que tiene mucha relevancia para entender las lógicas de transformación del movimiento ecologista. Nos referimos a la desigualdad externa. Efectivamente, un incremento del consumo de recursos se puede realizar mediante una mayor extracción doméstica o mediante un crecimiento de las importaciones. Una mayor dependencia del consumo doméstico respecto de las importaciones permite externalizar parte de los impactos negativos que las actividades productivas generan en el propio territorio, trasladándolos a terceros países y a costa de incrementar las desigualdades internacionales. La literatura constata este proceso. La reducción de las desigualdades internas en el mundo occidental se ha conseguido gracias al incremento de la desigualdad internacional, lo que ha recibido el nombre de «la gran divergencia» (Pomeranz, 2000). Este proceso ha continuado hasta la emergencia de nuevas economías industriales en las últimas décadas, especialmente en Asia.

El gráfico 1 resume algunas de las principales tendencias de los flujos de materiales en las economías industriales desde 1950 que corroboran lo dicho. Este grupo de países concentraba el 44 % del PIB mundial en 2010. Entre 1950 y 1970 concentraba también cerca de la mitad del consumo de materiales del mundo, aunque se redujo al 21 % en 2010 debido al comportamiento alcista de las economías emergentes de Asia. En cualquier caso, los datos muestran el papel cada vez más relevante de las importaciones en el consumo doméstico gracias a la extracción doméstica que tiene lugar en terceros países. Ello se puede apreciar en el gráfico 1 en el crecimiento del balance comercial físico (importaciones-exportaciones). No obstante, la tendencia parece haberse suavizado en las últimas décadas. El CMD/hab. se estabilizó entre 1980 y 2000, y ha caído a partir de esa fecha. La extracción doméstica también ralentizó su crecimiento (e incluso cayó en los países europeos del grupo) a partir de la década de 1990 y con mayor claridad desde el cambio de siglo (Schaffartzik *et al.*, 2014).

Pero ¿qué relación puede establecerse entre estas tendencias y la evolución del conflicto social y ambiental? En términos generales, la tendencia de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OECD) ha sido hacia la disminución del conflicto y de la protesta de clase (Tello, 2012), en especial a partir de los años setenta, precisamente cuando emergió el movimiento ecologista en Europa y América del Norte. Nuestra explicación es que durante este periodo se produjo una disminución significativa de la entropía social, y por tanto del conflicto, gracias al incremento del consumo de recursos y la subsiguiente reducción de los niveles de pobreza. Ello provocó un incremento de la entropía física que favoreció, a su vez, el surgimiento de conflictos y de protestas ambientales (Jiménez, 2005), aunque parte del impacto ambiental se derivó hacia el exterior por vía del comercio. En el siguiente apartado vamos a explorar más en detalle esta tendencia en el caso español.

España. Transición al metabolismo industrial y conflictividad

La transición al metabolismo industrial en España (gráfico 2) responde a las características de un *late comer* (Infante-Amate *et al.*, 2015). Durante los años sesenta tuvo lugar un crecimiento acelerado de la extracción de materiales abióticos, especialmente de construcción, así como un incremento de las importaciones de materiales. Por esta razón, el proceso de transición en España fue más acelerado que en países pioneros de la industrialización. Este cambio tan rápido implicó tanto una gran dependencia de la importación de materiales a través del comercio como un incremento de la presión extractiva interior. Dos fenómenos estuvieron especialmente ligados a la transición socioambiental en España. En primer lugar, el peso dominante que adquirieron en la extracción doméstica los materiales de cantera, ligado al *boom* urbanístico iniciado durante los años del desarrollismo, pero continuado después por los procesos especulativos, la construcción de infraestructuras y el desarrollo de megaproyectos. Pero, al mismo tiempo que aumentaba la presión

sobre los recursos endógenos, también lo hacían las importaciones. España pasó, después de 1960, a ser un importador neto de materiales. Esta aceleración le permitió alcanzar rápidamente las pautas de consumo medio de los países industrializados en los años del cambio de siglo.

El caso español es especial a la hora de establecer la relación entre el consumo de materiales y los tipos y frecuencia de la conflictividad. A diferencia de otros países europeos, la conflictividad social no devino en protesta de manera sistemática y organizada hasta la segunda mitad de los años setenta, una vez acabada la dictadura. Sin embargo, a partir de ese momento las tendencias cuantitativas coinciden plenamente con

quiera después de la crisis de 2007-2008. Por el contrario, la protesta ambiental (Jiménez, 2005) muestra un crecimiento importante entre 1977 y 1997. No tenemos datos anteriores a escala estatal, pero a escala regional la tesis de Pablo Corral (2014) recoge una evolución de la conflictividad ambiental en Aragón entre 1939 y 1979. Sus resultados indican un incremento significativo de la protesta ambiental durante los años setenta. Los datos presentados muestran que existe una relación entre la rapidez de la transición hacia el régimen metabólico industrial en España y el crecimiento de la protesta ambiental. Esto no significa necesariamente que la expansión de este tipo de conflictos supusiera un aumento de la conciencia ambiental; tampoco debe interpretarse como un

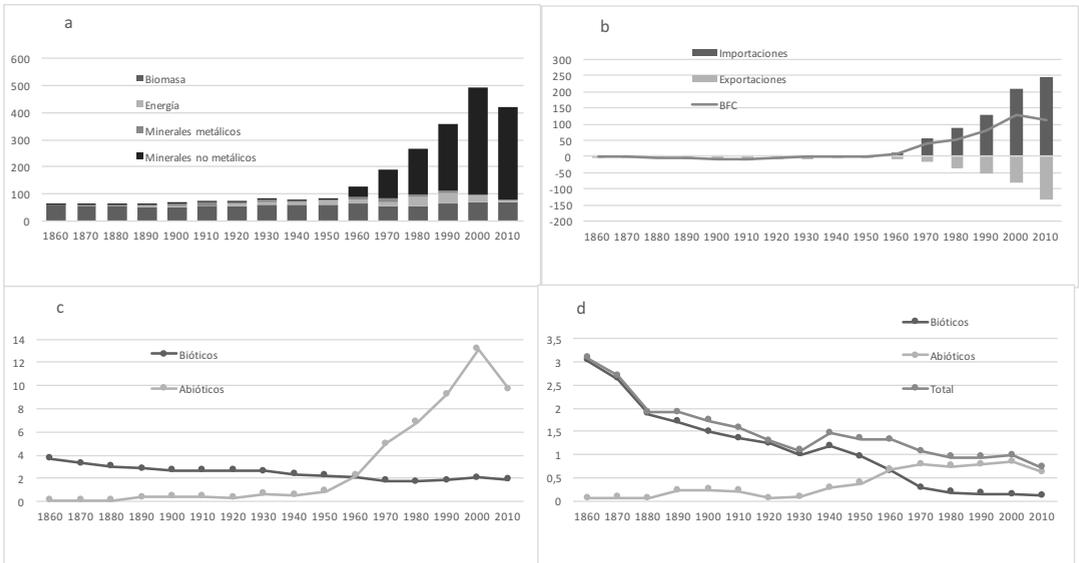


Gráfico 2. España: a) extracción doméstica de materiales (Mt); b) importaciones (positivo), exportaciones (negativo) y balance físico de materiales (Mt); c) consumo doméstico de materiales (t/hab.); d) intensidad material (kg/USD 1990). Fuente: Infante-Amate et al., 2015.

la hipótesis sostenida anteriormente (gráfico 3). Los trabajos que analizan diferentes aspectos de la conflictividad ambiental en la España de la Transición y la democracia apuntan en la misma dirección (Soto, en prensa). La conflictividad laboral sigue la misma pauta de los países de la OECD, con una tendencia muy fuerte de reducción que no se ha recuperado posteriormente, ni

indicador del apoyo a las reivindicaciones globales del movimiento ecologista y sus organizaciones, sino que señala las consecuencias negativas de la industrialización. Muchos de estos conflictos no respondieron tanto a un rechazo general del modelo de desarrollo industrialista y a la aceptación de las premisas ideológicas del ecologismo como al rechazo de sus consecuencias inmediatas (con-

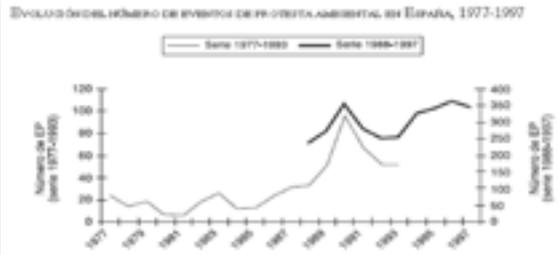


Gráfico 3. Número de huelgas y eventos de protesta (EP) ambiental en España.
Fuente: Carreras y Tafunell, 2005; Jiménez, 2005.

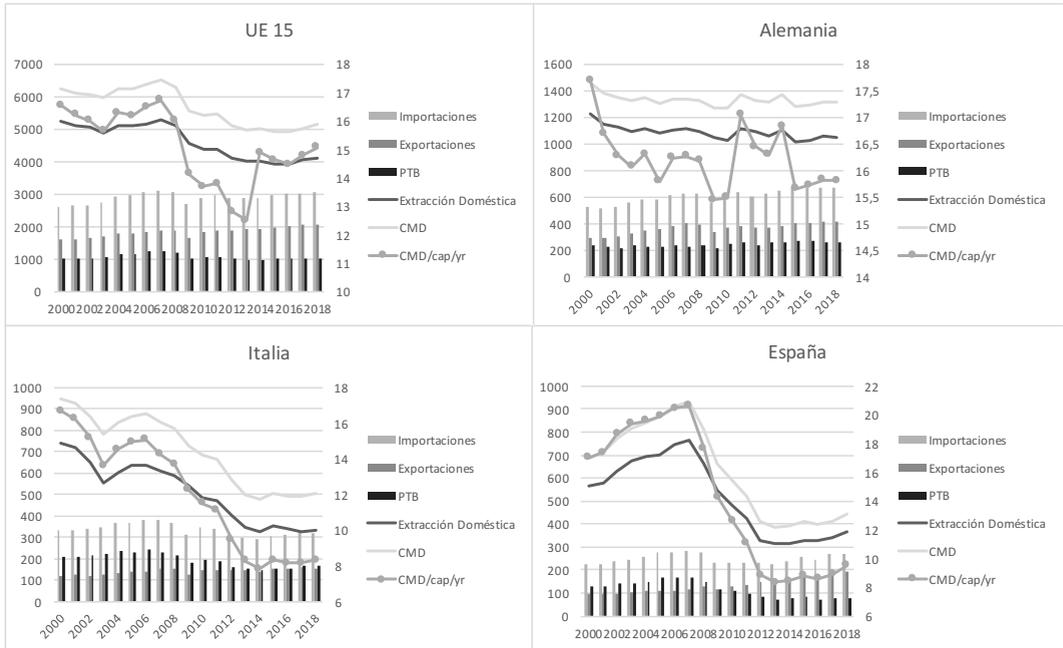


Gráfico 4. Flujos de materiales en la UE 15, Alemania, Italia y España (millones de toneladas en el eje izquierdo, toneladas por habitante en el eje derecho). Fuente: elaboración propia a partir de Eurostat, 2019: <https://ec.europa.eu/eurostat/web/environment/material-flows-and-resource-productivity/database>.

fictos NIMBY). Por ello son compatibles con una externalización creciente de los impactos ambientales del crecimiento a terceros países.

El modelo de consumo de recursos después de las crisis y el fin del mito del crecimiento ilimitado

Para entender las implicaciones que para el movimiento ecologista europeo actual tiene la relación

entre consumo de recursos y reducción de las desigualdades y las posibilidades de salida del cuello de botella que implica el *trade-off* establecido entre entropía social y entropía metabólica, debemos detenernos a analizar los cambios posteriores a la crisis económica y sus implicaciones sociales.

El gráfico 1 ya nos permitía mostrar algunas de las tendencias globales para los países industrializados, y en realidad señala cambios que son an-

teriores a la crisis de 2008. El más importante es la incorporación de nuevos países al régimen metabólico industrial (de Asia, especialmente China), que ha traído consigo la reducción del peso relativo de los países industrializados en los flujos de materiales a escala global. Esta es una tendencia muy relevante, porque, en un contexto de disponibilidad finita de materiales y en una pauta insustentable de su consumo, la aparición de nuevos actores limita las posibilidades de crecimiento del conjunto. De hecho, el consumo global de materiales ha seguido creciendo, incluso en tiempos de crisis. El uso anual de materiales a escala global alcanzó los 70.100 millones de toneladas (70,1 Gt) en 2010, pues se multiplicó por cuatro desde 1970. El uso de materiales se aceleró entre 2000 y 2010; pese a la crisis, alcanzó una tasa de crecimiento del 3,7 %. En efecto, el perfil metabólico del planeta ha crecido con fuerza desde el año 2000 y ha pasado de 7,9 a 10,1 toneladas en 2010. Este ritmo de crecimiento ha sido más rápido que el del PIB mundial, lo que pone de manifiesto que la eficiencia global en el uso de materiales ha comenzado a decrecer por primera vez en cien años. El fenómeno tiene que ver, parece, con la externalización de los procesos de extracción y transformación de materiales de mayor intensidad a terceros países y con la externalización de los procesos más sucios en términos de consumo de materiales y producción de residuos, que además son más ineficientes (UNEP, 2016; Krausmann *et al.*, 2017).

El gráfico 4 se centra en el caso europeo (UE 15) y muestra las relevantes disparidades en el consumo de recursos. Los datos permiten identificar una pauta europea y asimismo dos grandes modelos después de 2008, concentrados básicamente en los países mediterráneos y en el centro y norte de Europa, respectivamente. La serie europea desde 2000 hasta 2008 muestra la tendencia ya señalada de contracción de la extracción doméstica y de mantenimiento del CDM gracias a las importaciones. Pero, a partir de 2008, se produce una caída significativa de ambas categorías, solo invertida, y muy ligeramente, a partir de 2017. Ello ha llevado a una caída importante

del CDM/hab., que, a partir de 2015, se ha estabilizado en torno a las quince toneladas por habitante. Pero esta caída no ha conducido a una menor externalización del consumo de materiales. El balance comercial físico ha disminuido un poco, pero no se ha debido a una disminución de las importaciones, sino a un crecimiento de las exportaciones.

No obstante, más allá de estos resultados generales, los datos muestran la conformación de dos modelos bien diferenciados en Europa. Los países del centro y norte de Europa responden bien a esta pauta general. Pero los países mediterráneos e Irlanda, es decir, los más afectados por la crisis, han sufrido una caída considerable tanto de la extracción doméstica como del consumo de materiales. El elemento central de esta caída es la reducción de los minerales no metálicos (ligados al modelo especulativo), pero abarca todos los materiales. Lo cierto es que en estos países las importaciones no han disminuido (de hecho, en España han crecido), pero el fuerte crecimiento de las exportaciones ha limitado el balance comercial físico y su papel en el mantenimiento del consumo. En definitiva, en dichos países se dibuja un modelo de decrecimiento del consumo de materiales muy desordenado, rápido y nada sustentable (España, por ejemplo, sigue importando grandes cantidades de petróleo).

La caída de la extracción y del consumo domésticos en España ha revertido en el modelo de crecimiento anterior a la crisis que redujo la entropía social a costa de incrementar la extracción y el consumo de materiales. Desde inicios de la crisis, la entropía física o metabólica ha descendido, pero a costa de un nuevo repunte de la entropía social. El paro, los desahucios, la precariedad laboral, los recortes en sanidad y educación, etc., agravados por la ortodoxia fiscal practicada por los Gobiernos habidos desde entonces, son manifestaciones entrópicas. El conflicto laboral ha vuelto al centro de la protesta social, tal y como muestran los mismos datos del Ministerio del Interior. De 2024 manifestaciones de temática sindical en 2005 (de las cuales solo 3 fueron prohibidas),

se ha pasado a 15.508 en 2012 (se prohibieron 294). La reducción de la extracción doméstica explica en parte que el crecimiento de los conflictos ambientales haya sido mucho menor (de 151 a 513). Todo indica que la crisis, de naturaleza estructural, no va a superarse con facilidad y que los niveles de consumo per cápita no se podrán mantener al alza en el futuro. Parece claro que, en el futuro, en un contexto de agotamiento de recursos, de cambio climático y de emergencia de nuevas economías industriales, se reducirán las posibilidades de compensar la entropía social con más consumo de energía y materiales, y que los conflictos sociales y ambientales no mantendrán como hasta ahora una relación inversa, y ello desafía los modos de enfrentar el conflicto por parte de la ecología política.

Difícilmente un movimiento ecologista que se limite a denunciar los impactos ambientales del modelo económico o a soluciones centradas en la eficiencia tecnológica puede tener éxito ante las demandas crecientes de justicia social. Téngase en cuenta que las tendencias analizadas suceden en un contexto de incremento de las desigualdades internas (gráfico 5), mientras se mantiene la presión sobre terceros países. El ecologismo debe atender tanto a los problemas sociales como a su dimensión ecológica. No podemos, por razones de espacio, realizar aquí un análisis detallado de todos los ámbitos donde la ecología política debe interpelar tanto a la sustentabilidad como a la desigualdad. Pueden resultar ilustrativos de este «nuevo ecologismo» los movimientos agroecológicos y de defensa de una alimentación sostenible. Estos cumplen con los requisitos de un nuevo ecologismo en varios aspectos y pueden utilizarse como modelo. En primer lugar, porque atienden a uno de los aspectos esenciales del consumo, el consumo endosomático, pero lo hacen con un modelo productivo que, a diferencia del modelo de agricultura industrial (González de Molina *et al.*, 2019), privilegia tanto procesos productivos sustentables como el mantenimiento de niveles de renta adecuados para los agricultores para reducir la desigualdad entre estos y el resto de la sociedad. Pero, al mismo tiempo, los movimientos agro-

ecológicos promueven modelos productivos poco dependientes de importaciones (por ejemplo, de piensos) y favorecen la constitución de sistemas alimentarios más justos económica y socialmente, basados en cadenas cortas y en un menor consumo de recursos, que cooperan para reducir la desigualdad internacional. En este sentido, las reivindicaciones de la agroecología atienden dos dimensiones fundamentales de la desigualdad (la interna y la externa), al mismo tiempo que apelan a modos de manejo sustentables. Además, también tienen en cuenta otras dimensiones de la desigualdad, como la de género. ▀

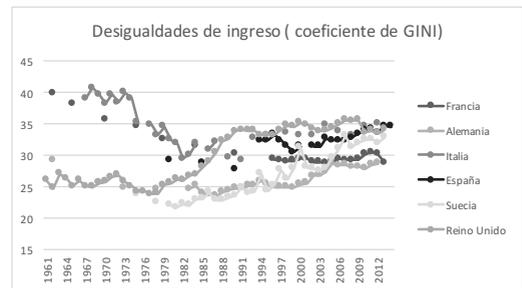


Gráfico 5. Desigualdades de ingreso (coeficiente de Gini). Fuente: Atkinson *et al.*, 2016.

Referencias

- Atkinson, T., J. Hassel, S. Morelli *et al.*, 2016. *The Chartbook of Economic Inequality*. Oxford, University of Oxford. Disponible en: <https://www.chartbookofeconomicinequality.com/>, consultado el 14 de octubre de 2019.
- Carreras, A., y X. Tafunell, 2005. *Estadísticas históricas de España: siglos XIX-XX*. Madrid, Fundación BBVA.
- Corral, P., 2014. ¿Una sociedad ambiental? Historia de los conflictos ambientales bajo la dictadura franquista en Aragón (1939-1979). Granada, Universidad de Granada/École des Hautes Études en Sciences Sociales (tesis doctoral).
- Gizicki-Neundlinger, M., 2017. *The Sustainability Costs of Agrarian Inequality. A Socio-ecological Perspective on Social Inequality and Soil Fertility at the Onset of Central*

- European Industrialization*. Klagenfurt, Alpen-Adria-Universität Klagenfurt.
- González de Molina, M., D. Soto y F. Garrido, 2015. «Los conflictos ambientales como conflictos sociales. Una mirada desde la ecología política y la historia». *Ecología Política*, 50, pp. 31-38.
- González de Molina, M., D. Soto, G. Guzmán et al., 2019. *Historia de la agricultura española desde una perspectiva biofísica, 1900-2010*. Madrid, Mapa.
- Infante-Amate, J., 2015. «El consumo de recursos en el siglo xx. Una revisión». *HALAC*, 1 (IV), pp. 5-32.
- Infante-Amate, J., D. Soto, E. Aguilera et al., 2015. «The Spanish Transition to Industrial Metabolism Long-Term Material Flow Analysis (1860-2010)». *Journal of Industrial Ecology*, 19 (5), pp. 866-876.
- Jiménez, M., 2005. «La protesta ambiental en España: aportaciones analíticas al estudio de los condicionantes políticos de la acción colectiva». *Revista Española de Ciencia Política*, 12, pp. 75-98.
- Krausmann, F. (ed.), 2011. «The Socio-metabolic Transition. Long Term Historical Trends and Patterns in Global Material and Energy Use». *Social Ecology Working Paper*, 131. Disponible en: <https://www.aau.at/wp-content/uploads/2016/11/working-paper-131-web.pdf>, consultado el 13 de noviembre de 2019.
- Krausmann, F., H. Schandl, N. Eisenmenger et al., 2017. «Material Flow Accounting: Measuring Global Material Use for Sustainable Development». *Annual Review of Environment and Resources*, 42, pp. 647-675.
- Marco, I., 2018. *Dialogues between Nature, Class and Gender: Revisiting Socio-Ecological Reproduction from Past Organic Advanced to Industrial Agricultures (Sentmenat, Catalonia, 1860-1999)*. Barcelona, Universitat de Barcelona (tesis doctoral). Disponible en: <https://www.tesisenred.net/handle/10803/565777#page=1>, consultado el 13 de noviembre de 2019.
- Milanovic, B., 2006. *La era de las desigualdades*. Dimensiones de la desigualdad internacional y global. Madrid, Sistema.
- Milanovic, B., 2017. *Desigualdad mundial. Un nuevo enfoque para la era de la globalización*. Ciudad de México, FCE.
- Pomeranz, K., 2000. *The Great Divergence: China, Europe, and the Making of the Modern World Economy*. Princeton, Princeton University Press.
- Sánchez Cuenca, I., 2019. *La izquierda: fin de (un) ciclo*. Madrid, Catarata.
- Schaffartzik, A., A. Mayer, S. Gingrich et al., 2014. «The Global Metabolic Transition: Regional Patterns and Trends of Global Material Flows, 1950-2010». *Global Environmental Change*, 26, pp. 87-97.
- Scheidel, W., 2018. *El gran nivelador: violencia e historia de la desigualdad desde la Edad de Piedra hasta el siglo xxi*. Madrid, Crítica.
- Soto, D., A. Herrera, M. González de Molina et al., 2007. «La protesta campesina como protesta ambiental. Siglos xviii-xx». *Historia Agraria*, 42, pp. 277-301.
- Soto, D., en prensa. «Del conservacionismo al ecologismo social. El ecologismo en España de los orígenes en el antifranquismo a la democracia (1960-1998)». En: J. Pérez Serrano (ed.), *El largo camino de la democracia en España*. Madrid, Biblioteca Nueva.
- Tello, E. (ed.), 2012. *Cómo hemos llegado hasta aquí. Una introducción a la historia económica global*. Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya.
- United Nations Environmental Program (UNEP), 2016. *Global Material Flows and Resource Productivity. Assessment Report for the UNEP International Resource Panel*. Disponible en: https://www.resourcepanel.org/sites/default/files/documents/document/media/global_material_flows_full_report_english.pdf, consultado el 13 de noviembre de 2019.
- Villa, I., 2017. *Transformaciones en el metabolismo agrario y su impacto socioecológico: Montefrío, 1750-1920*. Sevilla, Universidad Pablo de Olavide (tesis doctoral).

Opinión

¿Quo vadis, ecología política española?

Florent Marcellesi

Una nueva ola ecologista. ¿Puede la lucha contra la crisis climática construir nuevas mayorías sociales?

Ismael de la Villa Hervás



¿Quo vadis, ecología política española?

Florent Marcellesi*

Resumen: En las elecciones europeas de 2019, Los Verdes han cosechado un resultado histórico y con ello han convertido el clima en prioridad política a nivel continental. Pero esta ola verde centrada en el noroeste europeo sigue sin penetrar en el sur. Esto es un obstáculo para que Los Verdes en el futuro también puedan disputar la hegemonía institucional a los grupos conservadores, socialdemócratas y liberales europeos. España es, por tanto, una prioridad de crecimiento para Los Verdes Europeos. Pero sigue siendo un agujero negro de la ecología política, cuyo espacio —todavía débil hoy, pero con gran perspectiva de futuro— está en disputa entre diferentes actores políticos.

En primer lugar, este artículo repasa lo ocurrido desde la Transición democrática hasta el 15-M para encontrar las razones de esta situación de debilidad. En segundo término, analiza los posibles escenarios futuros del espacio verde en España y las condiciones necesarias para su eclosión como actor central de la política española y, por tanto, europea.

Palabras clave: ecología política, Los Verdes, política española, política europea, hegemonía verde

Abstract: In the European elections of 2019, The Greens have reaped a historic result, making the climate a political priority at the continental level. But this green wave centered in the northern-western Europe still doesn't penetrate the south of Europe. This is an obstacle so that the Greens may also in the future dispute the institutional hegemony to European conservative, social democrats and liberal groups. Spain is therefore a growth priority for European Greens. But it remains a black hole for political ecology whose space, still weak today but with great perspectives in the future, is in dispute between different political actors.

First, this article reviews the reasons for understanding this situation of weakness from the democratic transition to the «Indignados» movement. Second, it analyzes the possible future scenarios of the Green space in Spain and the necessary conditions for its emergence as a central actor in Spanish and therefore European politics.

Keywords: political ecology, The Greens, Spanish politics, European politics, green hegemony

* Ex-eurodiputado de EQUO. *E-mail:* florent@florentmarcellesi.eu.

Introducción

En las elecciones europeas de mayo de 2019, Los Verdes han cosechado un resultado histórico: cuarto grupo en la eurocámara, con más de setenta eurodiputados; segunda fuerza en Alemania y tercera en Francia; han tenido la capacidad de marcar la agenda de la nueva Comisión Europea y de convertir el clima y la transición ecológica en prioridades políticas e institucionales a nivel continental.

Pero, al mismo tiempo, esta ola verde —centrada principalmente en el noroeste europeo— sigue sin penetrar en el sur y en el este de Europa. A medio y largo plazo, esto es un obstáculo estructural para que Los Verdes, más allá de marcar la agenda comunitaria, puedan también disputar la hegemonía política a los grupos conservadores, socialdemócratas y liberales, y así pasar a liderar directamente la política europea.

En este contexto, España —uno de los pesos pesados de la Unión Europea y, por tanto, una prioridad política de crecimiento para Los Verdes— sigue siendo un punto débil del ecologismo político en el mapa europeo. Sin embargo, más que nunca el espacio verde está allí en disputa entre distintos actores políticos, ya sean socialdemócratas, provenientes del llamado «espacio del cambio» o, simplemente, verdes.

Para entender esta situación, repasamos primero las razones estructurales así como los condicionantes del ciclo político que se abrió con el 15-M, con el fin de explicar esta presencia débil y sectorial de la ecología política española. A partir de ahí, nos interrogamos sobre el futuro del espacio verde en España.

El papel marginal de la ecología en la Transición española y el 15-M

La marginalidad hasta bien entrado el siglo XXI, ante todo, corresponde a factores históricos. Por un lado, mientras el movimiento ecologista nació en Europa al calor del ciclo sociopolítico abierto

por las revueltas de 1968, en España un desarrollo simultáneo resultó imposible por la llegada tardía de la democracia, a finales de 1970. Por otro lado, la Transición española se estructuró en torno a la cuestión de la vuelta a la democracia; la ecología quedó en un plano marginal y se cedió el protagonismo en el espacio político progresista a los partidos provenientes de la lucha antifranquista, totalmente alejados en aquel momento de las consideraciones ecologistas como paradigma holístico transformador. Estos factores desembocaron en una debilidad orgánica del movimiento verde, reforzada al mismo tiempo por las tensiones territoriales inherentes a España, una fuerte división interna en el propio movimiento verde y la dificultad de representar la correa de transmisión política del movimiento social ecologista (Marcellesi, 2008).

Sin embargo, debido al debilitamiento del espacio progresista emergido de la Transición y la no respuesta de dichos partidos a la crisis ecológica, el movimiento verde volvió a dar un paso adelante: se unificó y se refundó con EQUO en 2011. Si bien esta dinámica creó de nuevo una oportunidad para la presencia del ecologismo como actor autónomo en la política, los acontecimientos sociales, con el movimiento de los indignados, cambiaron de nuevo el rumbo de la historia verde. Asimismo, a partir de 2011, el 15-M abrió un ciclo social y político cuyas coordenadas estructurantes fueron la democracia —los de abajo frente a los de arriba— y la desigualdad frente a la enorme crisis económica de 2008. Luego el partido Podemos canalizó esta hegemonía cultural en la política.

En todo este proceso, la ecología no dejó de ser secundaria: en ningún caso fue un eje estructural de las protestas sociales en las plazas y de su posterior canalización en la arena política. Asumida de forma sectorial por el «espacio del cambio» y a menudo relegada detrás de otras prioridades,¹ no se supo articular un discurso que uniera las crisis

1. Como en el caso de la defensa de los trabajadores del carbón, que se priorizó al carácter altamente nocivo y contaminante de su sector.

democráticas y sociales con la crisis ecológica. La ecología no desapareció y sí supo encontrar un sitio relevante en muchas ciudades del cambio como Madrid o Valencia,² pero no se sistematizó una visión holística para que el espacio del cambio fuera también el del cambio ecosocial. Como en la época de la Transición, el espacio verde volvió a ser un apéndice de un gran hermano progresista y sus ideas, un apartado más de un programa de izquierdas. Además, el ciclo político del *procés català* ha supuesto una involución para la agenda conquistada por el 15-M, y de rebote también para las cuestiones ecológicas. La sobredimensión de las reivindicaciones territoriales en España se ha sobrepuesto a las cuestiones sociales y a las nascentes cuestiones ecológicas.³

Sin embargo, la ecología ha vuelto al centro de la atención social y mediática. El fenómeno de las huelgas juveniles lideradas por Greta Thunberg se asimila a nivel mundial a un «15-M climático» (Marcellesi, 2019). En otras palabras, si el 15-M de 2011 la ciudadanía marcó el futuro de España con un «no nos representan» que impugnaba la inacción política ante la crisis democrática, la indignación climática ha impugnado la inacción política ante la emergencia climática. Con ello, también en España, donde el cambio climático es una de las mayores inquietudes de la ciudadanía (Lázaro Touza *et al.*, 2019), existe una tendencia de fondo que obliga a redefinir las prioridades políticas y sociales para dar una respuesta a la juventud y a cada vez más sectores preocupados por la ecología de forma prioritaria y transversal. Estamos asistiendo en directo al nacimiento de una hegemonía verde en el plano cultural. Ahora bien, falta saber quién será capaz de trasladarla y representarla a nivel político.

2. Véase el caso de Madrid Central de la mano de Inés Sabanés (Ahora Madrid/Equo) y las políticas de movilidad sostenible en Valencia de la mano de Giuseppe Grezzi (Compromís/Equo).

3. Para una visión ecologista del conflicto territorial catalán, véase Marcellesi (2017).

El futuro del espacio verde en España

Sobre la base de este contexto sociohistórico, analicemos ahora los posibles escenarios futuros del espacio verde en España y las condiciones necesarias para su eclosión como actor central de la política española y, por tanto, europea.

Es evidente que el nuevo contexto sociopolítico español ha vuelto a dejar el espacio verde difuso y en disputa. Por un lado, la presencia cada vez más relevante de los partidos verdes en Europa actúa como espejo en España. El éxito de los verdes en Alemania, Francia, Bélgica, Suiza, etc., crea un efecto llamada en un contexto de creciente europeización de la política. Por otro lado, el movimiento juvenil por el clima está propiciando la visualización de nuevos sujetos y mayorías sociales con orientación nítidamente verde.

A diferencia de otros países europeos, donde el espacio verde lo ocupa *de facto* el partido ecologista nacional, en España la batalla todavía es feroz y abierta, como bien se ha podido constatar en las elecciones generales de noviembre de 2019. A día de hoy, existen principalmente tres opciones para disputar este espacio verde, las tres provenientes del ámbito progresista:⁴ la opción socialdemócrata, la poscomunista y la verde.

La opción socialdemócrata, en la línea del vicepresidente de la Comisión Europea Frans Timmermans, y representada por el PSOE en España, lucha por la integración de las cuestiones de transición ecológica dentro de su matriz histórica: una socialdemocracia reverdecida y orientada hacia la gestión del Gobierno y las instituciones.⁵ La segunda opción es integrar lo verde en el espacio poscomunista. En la senda de

4. A diferencia de otros países, donde la derecha y el centro derecha sí disputan la ecología a la izquierda, la ausencia de la derecha en esta batalla en España es clamorosa (Timones y Quiroga, 2019).

5. El PSOE ha creado el primer Ministerio de Transición Ecológica en España (con el caso francés como ejemplo) e intenta liderar en Europa la ambición climática. La organización de la COP25 en España va en esta línea.



Imagen 1. Manifestación durante la COP25 en Madrid. Fuente: European Greens.

Izquierda Unida en los años ochenta y noventa, y hoy representada por Unidas Podemos, se trata de canalizar lo verde en una crítica anticapitalista del sistema y anclarlo en la «izquierda unitaria europea» (Asuar Gallego, 2019).

Por su parte, la tercera opción reivindica la construcción de un espacio verde propio y autónomo al igual que en países de la Europa noroccidental, con la transición ecológica con justicia social como eje estructurante del programa y con un único referente continental, Los Verdes Europeos. Esta última opción tiene varias ventajas. Primero, como se ha constatado en otros países europeos, solo es posible empujar al resto de los partidos del arco político hacia la ecología cuando existe un partido verde fuerte en el tablero. Segundo, el electorado verde es claramente transversal a las grandes ideologías preexistentes a la ecología política y no se deja encerrar en los

espacios clásicos de izquierdas (sean socialdemócratas o poscomunistas). Por último, a nivel teórico, puesto que la ecología política es una crítica principalmente no marxista de una superideología productivista —en la que el eje productivista/antiprodutivista es el nuevo eje estructurante y determinante—, no es reductible al socialismo, sea cual sea su versión (Marcellesi, 2008).

Eso sí, para que pueda funcionar, esta opción necesita varios ingredientes. Por un lado, el espacio verde no puede ser un partido ecologista que solo se dirija a un nicho ecologista. Como dice Pepe Escrig (2019):

La ecología política española tiene el reto de pasar del esencialismo al constructivismo, del nicho a la transversalidad, de la protesta a la propuesta y del catastrofismo a la esperanza. Es decir, aprovechar la oportunidad

de dejar de ser la resistencia ecologista para estar en condiciones de liderar la nueva hegemonía verde.

En este sentido, tiene que ser transversal y hablar a mayorías más amplias. Ya sea a través de una estrategia parecida a la de Los Verdes Europeos, o con aportes del «populismo verde» —como han sugerido Errejón, Santiago y Tejero (Santiago y Tejero, 2019) —, o con una estrategia híbrida entre las dos primeras de ecología popular. El objetivo es claro: ser capaces de canalizar primero al electorado verde potencial (principalmente clases medias, urbanas, formadas, jóvenes y mujeres), todavía disperso en España, y, por otro lado, aspirar a sumar también franjas de las clases populares. Para ello, es fundamental que ecología y justicia social vayan asociadas como dos términos gemelos e inseparables. Dicho de otro modo, como probó la crisis de los chalecos amarillos, la transición ecológica será justa o no será (Marcellesi y Ralle, 2018).

En segundo lugar, tampoco se puede poner por delante la unidad de la izquierda como fetiche. Gran parte del electorado verde no se reconoce en una identidad de izquierda y espera más bien fórmulas más innovadoras y abiertas. De hecho, se trata de construir nuevas identidades e imaginarios colectivos. En ellos, por ejemplo, el Estado —que sin duda hay que repensar a la luz de la crisis ecológica (Marcellesi, 2013)— podría seguir siendo importante, pero no omnipresente, y dejaría espacio y liderazgo a lo no gubernamental. O no se rechazaría por sistema el mercado, sino que se abriría a la innovación y el emprendimiento de las pymes verdes. Lo público, lo privado y lo cooperativo juntos podrían crear círculos virtuosos. La seguridad y el orden se podrían conjugar con la transición ecológica. Europa sería un marco de juego en positivo y plenamente compatible con las escalas nacionales y locales. La gestión de la interdependencia y de la complejidad estaría por encima de los viejos marcos de soberanía exclusiva y de simplificación a ultranza de quiénes son los buenos y los malos.

Por último, por lo que respecta a la europeización del espacio político y el auge de los partidos verdes en nuestro continente, el espacio verde español necesita tener claro que su referencia a nivel europeo son Los Verdes Europeos. Por ejemplo, seguir en el espacio poscomunista a nivel estatal y europeo debilita el espacio verde europeo, lo cual imposibilita a medio plazo el *sorpasso* de Los Verdes Europeos a la socialdemocracia, los conservadores y los liberales. A su vez, por un efecto búmeran clásico en sistemas interdependientes, impide el crecimiento de una opción verde en España. Puesto que España es uno de los países más grandes de la Unión Europea (y, por tanto, en el plano electoral, uno de los que más eurodiputados aporta), el futuro de ambos está íntimamente ligado.

En estos tiempos de incertidumbre global y política, con la crisis ecológica como telón de fondo, la opción verde aporta respuestas a la altura de los retos del siglo XXI. No sería comprensible, por tanto, que España siguiera al margen de esta dinámica. Más bien al contrario, existen todos los ingredientes necesarios para que el espacio verde pueda madurar y jugar el papel histórico que le corresponde. ▀

Referencias

- Asuar Gallego, B., 2019. «Podemos se desmarca del Green New Deal para abordar el origen de la crisis climática». *Público* (11 de noviembre). Disponible en: https://www.publico.es/politica/elecciones-10-n-separa-green-new-deal-abordar-origen-crisis-climatica-cree-green-new-deal-no-suficiente-enfrentar-crisis-climatica.html?utm_source=telegram&utm_medium=social&utm_campaign=web, consultado el 29 de noviembre.
- Escrig, P., 2019. «De la resistencia a la hegemonía verde en España». *Green European Journal* (septiembre). Disponible en: <https://www.greeneuropeanjournal.eu/de-la-resistencia-ecologista-a-la-hegemonia-verde-en-espana/>, consultado el 20 de noviembre.

- Lázaro Touza, L., C. González Enríquez y G. Escribano Francés, 2019. *Los españoles ante el cambio climático*. Real Instituto Elcano. Disponible en: <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/1c5a8ff2-2533-44bf-b2d6-a0c8053b231a/Informe-Espanoles-ante-cambio-climatico-sept-2019.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=-1c5a8ff2-2533-44bf-b2d6-a0c8053b231a>, consultado el 30 de noviembre.
- Marcellesi, F., 2008. «Ecología política: génesis, teoría y praxis de la ideología verde». *Bakeaz*, 85, pp. 1-14
- Marcellesi, F., 2013. «¿Más allá del Estado?». *Ecología Política*, 45, pp.7-12
- Marcellesi, F., 2017. «Nueve tesis a favor de la interdependencia». *CTXT* (12 de noviembre). Disponible en: <https://ctxt.es/es/20171108/Firmas/16103/interdependencia-nacionalismos-UE-Florent-Marcellesi.htm>, consultado el 20 de noviembre de 2019.
- Marcellesi, F., 2019. «Se avecina un 15M climático». Disponible en: <http://florentmarcellesi.eu/2019/02/22/se-avecina-un-15m-climatico>, consultado el 22 de febrero de 2019.
- Marcellesi, F., y F. Ralle, 2018. «Chalecos amarillos: la transición ecológica será justa o no será». *Eldiario.es* (4 de diciembre). Disponible en: https://www.eldiario.es/euroblog/Chalecos-amarillos-transicion-ecologica-justa_6_842775754.html, consultado el 1 de noviembre de 2019.
- Timones, T., y L. Quiroga, 2019. «Consenso medioambiental: ¿y dónde está la derecha?». *El Confidencial* (27 de agosto). Disponible en: https://blogs.elconfidencial.com/espana/tribuna/2019-08-27/consenso-medioambiental-derecha_2194431/, consultado el 30 de noviembre.
- Santiago, E., y H. Tejero, 2019. *¿Qué hacer en caso de incendios? Manifiesto por un Green New Deal*. Madrid, Capitán Swing.

Una nueva ola ecologista. ¿Puede la lucha contra la crisis climática construir nuevas mayorías sociales?

Ismael de la Villa Hervás*

Resumen: A finales de los años sesenta emergió la primera gran ola ecologista en el mundo occidental. Por diversos factores, su capacidad transformadora en la esfera social se vio limitada a largo plazo. Hoy día, aparentemente, nace otra ola ecologista con una nueva idiosincrasia y otros potenciales. Este artículo tiene como objetivo comparar los dos casos y explorar las posibilidades de crecimiento del último.

Palabras clave: movimientos ecologistas, primera ola, nueva ola, escala, mayorías sociales

Abstract: At the end of the sixties, the emergence of the first great environmental wave in the western world took place. Due to various factors, its transformative capacity in the social sphere was limited in the long term. Today, apparently, a new environmental wave emerges with a new idiosyncrasy and other potentials. This article aims to make a comparison between the two cases as well as explore the possibilities of growth of the last one.

Keywords: Environmental movements, first wave, second wave, scale, social majorities

* Universidad Complutense de Madrid. *E-mail:* ismadela@ucm.es.

Introducción

Recientemente, a raíz de la aparición en 2018 de movimientos sociales transnacionales como Extinction Rebellion y Fridays for Future, estamos asistiendo a lo que podría ser la emergencia de un nuevo ecologismo con capacidad de intervenir en múltiples esferas de la realidad social, más allá de la propia cuestión medioambiental, a través de la reconfiguración de las relaciones de poder con respecto a lo que atañe a la crisis climática y al acceso a los recursos naturales para mantener los distintos modos de producción y reproducción en las diferentes escalas que se ven afectadas. Esta nueva corriente de ecologismo no surge de la nada, sino que es producto de toda la dinámica vivida entre el impulso del movimiento de la ecología radical, hace casi cincuenta años atrás (Carson, 1962; Drengson, 1995), los actores derivados de esta y las instituciones consolidadas para canalizar sus demandas concretas. Por tanto, para poder analizar la coyuntura dentro de la cual se ve envuelto este nuevo ecologismo y su potencial para aglutinar nuevas mayorías sociales, así como para afrontar los distintos retos que integran la cuestión de la crisis climática, primero es necesario tener en cuenta la evolución de la primera ola ecologista y los límites y dificultades con los que se topó,

tanto en el plano social como en el institucional. Solo así se podrá afinar en las posibilidades reales de estos nuevos movimientos sociales a la hora de incidir en el *statu quo* y en la dialéctica sociedad-naturaleza.

La primera ola ecologista: capacidades y debilidades

«El ecologismo y los conflictos ecológico-distributivos no son luchas aisladas que se hayan dado únicamente en una parte del globo y hayan sido capitalizados por una única clase social» (Martínez Alier, 2005). Sin embargo, las primeras acciones en este sentido tuvieron lugar en Europa a finales del siglo XIX, en clave conservacionista de distintas especies animales con una posición derivada del Romanticismo. Así ocurrió, por ejemplo, con la aparición de los Amigos de la Naturaleza. La primera gran ola medioambientalista, que derivaría posteriormente en la corriente de la ecología profunda (Drengson *et al.*, 2011) como praxis en tanto que movimiento social y teoría ecosocial, emergió a finales de los años sesenta como uno de los tres grandes movimientos de la segunda mitad del siglo XX, junto al antibelicista y al antirracista. De hecho, pensar la primera gran corriente ecologista de masas en Occidente al margen de estos movimientos resulta complicado. En el caso concreto de Estados Unidos, hubo reivindicaciones de carácter conservacionista, como las que dieron lugar a las resistencias del Sierra Club frente a los planes de Eisenhower de desarrollar distintas infraestructuras que ponían en riesgo la biodiversidad en varias reservas naturales (Kuzmiak, 1991). Pero, además, el movimiento antirracista de finales de los sesenta confluyó con esta nueva ola en las denuncias contra la polución del aire, el agua y el suelo que sufría la población racializada en grandes ciudades como Chicago y Detroit. También tuvo su punto de encuentro con el movimiento antibelicista en las reivindicaciones ecologistas y las protestas contra las pruebas de armas nucleares en la isla Amchitka de Alaska, que sirvieron como hito fundacional para el nacimiento de Greenpeace.

Mientras tanto, en Europa, las reivindicaciones a nivel local y regional por las transformaciones urbanas y paisajísticas, así como las movilizaciones contra la creciente proliferación de centrales nucleares durante la crisis de los precios del petróleo de los años setenta, impulsaron la creación de distintas e importantes plataformas y organizaciones ecologistas que dispusieron de las herramientas necesarias para hacer frente a estas cuestiones. Ya a finales de los años setenta, cuando la OTAN llevó a cabo distintas actuaciones para el despliegue de armas nucleares de alcance medio en el oeste europeo, estas organizaciones impulsaron la creación de los primeros partidos verdes, ante la imposibilidad de canalizar sus demandas en partidos de masas del ámbito socialdemócrata y comunista, dada la tensión con sus estructuras burocráticas y organizativas (Müller-Rommel, 1994). De hecho, estos partidos llegaron a tener cierta relevancia parlamentaria, pues alcanzaron cuotas cercanas al ocho por ciento en Bélgica, Alemania, Luxemburgo y Suiza en sus primeros años (Kaelberer, 1993).

A pesar de esta articulación de luchas urbanas, pacifistas, antinucleares y antirracistas, vertebadas a través del eje ecologista, se llevó a cabo un proceso de captación pasiva y parcial de algunas de sus demandas. Ello impidió la aglutinación de un sujeto político más amplio y sustentado en un cuestionamiento del *statu quo*. La posibilidad de generar una nueva producción discursiva respecto al sentido de la relación naturaleza-sociedad a través de la construcción de equivalencias entre estas nuevas luchas emergentes fue desplazada en la escala global y en la esfera institucional, que asumió en gran medida la necesidad de hacer frente a las problemáticas medioambientales y climáticas que habían ganado peso, pero con una serie de prescripciones y un orden discursivo concreto. Este proceso ya se inició con la publicación de *Limits of Growth* (1972) por parte del Club de Roma, seguida quince años después de la exposición en la ONU del conocido como Informe Brundtland o *Our Common Future* (1987), así como la posterior creación del Panel Intergubernamental de Expertos sobre Cambio



Imagen 1. Los activistas de Greenpeace protestan en la isla de Amchitka el 15 de septiembre de 1971, ante las pruebas de armas nucleares. Fuente: Greenpeace Estados Unidos.

Climático (IPCC, por sus siglas en inglés). Todo esto sirvió para marcar el rumbo tanto a nivel discursivo —al disgregar parte de las demandas articuladas por el movimiento ecologista— como normativo —al orientar las políticas de los Gobiernos nacionales y de instituciones supranacionales como la FAO, la OCDE, la OMC y el BM, a través del consenso del desarrollo sostenible—. De este modo se asentó en el imaginario la posibilidad de compatibilizar la mitigación y la adaptación al cambio climático con una continua reproducción de los recursos naturales existentes, sin poner en cuestión el continuo crecimiento del modo de producción capitalista ni tampoco los procesos de acumulación en el Norte a costa del Sur. Además, los nichos institucionales derivados del impulso del movimiento ecologista vieron muy limitada su capacidad de acción. Por ejemplo, fue el caso de Greenpeace en Estados Unidos al término de la Guerra Fría. En Europa, el Partido Verde alemán, durante el Gobierno de coalición a finales de los años noventa con Schroeder, vio subordinada su línea de actuación a la del Partido Socialdemócrata.

La emergencia de un nuevo movimiento ecologista y su potencial

No obstante, todo este ejercicio realizado desde los años ochenta por parte de las instituciones supranacionales para marcar su hegemonía en la cuestión medioambiental ha sido infructuoso, pues se han manifestado múltiples disensos, por ejemplo, en las últimas Cumbres por la Tierra y por el Cambio Climático, entre otros, y se ha hecho patente su falta de efectividad a la hora de satisfacer las reivindicaciones que en su día hicieron suyas.

En cuanto a la situación actual, aunque todo movimiento social, en mayor o menor medida, corre el riesgo de ser desarticulado por este proceso de captación parcial y pasiva de sus demandas vertebradoras, la nueva ola ecologista encarnada en Fridays for Future y Extinction Rebellion posee dos rasgos que le confieren la capacidad de conformar un nuevo sujeto político amplio y de incidir en la realidad para subvertir las relaciones que se dan dentro de la coyuntura del Antropoceno/Capitaloceno. Por un lado, a

diferencia de la primera gran ola ecologista, esta nueva no se encuentra tan marcada en la praxis, como lo estuvo la anterior por el limitado recorrido en el largo plazo de las reivindicaciones antibelicistas ante un inminente fin de la Guerra Fría, o por el escaso impacto de aisladas reformas «paisajísticas y urbanas en lo local, como las relacionadas con la lucha contra la contaminación de ríos y la paralización del desarrollo de infraestructuras que dañaban espacios protegidos, tanto en Europa occidental como en Estados Unidos (Kaelberer, 1993)». La vacuidad momentánea que presenta para articular demandas más allá de la de la crisis climática supone la posibilidad de seguir incorporando sectores sociales de gran heterogeneidad, así como de establecer equivalencias entre el medioambientalismo y otras reivindicaciones relacionadas con los derechos laborales, los cuidados y la reproducción social en clave feminista, el derecho al desarrollo y al reconocimiento cultural en el Sur global y en los pueblos originarios, etc.

Por otro lado, la cuestión de la escala espacial para este movimiento adquiere un gran valor (Swyngedouw y Heynen, 2003; Swyngedouw, 2004), ya que, a diferencia de la primera ola, que surgió de lo local y llegó únicamente hasta lo estatal, esta nueva, dado su origen global, ha experimentado la posibilidad de descender y asentarse en todas las estancias espaciales inferiores. Esto le posibilita establecer toda una serie de antagonismos a aquellas formas de reacción existentes contra un ecologismo de carácter redistributivo que modifique los modos de producción y reproducción tanto en la escala estatal como en la global. En primer lugar, contra el negacionismo de los movimientos de extrema derecha populista (Lockwood, 2018), aunque estos posean una base social cada vez más limitada. A nivel global, esta nueva ola ecologista puede antagonizar con el discurso y la práctica de una retórica medioambientalista de mayor proyección, como la del desarrollo sostenible de las instituciones supranacionales, basada en una concepción del cambio climático desde el marginalismo económico y la posibilidad de ser

contrarrestado mediante la cuantificación monetaria de sus efectos adversos, como si de externalidades a absorber por el mercado se tratasen. Su praxis política en estas escalas puede ser capaz de impulsar acciones tales como la descarbonización de las economías nacionales y la transición hacia modelos de producción de energía renovable acompañados de mecanismos fiscales distributivos, así como el impulso de nuevos tratados internacionales y de gobernanza ambiental que establezcan una cooperación en pie de igualdad entre el Norte y el Sur global, conjugada con un reconocimiento del derecho al desarrollo por parte de este último.

De este modo, a pesar de la contingencia evolutiva a la cual se ve sujeto este nuevo movimiento social ecologista, su carácter plural y su fluidez dentro de las escalas le confieren el potencial social necesario para articular sectores sociales y demandas y establecer un nuevo sentido hegemónico para el metabolismo ecológico-social. Algo de lo que, en su día, la primera ola ecologista no fue capaz. ■

Referencias

- Brundtland, G. H., Khalid, M., Agnelli, S., Al-Athel, S. y Chidzero, B. (1987). *Our common future*. Nueva York, ONU.
- Carson, R., 1962. *Silent Spring*. Nueva York, Houghton Mifflin.
- Drengson, A., 1995. «The Deep Ecology Movement». *Trumpeter*, 12 (3).
- Drengson, A., B. Devall y M. A. Schroll, 2011. «The Deep Ecology Movement: Origins, Development, and Future Prospects (Toward a Transpersonal Ecosophy)». *International Journal of Transpersonal Studies*, 30 (1), p. 11.
- Kaelberer, M., 1993. «The Emergence of Green Parties in Western Europe». *Comparative Politics*, 2 (25), pp. 229-243.
- Kuzmiak, D. T., 1991. «The American Environmental Movement». *Geographical Journal*, 3 (157), pp. 265-278.
- Lockwood, M., 2018. «Right-Wing Populism

and the Climate Change Agenda: Exploring the Linkages». *Environmental Politics*, 27 (4), pp. 712-732.

Martínez Alier, J., 2005. *El ecologismo de los pobres*. Barcelona, Icaria.

Meadows, D. H. et al. (1972). *The Limits to Growth: A Report to The Club of Rome*. Toronto, Potomac Associates Books.

Müller-Rommel, F., 1994. *Green Parties Under Comparative Perspective*. Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona.

Swyngedouw, E., 2004. «Scaled Geographies: Nature, Place, and the Politics of Scale». En: R. McMaster y E. Sheppard (eds.), *Scale and Geographic Inquiry: Nature, Society, and Method*. Oxford, Blackwell, pp. 129-153.

Swyngedouw, E., y N. C. Heynen, 2003. «Urban Political Ecology, Justice and the Politics of Scale». *Antipode*, 35 (5), pp. 898-918.

Breves

Las letras pequeñas de los tratados de libre comercio

Aizailadema Altamirano Avila

La inalterable escasez de iniciativas agroecológicas en el paisaje agroindustrial de Doñana

Juan Francisco Bejarano Bella y Adolfo Torres Rodríguez

La biología de la conservación, entre la hegemonía y las fugas

Gabriela Klíer

Comunidades en movimiento ante el cambio climático. ¿Resistentes o resilientes? El caso de Paipote, Chile

José Sandoval Díaz y Francisco Astudillo Pizarro

La construcción del Movimiento por la Soberanía Popular en la Minería en Brasil: extractivismo y resistencia social

Gustavo Schiavinatto Vitti

Freno al colapso inminente: el movimiento por la justicia climática, los revolucionarios de Walter Benjamin

Jóao Camargo



Las letras pequeñas de los tratados de libre comercio

Aizailadema Altamirano Avila*

Resumen: La globalización, como un proceso dinámico de creciente libertad e integración mundial de los mercados de trabajo, bienes, servicios, tecnología y capitales (De la Dehesa, 2000), ha motivado a los países latinoamericanos (PAL) a establecer Tratados de Libre Comercio (TLC) entre ellos mismos y con potencias mundiales, como Estados Unidos, con la intención de no quedarse atrás y competir para impulsar su economía. Pero los PAL tienen poco poder de negociación, y aceptan las condiciones que les imponen, tales como la apertura comercial generalizada, bajos aranceles y crecientes concesiones (Huerta González, 2007). Por lo tanto, terminan firmando hasta las cláusulas en «letra pequeña». Entonces, por un lado, obtienen una apertura comercial ventajosa, hasta que dejan de ser los países que ofrecen los beneficios más atractivos y se los obliga a compartir los privilegios ganados. Por otro lado, se disfraza el verdadero costo de los compromisos adquiridos, que se traduce en la sobreexplotación de los recursos naturales y la pérdida de biodiversidad.

La cuestión es si, aun con estas reglas del juego, los PAL realmente se han visto favorecidos con un crecimiento económico. Y también cuál ha sido el costo ambiental de este crecimiento y si ha valido la pena. En este artículo, se expresa

una opinión sobre el impacto de los TLC en la economía y en el medio ambiente de los PAL, a partir de una comparación de sus indicadores financieros asociados a la actividad comercial, su huella ecológica y su biocapacidad.

Palabras clave: globalización, huella ecológica, biocapacidad, sobregiro ecológico, TLC

Abstract: Globalization, as a dynamic process of increasing freedom and global integration of labor, goods, services, technology and capital markets (De la Dehesa, 2000), has motivated Latin American Countries (LAC) to establish Free Trade Agreements (FTA), among themselves and with great powers, such as the United States, with the intention of not being left behind and competing to boost their economy. But, LAC have little bargaining power, and accept the conditions they impose on them, such as, generalized commercial opening, low tariffs and increasing concessions (Huerta González, 2007), and therefore, end up signing up to the clauses in “small print”, which on the one hand, give an advantageous commercial opening, until they cease to be the country that offers the most attractive benefits, and then, the LAC have to share the privileges earned; and on the other, the true cost of the commitments acquired are disguised, which result in the overexploitation

* Instituto de Energías Renovables, Universidad Nacional Autónoma de México. Email: aizai@ier.unam.mx.

of natural resources and the loss of biodiversity. The question is, even with these rules of the game, has there been an economic growth in the LAC? What has been the environmental cost of this growth? Was it worth it? This article aims to express an opinion of the impact of the FTA, on the economy and the environment of the LAC, by making a comparison of their financial indicators, associated with commercial activity, against their ecological footprint and their biocapacity.

Keywords: globalization, ecological footprint, biocapacity, ecological overdraft, FTA

Introducción

En los años setenta, comenzó la liberalización financiera para los PAL, primero con la reducción y eliminación de ciertas restricciones en las importaciones por parte de Chile. Luego, en los años ochenta, México, Bolivia, Costa Rica, Venezuela y Argentina plantearon una postura similar. Más tarde, Brasil, Perú y Colombia se unieron con una apertura gradual a principios de los noventa (Agosin y Ffrench-Davis, 1993). El objetivo era sumarse a la globalización, entendida como un proceso dinámico de creciente libertad e integración mundial de los mercados de trabajo, bienes, servicios, tecnología y capitales, que impulsó a los PAL a establecer TLC entre ellos mismos y con potencias mundiales, como Estados Unidos, para eliminar la barrera que representaban las leyes de proteccionismo, y elevar así tanto la inversión extranjera directa (IED) como sus exportaciones, dado el aumento inherente de sus importaciones.

Los indicadores económicos y su repercusión ambiental

Desde el origen de estos acuerdos, estuvo claro que, a pesar de la complejidad de predecir el comportamiento de la economía mundial y de las estrategias evolutivas de sus socios comerciales, ante el multilateralismo y el regionalismo, los

PAL tenían que proteger y priorizar la competitividad de sus propios productos. En palabras del economista Adam Smith (1974), cada país podría especializarse en la producción de bienes en los cuales tuviera una ventaja absoluta, es decir, elaborar aquello que mejor pudiera producir y con mayor eficiencia, y a la vez importar aquellos bienes en lo que tuviera una desventaja absoluta. Pero eso no sucedió.

La desilusión, en cuanto a las expectativas del crecimiento económico por la apertura comercial, se debe a que las exportaciones e importaciones de los PAL se resumen en materia prima y tecnología, respectivamente, y para la IED, en mano de obra barata para manufacturar y revender. Entre tanto, mientras se sigue cuestionando lo que es mejor en relación con la competencia económica, se han dejado de lado las consecuencias del impacto ambiental (WTO, 2019).

Por ejemplo, Chile tuvo conciencia de las afectaciones ambientales a causa de la actividad minera en 1990, por lo que en 1992 comenzó a regularizarse la contaminación del sector. Entonces se inició la búsqueda de una coexistencia de la protección ambiental con el desarrollo económico a través del impulso de una legislación apropiada (BNC, 2018). Sin embargo, el dinamismo de este sector ha sido desfavorable para el medio ambiente. En el periodo de 1999 a 2003, durante la crisis asiática, sus exportaciones de cobre representaron cerca del 35 por ciento del total de bienes del país, y al comenzar el superciclo (2004-2014), dicha participación subió a más del 55 por ciento. Esto indica no solo el auge del precio de este metal, sino el estancamiento de las exportaciones no mineras (Ministerio de Minería, 2018). Las estadísticas de 2018 señalan que sus productos no mineros siguen opacados por el cobre, con un 25 por ciento, y por el cobre refinado (incluido el refundido), con el 23,6 por ciento (CEPAL, 2018a).

Chile es el primer exportador mundial de cobre, por encima de Perú. Estados Unidos es su mayor comprador en América (DIRECON-PROCHI-

LE, 2018). La variación porcentual de su PIB per cápita se ha mantenido en valores positivos, salvo en 2010. Pero, aunque los números parecen alentadores, esta tendencia también ha llevado a un déficit ecológico (o sobregiro ecológico) de -0,6 hectáreas globales (hag), lo que significa que la cantidad de tierra productiva no es suficiente para satisfacer el estilo de vida de su población (T13, 2018), ni la capacidad biológica de sus ecosistemas alcanza ya para regenerar sus recursos y absorber los desechos generados por el hombre (biocapacidad) (WWF, 2017). Esta situación ha colocado a Chile como el primer país de Latinoamérica en sobregiro ecológico desde 2015.

Otro ejemplo es Perú. A diferencia de Chile, sus exportaciones no se concentran en un solo mineral. Se ha distinguido por ser uno de los países de mayor dinamismo en América Latina, con una tasa de crecimiento promedio del PIB del 6,1 por ciento anual en el periodo de 2002-2013 (Banco Mundial, 2019). Sin embargo, la IED en la minería no ha fomentado la generación de empleo, que ha sido marginal: el 1,5 por ciento de la población económicamente activa, frente al 32,7 por ciento de la agricultura y el 26 de los servicios. Es decir que las poblaciones autóctonas se benefician escasamente de la riqueza generada, mientras que han de soportar todos los efectos negativos. Se trata, pues, de un ejemplo más de privatización de los beneficios y socialización de las pérdidas, entendidas en términos socioambientales, esto es, conflictividad social e impacto ecológico (Blanca, 2018). Ello se refleja en el descenso de la biodiversidad sin que aumente la huella ecológica (1,54 hag), como muestra de que la pérdida de biocapacidad (3,86 hag) se produce en beneficio de terceros países y de que las actividades extractivas intensivas son un factor fundamental en este proceso (MINAM, 2011).

Y si de IED se trata, México es un referente en el sector automotriz. Actualmente, los vehículos automotores para pasajeros (11,6 por ciento) y partes para vehículos automotores (6,7

por ciento) están a la punta de sus productos de exportación, por encima de las extracciones petroleras (5,9 por ciento) (CEPAL, 2018b). Pero, según los acuerdos, México no puede anteponer su preocupación por el medio ambiente a las ganancias de las empresas transnacionales que pasan a operar en el país, y la injerencia del Gobierno en la economía está limitada: no se le permite incrementar salarios, ante el temor de perder competitividad; no puede sancionar a las empresas por atentar contra el medio ambiente ni establecer políticas impositivas para mejorar el financiamiento del Estado (Huerta González, 2017). Aun con estas condiciones, México sigue apostando por este modelo, pues la IED continúa inclinándose a su favor, por encima de otros países con mayor apertura comercial, como Panamá. La tasa de desempleo también se ha reducido: del 6,6 al 3,6 por ciento (CEPAL, 2018b) y actualmente ocupa el cuarto lugar en exportaciones de vehículos a nivel mundial, por debajo de Alemania, Japón y Estados Unidos, y este último es su principal adquisidor (70 por ciento) (Morales, 2019). Sin duda, las alianzas con otros países y las preferencias para la IED han traído beneficios, y estabilidad económica. Pero a cambio de depender en las decisiones de las potencias mundiales, como Estados Unidos, y de una huella ecológica de 2,9 hag, más del doble de la biocapacidad del país, igual a 1,4 hag (Camacho, 2018; SEMARNAT, 2015).



Imagen 1. Portada del libro *América Latina frente a la globalización. Una visión humanista y ambiental del espacio* (Monroy et al., 2011).

Conclusiones

De acuerdo con los indicadores macroeconómicos, ha existido un crecimiento en los PAL citados. Aunque este no ha sido constante y uniforme, estos países han incrementado su PIB per cápita y han reducido su tasa de desempleo. Desafortunadamente, los sectores de su población que habitan alrededor de las tierras productivas son los que resultan más afectados en su calidad de vida y los menos beneficiados en la distribución de la riqueza.

El costo ambiental de este crecimiento ha resultado en el sobregiro ecológico, debido a que se han explotado los recursos naturales a una velocidad mayor de la que necesitan para regenerarse. Sin embargo, los acuerdos de los PAL con las potencias mundiales continúan fomentando la exportación de materia prima, en lugar de priorizar el desarrollo tecnológico, que hoy se encuentra en manos de la IED y de sus importaciones.

La realidad con respecto a los TLC se encuentra muy lejos de las altas expectativas de los PAL. Aunque dichos acuerdos estén diseñados para mantenerlos como países en vías de desarrollo, los PAL continúan confiando en que la apertura comercial es el camino al primer mundo. Inevitablemente, seguiremos en un mundo globalizado. Pero, para sobrevivir, este necesita que los gobernantes integren gradualmente leyes proteccionistas como parte de una estrategia para fortalecer la economía nacional y dejar de ser tan vulnerables a la sensibilidad del mercado mundial. Los daños ambientales son irremediables, y habrían podido evitarse con una adecuada regulación. Pero ahora lo que se requiere es que se mantenga una estricta gestión que no contemple ningún tipo de excepción en su legislación. ■

Referencias

- Agosin, M., y Ffrench-Davis, R., 1993. «La liberalización comercial en América Latina». *Revista de la CEPAL*, 50, pp. 44-45.
- Banco Mundial, 2019. *Perú, panorama general*. Disponible en: <https://www.bancomundial.org/es/country/peru/overview>, consultado el 5 de octubre de 2019.
- Blanca, R., 2018. *Impacto de la minería en el Perú y alternativas al desarrollo*. Disponible en: http://www.uco.es/vidauniversitaria/cooperacion/images/documentos/investigacion/Impacto_de_la_mineria_en_el_Peru_y_alternativas_al_desarrollo.pdf, consultado el 8 de septiembre de 2019.
- BNC, 2018. *El impacto ambiental de la minería en Chile*. Disponible en: <http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-3388.html>, consultado el 3 de octubre de 2019.
- Camacho, V., 2018. «Alcanza la Tierra “sobregiro” ecológico». *La Jornada* (31 de julio). Disponible en: <https://www.jornada.com.mx/ultimas/ciencias/2018/07/31/alcanza-la-tierra-201csobregiro201d-ecologico-522.html>, consultado el 5 de octubre de 2019.
- CEPAL, 2018a. *Chile: perfil económico*. Disponible en: https://estadisticas.cepal.org/cepalstat/Perfil_Nacional_Economico.html?pais=CHL&idioma=spanish, consultado el 1 de octubre de 2019.
- CEPAL, 2018b. *México: perfil económico*. Disponible en: https://estadisticas.cepal.org/cepalstat/Perfil_Nacional_Economico.html?pais=MEX&idioma=spanish, consultado el 27 de septiembre de 2019.
- De la Dehesa, G., 2000. «Comprender la globalización». *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, 2, pp. 165-169.
- DIRECON-PROCHILE, 2018. *Anuario de las exportaciones chilenas 2018*. Disponible en: https://www.prochile.gob.cl/wp-content/uploads/2018/08/anuario_servicios_capitulo1_bienes_2018.pdf, consultado el 3 de octubre de 2019.

- Huerta González, A., 2007. «Los tratados de libre comercio impulsados por Estados Unidos en América Latina y la profundización del subdesarrollo». *Contaduría y Administración*, 221, pp. 9-37.
- Huerta González, A., 2017. «Impacto de la política proteccionista de Estados Unidos en la economía mexicana». *Journal of Economic Literature*, 14 (42), pp. 118-135.
- MINAM, 2011. *Huella ecológica en el Perú*. Disponible en: <https://cdn.www.gob.pe/uploads/document/file/12153/2078.pdf>, consultado el 29 de septiembre de 2019.
- Ministerio de Minería, 2018. *Historia de la minería en Chile*. Disponible en: <http://www.minmineria.gob.cl/?que-es-la-mineria/historia-de-la-mineria-en-chile/>, consultado el 2 de octubre de 2019.
- Morales, R., 2019. «México escala al cuarto sitio en exportación de autos». *El Economista* (26 de marzo). Disponible en: <https://www.eleconomista.com.mx/empresas/Mexico-escala-al-cuarto-sitio-en-exportacion-de-autos-20190326-0158.html>, consultado el 5 de octubre de 2019.
- Monroy, F., A. Olmos Cruz, M. V. Santana Juárez et al., 2011. *América Latina frente a la globalización. Una visión humanista y ambiental del espacio*. México, Universidad Intercultural del Estado de México.
- SEMARNAT, 2015. *Medio ambiente en México*. Disponible en: https://apps1.semarnat.gob.mx:8443/dgeia/informe15/tema/pdf/Informe15_completo.pdf, consultado el 26 de septiembre de 2019.
- Smith, A., 1974. *Una investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Barcelona, Bosch Casa.
- T13, 2018. *Los habitantes de la Tierra ya usamos todos los recursos naturales del año: ¿qué pasa con Chile?* Disponible en: <https://www.t13.cl/noticia/mundo/los-habitantes-tierra-ya-usamos-todos-recursos-naturales-del-ano-pasa-chile>, consultado el 2 de octubre de 2019.
- WTO, 2019. *El impacto de la apertura del comercio en el cambio climático*. Disponible en: https://www.wto.org/spanish/tratop_s/envir_s/climate_impact_s.htm, consultado el 26 de septiembre de 2019.
- WWF, 2017. *Chile agota sus recursos y entra en sobregiro ecológico por tercer año consecutivo*. Disponible en: <http://www.wwf.cl/?uNewsID=315650>, consultado el 2 de octubre de 2019.

La inalterable escasez de iniciativas agroecológicas en el paisaje agroindustrial de Doñana

Juan Francisco Bejarano Bella* y Adolfo Torres Rodríguez**

Resumen: La heterogeneidad del campo andaluz nos invita a repensar el diverso calado de la agroecología en su territorio. Desde los años ochenta, numerosos movimientos sociales — fundamentalmente sindicales y ecologistas— contribuyeron en Andalucía a la formación del enfoque científico-práctico de la agroecología, con especial impacto en su dimensión política (González de Molina, 2016). Hoy, sin olvidar las exitosas conquistas agroecológicas en la región, la transformación social de la mano de esta potente herramienta sigue siendo una ilusión en buena parte del territorio andaluz. Un ejemplo paradigmático lo encontramos en el modelo agroindustrial que pervive en espacios naturales protegidos. Nuestras investigaciones en Doñana nos alertan sobre la tímida presencia de la agroecología en el discurso ecologista (pues estos colectivos se encuentran inmersos en mil batallas), la errática utilización del concepto por parte de las Administraciones públicas y la anecdótica presencia de esta disciplina en el imaginario del sector agrícola y de buena parte de la ciudadanía. Por todo ello, analizamos las posibilidades y dificultades de la agroecología en este emblemático

espacio protegido, y apuntamos la necesidad de una transición agroecológica ante un complejo horizonte de cambio climático.

Palabras clave: agroecología, Doñana, transición agroecológica, movimiento ecologista, políticas públicas

Abstract: The heterogeneity of the Andalusian countryside invites us to rethink the diverse depth of agroecology in the region. From the 1980s, numerous social movements —fundamentally trade unions and environmentalists— contributed in Andalusia to the formation of the scientific-practical approach of agroecology, with a special impact on its political dimension (González de Molina, 2016). Today, without forgetting agroecological success stories in the region, the social transformation triggered by this powerful tool is still a dream in much of Andalusia, with a paradigmatic example found in the agro-industrial model that survives in protected natural areas. Our research in Doñana underlined the timid presence of agroecology in environmental discourse (these groups are engaged «in a thousand battles»), the erratic use of the concept by public authorities and the anecdotal presence of this discipline in the imagination of the agricultural industry and/or a great deal of citizens. Therefore, we analyse the possibilities

* Profesor de Sociología de la Universidad de Granada. *E-mail:* jbejarano@ugr.es.

** Profesor de Sociología de la Universidad de Granada. *E-mail:* atorres@ugr.es

and difficulties that agroecology comes across in this iconic protected area, and we point out the need for an agroecological transition given the complex panorama of climate change.

Keywords: agroecology, Doñana, agro-ecological transition, environmental movement, public policies

Doñana y sus amenazas socioambientales sistémicas

Situado entre las provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz, Doñana constituye un emblemático espacio natural que cuenta con numerosas figuras de protección (Parque Nacional en 1969 y Parque Natural en 1989-1997), así como con un amplio reconocimiento internacional. Desde 1994 lo atestigua la Unesco, al declararla Patrimonio de la Humanidad. Una catalogación que ha corrido serio peligro en los últimos años, debido a las diferentes amenazas que acechan a este espacio natural. El movimiento ecologista (Fondo Mundial para la Naturaleza, WWF por sus siglas en inglés, y Ecologistas en Acción) y el ámbito académico han sido contundentes en la denuncia de estas amenazas. En 2015, científicos como Scheffer, Barrett, Carpenter y Folke (2015), entre otros, presionaron a las Administraciones y a la sociedad española para reducir las amenazas locales ejercidas sobre este icónico ecosistema, ya que, dado su importante papel para mantener la biodiversidad global, su colapso podría significar la extinción de muchas especies. Para estos autores, poner una valla en el perímetro del Parque Nacional de Doñana ya no es suficiente para protegerlo de amenazas, de ahí la necesidad de una gestión local mucho más eficiente, en especial la dirigida a frenar la contaminación del agua y su extracción ilegal para la agroindustria, dos cuestiones clave para aumentar la resistencia de este humedal ante el cambio climático. El catálogo de las amenazas que pesan sobre Doñana es variado: industria turística, dragado del Guadalquivir (al parecer desestimado), minería (reapertura de la mina de Aznalcóllar), carretera Huelva-Cádiz (se

desempolva esta histórica polémica), etc. Pero en este trabajo nos centraremos en el papel de la agricultura y en la idoneidad de la agroecología para aliviar la presión antrópica sobre el espacio.

Miguel Delibes de Castro (actual presidente del Consejo de Participación de Doñana¹ y director de la Estación Biológica de Doñana durante doce años) insiste en asegurar que «Doñana no está enferma ni moribunda... pero es frágil y siempre tiene que estar defendiéndose» (Lasida, 2019). Así que ni las amenazas ni el intento de solucionarlas o de paliarlas son novedades para Doñana. En la década de 1990 la necesidad de dar soluciones a estos problemas sistémicos y una fuerte contestación social a iniciativas urbanísticas especulativas motivaron el surgimiento de innovadoras políticas de desarrollo sostenible. Un instrumento de gestión que soñó con reconciliar al Parque Nacional con su gente y salvar las diferencias entre la conservación y el desarrollo (Bejarano, 2017). Doñana se convirtió así en el primer espacio natural español con un plan de desarrollo sostenible. Se trazó una hoja de ruta que estuvo vigente casi tres lustros; funcionó como instrumento de contención del rechazo social hacia la institución, y rebajó los niveles de conflicto social entre la ciudadanía y el espacio natural (Bejarano y Torres, 2017). Sin embargo, la falta de continuidad, la verticalidad de las políticas, la perversión del concepto, la escasa participación ciudadana en sus diseños y la interrupción de los fondos públicos (motivada por la crisis económica) la llevaron a su descomposición, incluso al olvido (Bejarano y Torres, 2016). A pesar de esa ausencia, perviven las amenazas sistémicas, entre ellas la sobreexplotación ilegal del acuífero por una parte de la agroindustria de frutos rojos, ahora incluso con mayor protagonismo porque, durante los años de la gran recesión, el sector sirvió de soporte vital para la población de la zona.

1. El Consejo de Participación de Doñana es el órgano colegiado de representación de los distintos intereses de Doñana y su entorno social. Este órgano es fruto de la fusión del antiguo Patronato del Parque Nacional y de la Junta Rectora del Parque Natural.



Imagen 1. El agua en Doñana. Vistas de sus marismas. Autora: Manuela Díaz Bejarano.

Recalculer la ruta: la agroecología como posibilidad

De acuerdo con esta vieja tradición de pensar imposibles para Doñana, proponemos un nuevo espacio de reflexión (al menos en su paisaje agrícola) basado en la agroecología. Un nuevo marco político para la gestión de un territorio que se enfrenta a profundos cambios e incertidumbres (cambio climático, restricciones hídricas, desigualdad social, mercados y legislación más exigentes...). La agroecología ha desarrollado un conjunto de soluciones técnicas que permiten diseñar sistemas sustentables. Según González de Molina y Caporal (2013), se sostiene en cinco atributos: la *productividad* (ligada con el cierre del ciclo de la energía); la *estabilidad* económica de las explotaciones agrarias; la *resiliencia*, que permita a los agroecosistemas adaptarse con mayor facilidad a los cambios; la *equidad social*, con el acceso a los recursos y la distribución de la renta agraria organizados por las instituciones (un debate que en Doñana merece ser tratado en

profundidad), y la *autonomía* de los agricultores, que les permita contar con capacidad interna de suministros y materiales para producir sin la actual dependencia de insumos externos. Una tarea nada sencilla, pues actualmente la transformación social basada en esta potente herramienta sigue siendo una ilusión en buena parte de Europa y, como no, del territorio andaluz, aunque desde los años ochenta numerosos movimientos sociales —fundamentalmente sindicales y ecologistas— contribuyeron en Andalucía a formar el enfoque científico-práctico de la agroecología, con especial impacto en su dimensión política (González de Molina, 2016). Fue precisamente el profesor González de Molina (2012) quien reivindicó la pertinencia de estrategias agroecológicas para lograr la sustentabilidad agraria en Europa, pues se trata de una fórmula eficaz para diseñar un decrecimiento realmente sostenible, que reduzca la intensidad del metabolismo agrario sin alterar la calidad de vida de todos los actores involucrados en el proceso (productores, distribuidores, consumidores, etc.).

Ante las oportunidades y dificultades que presenta esta disciplina, nos preguntamos: ¿es la agroecología la herramienta más idónea para reconvertir en cómplices a Doñana y «su» agricultura?, ¿qué papel tendría el movimiento ecologista en este proceso?, ¿se dan las condiciones necesarias para que la agroecología tenga alguna posibilidad de éxito en Doñana?

¿Nada en el horizonte?

Nuestras investigaciones sobre este espacio protegido, centradas en la evaluación de políticas sostenibles y la inclusión ciudadana en el diseño de políticas públicas,² arrojan resultados que nos pueden ayudar con estas preguntas. Entre los planes de desarrollo sostenible planteados a partir de 1990, son numerosos los intentos de ordenar el paisaje agrícola del espacio natural, y se ha señalado como su principal obstáculo histórico la indefinición de los límites territoriales de Doñana, ya que cuenta con trece municipios, entre las provincias de Huelva y Sevilla. En 2003 se redactaron las «Bases estratégicas para una agricultura sostenible en Doñana», en que se dibujan dos bloques agrarios diferenciados: el de la agricultura tradicional (cereal, vid, olivos de secano) y el de la nueva agricultura (arroz, frutos rojos, cítricos, etc.). Este documento se inspiró en el «espíritu ambientalista» de la reforma agraria comunitaria, conocida como la Agenda 2000. La agricultura en la comarca supone el sector productivo más importante junto al turismo para la dinamización socioeconómica de su área de influencia. Según datos del año 2014 de la Oficina Comarcal Agraria Entorno de Doñana, las explotaciones de «hortalizas en invernadero» (frutos rojos) generaban el 66,4 por ciento del empleo total en la actividad agraria. Frente a la

2. Investigaciones de carácter socioambiental desarrolladas entre 2009 y 2017. Hemos utilizado la entrevista semiestructurada como técnica fundamental de recogida de datos y el análisis de contenido sobre numerosos documentos publicados por los agentes implicados en la conservación y el desarrollo de la comarca. Se entrevistó a casi setenta actores sociales de la comarca de Doñana, entre los que se encuentran representados el movimiento ecologista, los sectores agrícola y empresarial, las Administraciones, etc.

tendencia al alza de la producción ecológica en Andalucía, la agricultura ecológica en Doñana sigue siendo testimonial; en las ocho mil³ hectáreas de cultivo bajo invernadero que rodean al espacio protegido, apenas existen dos empresas significativas que producen fruta ecológica. Parte de ellas están enclavadas en terrenos públicos y son fruto de una experiencia piloto bosquejada en los planes de sostenibilidad. Actualmente son empresas muy consolidadas en el sector y resulta paradójico que el modelo no se haya replicado.

Cuando ahondamos sobre las causas de esta situación en las entrevistas, destacan dos ideas: la primera, que la mayoría de los empresarios cultivan de forma integrada, pues esa es la única exigencia del mercado europeo y resulta más que suficiente para cumplir con la seguridad alimentaria. En segundo lugar, con una postura algo más crítica, se acusa a los planes de desarrollo sostenible de ser políticas «cosméticas», que no dan respuesta a la ordenación del sector. Los planes de desarrollo sostenible fracasaron en el plano socioeconómico, especialmente en la ordenación del paisaje agrícola de Doñana. Así lo expone un miembro del Comité Andaluz de Agricultura Ecológica:

¿Cuánta superficie de arroz tiene que cultivarse? ¿Cuál es la planificación de la fresa, del arándano? Es decir, un plan de verdad de actuación. ¿Cuáles son los terrenos idóneos para una actividad u otra? Eso no lo he visto; teoría y esas cosas sí, pero cuáles son las prioridades no lo he visto... No he visto una visión global, en absoluto.

Es generalizada la acusación a la Administración por la dejadez en el cumplimiento de sus funciones al no regular la actividad durante años. Para una mayoría, nunca existió un debate sobre el sistema de producción agrícola en torno a Doñana. Por otro lado, el movimiento ecologista es rechazado por buena parte del sector agrícola.

3. Dato de 2019 ofrecido por el WWF. De las ocho mil hectáreas, el 20,7 por ciento está fuera «de los suelos agrícolas regables» y por ello en situación irregular, según la misma fuente.

El personal técnico agrícola municipal, el sector agrario, los representantes públicos y otros colectivos sociales amparan un discurso excesivamente receloso sobre el movimiento ecologista. Esta cita literal de un miembro del personal técnico agrícola municipal lo muestra con claridad:

La agricultura en Doñana está demonizada como consecuencia de las campañas de difamación sobre el conjunto del sector por parte del movimiento ecologista. Parece que vale más la voz del ecologista que la del agricultor, que es el único sector que está contribuyendo a combatir la crisis.

El movimiento ecologista, como casi siempre en estos casos, no cuenta con apenas base social en la zona y tiende a estar desbordado. Centra su actividad principal en denunciar (de ahí los recelos locales) la situación de sobreexplotación del acuífero por la presión de la agroindustria, en especial por las explotaciones ilegales. Estas podrían ser las razones por las que el movimiento ecologista no alberga entre sus prioridades la conversión de las ocho mil hectáreas bajo plástico en alguna modalidad ecológica. A este respecto, el WWF tiene varias publicaciones recientes. En dos de ellas, particularmente, vemos que recurre a dos estrategias diferentes: en una (WWF, 2014) utiliza una táctica de persuasión amable con el sector para conseguir una conversión a cultivos más orgánicos, sin exigencias, mientras que en la segunda (WWF, 2019) la ruptura es total y el tono, de absoluta denuncia. En la actualidad, la relación entre estos sectores es de confrontación.

Al margen del movimiento ecologista, no hemos encontrado en el entorno agrícola de Doñana un movimiento social significativo próximo a postulados agroecológicos, y mucho menos sindicales. Doñana padece de esta orfandad, aun cuando el discurso mayoritario en la zona tiene claro que la agricultura no puede ser sostenible sin respetar los derechos laborales. Según un responsable municipal de medio ambiente:

Es absurdo que se te venga abajo la campaña de fresa en los mercados europeos porque no tiene el certificado ecológico, y, sin embargo, nadie se preocupe de que los miles de trabajadores que están allí no tengan garantizados los derechos laborales.

Algunas certezas

Aunque no ofrecemos respuestas, a modo de reflexión final, concluimos que Doñana configura un agroecosistema en el que tiene y debe tener cabida el campo de la agroecología. La sobreexplotación del acuífero,⁴ agravada por la emergencia climática, una inaudita normalización de la precariedad laboral en parte del sector y el exponencial incremento de los hábitos de consumo ecológico en los países de destino, perfila un escenario que reclama una nueva hoja de ruta. Los escasos pero exitosos modelos de producción ecológica, las casi cinco mil hectáreas de producción integrada,⁵ el músculo y a la vez la inseguridad del sector ante los reproches de la opinión pública son ingredientes favorables para enfrentar una transición hacia un modelo más sostenible. Por su importancia, el movimiento ecologista es un actor clave en este deseable panorama, pero no cabe duda de que son necesarias respuestas de la política. La responsabilidad de los gestores públicos en la conservación de un espacio protegido no termina en su frontera natural, sino que abarca la económica y la social. La Investigación-Acción participativa en agroecología puede ayudar a reconvertir este sistema agrario y configurar la agroecología de Doñana, porque como dicen Rosset y Altieri (2018:20):

Las principales universidades, los centros de investigación, la empresa privada, los Gobiernos y las instituciones multilaterales han [descubierto] la agroecología como una posible fuente de soluciones a los problemas acuciantes del sistema alimentario global, desde las emisiones de ga-

4. El 21 de febrero de 2019 el Gobierno inició los trámites para declarar el acuífero de Doñana sobreexplotado. Esto abre la vía para cerrar hasta dos mil hectáreas de regadío irregular.

5. Oficina Comarcal Agraria Entorno de Doñana.

ses de efecto invernadero y el cambio climático hasta la erosión de los suelos y la caída de la producción [...] una versión de la agroecología [...] que suele diferir claramente de la agroecología propuesta por sus defensores iniciales (Carrol; Vandermeer; Rosset, 1990; Altieri, 1995; Gliessman, 1998, y muchos otros) tanto en el contenido técnico como en el político, lo que origina controversia y debate sobre lo que es de verdad la agroecología. ▀

Referencias

- Bejarano, J. F., 2017. «Más investigación social y mejor democracia, ingredientes imprescindibles en el futuro de Doñana». *Cartapacio de Ciencias*, 1, pp. 15-16.
- Bejarano, J. F., y A. Torres, 2016. «Evolución y futuro de la participación ciudadana en la conservación y desarrollo del Espacio Natural Doñana. Un diagnóstico desde la sociología». En: M. Ferrer, *Doñana: 50 años de investigaciones científicas*. Madrid, CSIC.
- Bejarano, J. F., y A. Torres, 2017. «50 Years of Preservation in Doñana (Spain). Public Involvement as the Present Challenge and Management Strategy to Face Future Challenges (Case Study)». *International Journal of Conservation Science*, 2 (8) pp. 227-236.
- González de Molina, M., 2012. «Agroecología y políticas públicas en Europa». *Agroecología*, 6, pp. 75-88.
- González de Molina, M., 2016. «Los orígenes andaluces de la agroecología en España y su contribución a la formación del pensamiento agroecológico». *Agroecología*, 11, pp. 105-116.
- González de Molina, M., y F. Caporal, 2013. «Agroecología y política. ¿Cómo conseguir la sustentabilidad? Sobre la necesidad de una agroecología política». *Agroecología*, 8 (2), pp. 35-43.
- Lasida, M., 2019. «Doñana no está enfermo ni moribundo». *Diario de Sevilla* (3 de marzo). Disponible en: https://www.diariodesevilla.es/entrevistas/miguel-delibes-castro-donana-enfermo_0_1332767104.html, consultado el 26 de noviembre.
- Rosset, P., y M. Altieri, 2018. *Agroecología. Ciencia y política*. Barcelona, Icaria.
- Scheffer, S., S. Barrett, C. Carpenter *et al.*, 2015. «Creating a Safe Operating Space for the World's Iconic Ecosystems». *Science*, 347 (6228), pp. 1317-1319.
- WWF, 2014. *Juntos por Doñana. Buenas prácticas agrícolas para la conservación de los recursos naturales*. Disponible en: <https://www.wwf.es/?31241/Juntos-por-Doana-Buenas-prcticas-agricolas>, consultado el 26 de noviembre de 2019.
- WWF, 2019. *Doñana bajo plástico: avanza la invasión de los frutos rojos*. Disponible en: https://d80g3k8vowjyp.cloudfront.net/downloads/donana_bajo_plastico.pdf, consultado el 26 de noviembre de 2019.

La biología de la conservación: entre hegemonías y fugas

Gabriela Klier*

Resumen: Este breve artículo busca repensar los discursos de la biología de la conservación a la luz de las corrientes ambientalistas que señalan a la racionalidad moderna como causa fundamental de la crisis ambiental. En particular, se cuestionan la noción de naturaleza y el rol de las ciencias naturales en las problemáticas ambientales. El objetivo es suscitar ciertas preguntas para la profundización de cuidados ambientales situados y polifónicos.

Palabras clave: crisis ambiental, modernidad, biodiversidad, filosofía de la biología

Abstract: This brief article inquires about conservation biology speeches in the light of environmental currents that point out that modern rationality is a fundamental cause in the environmental crisis. In particular, we will consider the question about the notion of nature and the role of natural sciences in environmental issues. The objective is to raise certain questions for the deepening of situated and polyphonic environmental care.

Keywords: environmental crisis, modernity, biodiversity, philosophy of biology

* Universidad Nacional de Río Negro - Conicet.
E-mail: gabrielaklier@gmail.com.

Las muertes de mundos: brotes de ciencias y ambientalismos

La crisis ambiental nos enfrenta con la muerte de mundos, experiencias y formas de habitar que desaparecen: en Fukushima, en la Amazonía, en las pampas envenenadas de Argentina, en los basurales del planeta. Una de las aristas de esta crisis se vincula con la pérdida de biodiversidad, la desaparición de especies y ambientes que en unos pocos años han dejado (y dejarán) de estar. Con relación a esta problemática, en la década de 1980 emergió la biología de la conservación (BC) con el objetivo explícito de evitar la pérdida de biodiversidad. Por otro lado, la crisis ambiental puso en jaque las promesas de la modernidad: promesas de desarrollo ilimitado, de dominio de la naturaleza, de una ciencia «neutral» que resolvería los males de este mundo, etcétera. En este sentido, se desplegaron muchas corrientes de pensamiento —que llamaremos «ambientalismos críticos»— para indicar que las problemáticas ambientales (PAs) no son cuestiones meramente técnicas, sino el resultado de cierta racionalidad moderna que posibilita la destrucción ambiental. El ecofeminismo, el poshumanismo, diferentes corrientes latinoamericanas y decoloniales, la ecología social, entre otros, han revisado la noción de naturaleza y el rol de las ciencias modernas. Para afrontar las PAs no basta con buscar soluciones técnicas, sino que se

requieren otras miradas ambientales externas a los dualismos modernos que separan la naturaleza de la sociedad y priorizan la esfera cultural sobre la natural. No basta con «conservar la naturaleza», sino que es necesario encontrar formas de habitar que no presenten al entorno como un conjunto de recursos destinado al extractivismo o como sitio prístino del que se expulsa a las comunidades locales para su conservación.

Por otro lado, en las PAs el rol de las ciencias (principalmente de las naturales) es tan contradictorio como complejo. Por un lado, están quienes desde las ciencias denuncian e investigan las PAs y también quienes señalan a las ciencias como el principal actor que debe dar cuenta de ellas y solucionarlas (como en las recientes manifestaciones contra el cambio climático). Por otro lado, es fundamental comprender la complicidad de las ciencias en la profundización de la muerte de mundos: ¿cómo entender Fukushima sin la física nuclear, o la expansión de la frontera agrícola, la desertificación y el envenenamiento de suelos sin la genética o la química? Estos interrogantes nos obligan a evitar totalizaciones del tipo buena/mala ciencia y a interrogarnos sobre el para qué y para quiénes de las ciencias en su vínculo con las PAs. Los ambientalistas críticos plantean que las ciencias deben integrar una dimensión ética que las sitúe en un contexto social y valorativo, y reconocer a su vez la multiplicidad de saberes y miradas que atraviesan el ambiente. En este marco, la intención es examinar en qué medida la BC reproduce ciertos supuestos problemáticos de la modernidad y en qué medida aparecen «fugas», resistencias a la hegemonía a partir de la afirmación (Deleuze y Guattari, 1995).

La biología de la conservación: reproducciones y fugas

La BC tiene numerosas particularidades que la distancian de otras subdisciplinas biológicas. En primer lugar, emerge en respuesta a una PA específica y su objetivo no es meramente descriptivo o explicativo, sino prescriptivo: se *debe* conservar

la biodiversidad. Así, desde los primeros escritos del área se fundamentó su existencia por principios éticos y se adjudicó un valor intrínseco a la biodiversidad (Soulé, 1985). Se propuso también un abordaje interdisciplinario que integre conocimientos de las ciencias sociales, naturales y otros saberes (Sarkar, 2005). Pero ¿en qué medida la BC reproduce cierta racionalidad moderna?

En primer lugar, aparece la pregunta acerca de la noción de naturaleza. Cabe señalar que, en el contexto de crisis ambiental, en vínculo estrecho con la PA y el surgimiento de la BC, la propuesta de «conservar la naturaleza» se sustituyó por la de «conservar la biodiversidad» (Takacs, 1996). El de biodiversidad es ciertamente un concepto polisémico (Klier, 2018). Una de las definiciones teóricas más recurrentes es la de Noss (1990), quien sugiere que la biodiversidad es compleja, se encuentra en continuo cambio e incluye diferentes niveles de lo viviente. Sin embargo, si la biodiversidad es «todo», entonces conservar es imposible (Sarkar, 2002). La relación humano-biodiversidad no se deja vislumbrar más que por la recuperación de la llamada ética ecocéntrica que, siguiendo a Aldo Leopold, afirma que, como personas, somos miembros de la comunidad biótica. Sin embargo, las propuestas teóricas no siempre se recuperan en las prácticas. La gran mayoría de las publicaciones de la BC se orientan hacia el estudio de especies peculiares o ecosistemas prístinos, se concentran en el nivel poblacional, consideran solo una especie y desestiman la complejidad ecosistémica (Fazey *et al.*, 2005; Klier, 2018). Esto se refleja iconográficamente en la mayor parte de las portadas de las principales revistas del área, como *Conservation Biology*, que suele elegir imágenes de animales carismáticos en ambientes sin humanos (imagen 1).

Pareciera, pues, que esta «nueva naturaleza» llamada biodiversidad sigue presentando un dualismo naturaleza-cultura. De hecho, una de las principales estrategias de conservación en la BC aún es el área protegida, cuyo origen se remonta



Imagen 1. Portada de la revista *Conservation Biology* de 2018. Fuente: Society for Conservation Biology.

a los movimientos conservacionistas de comienzos de siglo xx. Así, si naturaleza son aquellos sitios (bellos) sin personas, las ciudades aparecen como el lugar «natural» de las personas (Klier, 2018). Lo humano muchas veces se representa como algo que entra en conflicto con la idea misma de conservación, de modo que se confrontan los intereses humanos con los de la biodiversidad, un conflicto en el cual la BC aboga por el segundo elemento. Por otro lado, el marco de los servicios ecosistémicos —recuperado en la BC— reproduce también el dualismo naturaleza-cultura desde diferente ángulo. Este abordaje entiende a los ecosistemas como un conjunto de bienes y servicios (Fisher *et al.*, 2009). Se trata de formas antropocentristas de conservación que ya no la orientan a ambientes prístinos, sino que conciben una naturaleza al servicio de las personas con la lógica moderna de «naturaleza como almacén» (Gudynas, 2015).

En cuanto al rol de las ciencias y los saberes involucrados en la BC, nos encontramos con un esquema similar, una distancia entre «lo que se

dice» y «lo que se hace». Pese a su presentación interdisciplinaria, las publicaciones de la BC muestran que la mayoría de las investigaciones son abordadas desde una ecología disciplinar y dejan de lado los saberes no biológicos (Fazey *et al.*, 2005). A su vez, quienes investigan suelen proceder de países «desarrollados» y realizar sus estudios en países «en desarrollo» (Griffiths y Dos Santos, 2012). Si bien esta situación parece estar transformándose lentamente, aún es norma este abordaje externo de la conservación que actúa desde la voz del experto para determinar lineamientos y prioridades en el cuidado ambiental. Por último, la «neutralidad del experto» tiene su correlato en el olvido de la dimensión ética, elemento fundacional del área, que rara vez suele recuperarse en los artículos (Griffiths y Dos Santos, 2012). Si bien en los comienzos de la BC pudo existir un fuerte énfasis en la reflexión ética, orientada hacia corrientes ecocentristas, posteriormente fueron abriéndose paso escritos que omitían esta dimensión de la conservación o que reproducían una lógica antropocentrista y mercantilizaban la biodiversidad para la producción de bienes y servicios (Gudynas, 2015).

Ahora bien, aunque sabemos que la mayoría esconde voces minoritarias e invisibiliza las fugas, existen otras perspectivas de la BC que parecen cobrar cada vez más relevancia. Por ejemplo, la perspectiva de socioecosistemas promueve un abordaje que considere la dimensión humana de la conservación, con inclusión de otras voces locales o de las ciencias sociales (Berkes, 2004). Alienta otras miradas sobre las relaciones entre humanos y biodiversidad, al asumir que no existe antagonismo necesario entre la conservación y las personas. El etnoconservacionismo, por su parte, intenta integrar conocimientos locales y otras cosmovisiones sobre el mundo natural (Tidemann y Gosler, 2010), reconoce a los actores científicos como uno entre tantos y revaloriza saberes no científicos. Además, aparecen problematizaciones para encontrar abordajes transdisciplinarios y destacar la relevancia de las ciencias sociales, así como de los saberes tradicionales y locales. Por último, encontramos críticas a la fi-

gura del experto y a los abordajes tradicionales de la BC, que asumen la dimensión política de la conservación (Klier, 2018). No obstante, sigue siendo un desafío ver en qué medida estas propuestas son efectivamente llevadas a la práctica a partir de un diálogo de saberes que no suponga la primacía del conocimiento científico. Es decir, si bien se detectan discursos que acompañan a las críticas de la racionalidad moderna, queda pendiente indagar si estos funcionan como meras pancartas de lo políticamente correcto o efectivamente sitúan a las ciencias como un actor más dentro de las PAs. De otro modo, las fugas serán meras llaves para intervenir en problemáticas complejas con una mirada simplificadora y hegemónica de las ciencias.

Discusiones: otros mundos polifónicos

Este breve artículo busca dar cuenta de otras miradas ambientales que afloran en las grietas cada vez más visibles del pensamiento moderno. Estos quiebres atraviesan las ciencias modernas y ponen en evidencia la necesidad de nuevos diálogos que reconstruyan lazos entre filosofía y biología, entre ética y ciencia, y que, junto a otros actores, proyecten diversas formas de cuidado ambiental. Frente a la muerte de mundos, tenemos que construir mundos alternativos con una pluralidad de voces, polifónicamente. A partir de la noción de naturaleza como *topos*, como lugar común, resulta imperioso armar otras ficciones, construir colectivamente otras ideas y afectos en relación con el lugar donde habitamos (Haraway, 1999). Hay que reivindicar la necesidad de un conocimiento situado (y polifónico) para poder pensar la conservación a partir de un nosotros y nosotros que reconozca que el cuidado ambiental también es cuidado propio. Estas transformaciones epistémicas y éticas no implican desestimar el rol de las ciencias naturales en el abordaje de las PAs, sino reconocerlas como un agente que responde a intereses y valores. ■

Referencias

- Berkes, F., 2004. «Rethinking Community-Based Conservation». *Conservation Biology*, 18 (3), pp. 621-630.
- Deleuze, G., y F. Guattari, 1995. *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona, Paidós.
- Fazey, I, J. Fischer y D. Lindenmayer, 2005. «What Do Conservation Biologists Publish?». *Biological Conservation*, 124, pp. 63-73.
- Fisher, B., R. Turner y P. Morling, 2009. «Defining and Classifying Ecosystem Services for Decision Making». *Ecological Economics*, 68, pp. 643-653.
- Griffiths, R., y M. dos Santos, 2012. «Trends in Conservation Biology: Progress or Procrastination in a New Millennium?». *Biological Conservation*, 153, pp. 153-158.
- Gudynas, E., 2015. *Derechos de la naturaleza*. Buenos Aires, Tinta Limón.
- Haraway, D., 1999. «La promesa de los monstruos: una política regeneradora para otros inapropiados/bles». *Política y Sociedad*, 30, pp. 121-163
- Klier, G., 2018. *Tiempos modernos: Un análisis sobre los discursos de la biología de la conservación*. Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires (tesis doctoral).
- Noss, R., 1990. «Indicators of Monitoring Biodiversity: A Hierarchical Approach». *Conservation Biology*, 4, pp. 355-364.
- Sarkar, S., 2002. «Defining “Biodiversity”; Assessing Biodiversity». *The Monist*, 85, pp. 131-155.
- Sarkar, S., 2005. *Biodiversity and Environmental Philosophy: An Introduction*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Soulé, M., 1985. «What Is Conservation Biology?». *BioScience*, 35, pp. 727-734.
- Takacs, D., 1996. *The Idea of Biodiversity: Philosophies of Paradise*. Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Tidemann, S., y A. Gosler, 2010. *Ethno-Ornithology*. Londres, Earthscan.

Comunidades en movimiento ante el cambio climático. ¿Resistentes o resilientes? El caso de Paipote, Chile

José Sandoval Díaz* y Francisco Astudillo Pizarro**

Resumen: La resiliencia se ha instalado como una categoría nodal para explicar la adaptación humana al cambio climático. El presente trabajo explora la relación dialéctica entre la producción de vulnerabilidad y la emergencia de la resiliencia comunitaria ante eventos extremos, a partir del estudio del caso de Paipote, en Chile. A modo de conclusión, afirmamos la importancia de reconocer el papel de la resiliencia de las comunidades territorializadas y su componente normativo de resistencia ante la (re)producción de la vulnerabilidad, y señalamos que su análisis debe ir acompañado de la reducción de las injusticias espaciales y ambientales de los lugares de (multi)riesgo.

Palabras clave: resiliencia, resistencia, comunidades, cambio climático, peligros naturales

Abstract: Resilience has been installed as a nodal category in the explanation of human adaptation to climate change. This paper explores the dialectical relationship between the production of vulnerability and the emergence of community resilience in the face of extreme events, studying the Paipote's case, Chile. In conclusion, we affirm the importance of recognizing the role of the resilience of territorialized communities, and their normative component of resistance to the (re)production of vulnerability, understanding that their analysis must be accompanied by the reduction of spatial injustices and (multi)risk environmental sites

Keywords: resilience, resistance, communities, climate change, hazards

Introducción

En la era del Capitaloceno (Moore, 2016) y en el contexto de las trayectorias extractivas latinoamericanas, se ha intensificado la exposición

* Centro Estudios de Ñuble, Universidad del Bío-Bío, Chillán, Chile. *E-mail:* jsandoval@ubiobio.cl.

** Universidad Nacional de Rosario, Rosario, Santa Fe, Argentina.

y susceptibilidad ante eventos extremos, lo que ha conllevado la (re)producción progresiva e intensiva de injusticias espaciales y ambientales. En términos de exposición, debido a sus características geomorfológicas particulares, América Latina presenta un alto riesgo de desastre, intensificado por el cambio climático. Se incrementan así la presencia, la magnitud y la severidad de los daños ante eventos climatológicos extremos (IPCC, 2014). Por otro lado, con respecto a la susceptibilidad, debido al desarrollo geográfico desigual, la región sufre una histórica vulnerabilidad (neo)colonial que se manifiesta en forma de pobreza, desigualdad, racismo estructural, opresión patriarcal y construcciones habitacionales en zonas degradadas informales, todo lo cual intensifica aún más el riesgo de desastre socio-natural (Wisner *et al.*, 2004)

Con este marco estructural, el presente trabajo busca analizar la aplicación de las nociones de resiliencia y/o resistencia a la luz de las dinámicas de movilización tras el desastre, por parte de la comunidad de Paipote,¹ Chile. Analizamos las tácticas y estrategias desplegadas frente a las injusticias espaciales y ambientales, vinculadas a la distribución desigual de riesgos derivados de la marginación urbana, la colindancia de industrias extractivas y el cambio climático, a la luz del acontecimiento aluvional del 25-M.

Paipote (que en lengua mapuche se traduce como «melancolía del desierto») ha vivido una sentida historia de marginación territorial, con una larga lucha para convertirse en comuna² autónoma y así dejar de ser solo el patio trasero capitalino. Esta marginación se vincula a la distribución desigual de los beneficios de la modernización y de un desarrollo urbano centralista, así como a los costos ambientales del progreso extractivista. En Atacama, región de larga historia minera, los desechos extractivos y relaves

abandonados se han acumulado desde la primera mitad del siglo xx. Allí, se concentra el 21,6 % del total nacional, de los cuales ochenta y cuatro relaves mineros se encuentran en Copiapó, lo que representa el 52 % a nivel regional (INDH, 2019). A este sacrificio ambiental, se suma su colindancia con la fundición de cobre Hernán Videla Lira, la cual ha provocado constantes episodios de contaminación del aire, impactando en la salud poblacional.

Resiliencia o resistencia ante desastres

El dispositivo discursivo-práctico de la resiliencia se ha instalado en una amplia gama de disciplinas, instituciones y normativas vinculadas al cambio climático, bajo una justificación «preventiva, adaptativa y afirmativa» de la respuesta y recuperación de las comunidades expuestas-susceptibles a este. Esta perspectiva agentiva de bottom-up, identifica distintas disposiciones y capacidades autogestionadas, tales como *a)* conocimientos, experiencias y memoria colectiva; *b)* percepción y aceptación del riesgo; *c)* empoderamiento, y *d)* capital social (Sandoval *et al.*, 2018). Sin embargo, esta noción no ha estado exenta de críticas, tanto por sus supuestos, formas de evaluación e implicancias prácticas-gubernamentales (Manyena, 2006). Desde perspectivas críticas, se la concibe como un nuevo dispositivo de gobierno para desplazar las nociones pesimistas de la vulnerabilidad social (Macías, 2015) y la distopía del desarrollo sustentable (Fernández y Ruiz-Godoy, 2017). Así los discursos neoliberales del riesgo se trasladan hacia la población, retraduciendo psicopolíticamente la simbología de la (auto)seguridad del Capitaloceno a escala territorial y subjetiva (Evans y Reid, 2016). Esta lectura resilientista, en clave de ave fénix, no sólo desplaza el foco desde las condiciones procesales de la vulnerabilidad estructural hacia las capacidades de afrontamiento locales (las cuales son romantizadas eufemísticamente), sino que también, (i) instituye una especie de gatopardismo en la gestión del cambio climático, es decir, “cambiar todo (desde el discurso institucional hacia

1. Paipote es una localidad de veinte mil habitantes, ubicada a ocho kilómetros de Copiapó, la capital de la región de Atacama. (En Chile, las divisiones politicoadministrativas subnacionales se denominan regiones).

2. La comuna es el territorio de autoridad de un municipio, división político-administrativa básica.

la comunitario) para que nada cambie (mantención del modelo de Desarrollo)”, lo que a su vez conlleva, la (ii) domesticación (criminalización) de las prácticas normativas de resistencia locales ante la dominación y explotación inmanentes en el Capitaloceno.

El aluvión del 25-M

En la última década, Atacama, la región con el desierto más árido del planeta, se ha visto expuesta a inusuales eventos climatológicos. En ese marco, las lluvias del 25 de marzo de 2015 provocaron masivos aluviones e inundaciones; arrastraron gran cantidad de agua, basura y re-laves mineros, y enterraron la ciudad bajo una capa de sedimentos de treinta y un centímetros (imágenes 1 y 2). En cuanto a su afectación, en la región se registraron veintidós personas fallecidas, veintiocho mil damnificados y dos mil viviendas destruidas, con un impacto económico superior a los cuarenta y seis millones de dólares (Izquierdo *et al.*, 2018).



Imagen 1. Paipote bajo los aluviones del 25-M. Autor: Camilo Prats (2015).

Se inundaron amplios sectores de la localidad y se destruyó completamente un sector residencial colindante a la quebrada, debido al estrangulamiento del cauce por un puente ferroviario abandonado, sumado a la falta de mantenimiento de la obra de mitigación la Defensa (imagen 3). Frente a los argumentos del Estado y el mercado, que apuntaban a señalar a la naturaleza y al cambio climático como los causantes del desastre, las comunidades centraron sus críticas en los facto-



Imagen 2. Vivienda de Paipote bajo el aluvión del 25-M. Autor: Camilo Prats (2015).

res sociopolíticos de la vulnerabilidad y en las responsabilidades gubernamentales. Así surgió la narrativa «la Defensa no nos defendió», que sintetiza la crítica política-tecnológica al (des)ordenamiento territorial previo. Esta construcción de concienciación y de sentido subjetivo socio-natural, sumada a la indignación por el papel de las autoridades antes y después del desastre, conllevó la emergencia de nuevas disposiciones y prácticas territoriales de resistencia y resiliencia entre los vecinos del sector.



Imagen 3. Mapa de la afectación aluvional del sector de Paipote. Fuente: Astudillo y Sandoval (2019).

Fue así como los conflictos distributivos latentes se vieron intensificados por el desastre, lo que posibilitó la emergencia de comunidades en movimiento, que se expresaron mediante el despliegue de acciones de autoaprendizaje y autoorganización (Zibechi, 2007) tanto *tácticas*

—protestas sociales de tipo espacial y virtual— como *estratégicas* —vinculadas a la demanda de una jurisdicción independiente de Copiapó, cuya concreción se logró en este año 2019—.

En la etapa de reconstrucción, a nivel gubernamental se planteó como solución la expropiación residencial y el posterior desplazamiento poblacional, esto debido al alto grado de exposición ante potenciales inundaciones. Dicha decisión unilateral se legitimó con procedimientos técnicos-jurídicos, de tal modo que se soslayaron los sentidos subjetivos del habitar y se expresaron asimetrías del saber-poder entre la verdad topográfica de los técnicos expertos y la encarnación de la topofilia comunitaria (Escobar, 2005; Tuan, 2007). Sin embargo, dicha medida fue resistida por la comunidad organizada y movilizaba tanto en el espacio público (plaza local y calle) como en el mundo virtual (Facebook y WhatsApp), que permitieron organizar, deliberar, coordinar y transformar la ira en indignación y esta en esperanza colectiva, hasta lograr detener la expropiación (Castells, 2012). Las prácticas de resistencia ante el desplazamiento se legitimaron colectivamente bajo el sentir y el pensar de la accesibilidad a servicios cotidianos y el apego al lugar, dado que la mayoría había nacido y crecido allí, priorizando así el derecho a seguir en el barrio al mero (sobre)vivir sin riesgo de potenciales inundaciones (Sandoval y Fava, 2016). No obstante, si bien las comunidades han ganado su derecho a elegir donde habitar, a la fecha del presente escrito, esto no se ha visto acompañado de medidas de reducción de la vulnerabilidad estructural, ni tampoco de fortalecimiento de las capacidades territoriales ante potenciales riesgos siconaturales.

En síntesis, Chile se encuentra bajo un contexto histórico de (re)producción de riesgos socioespaciales construidos por la acumulación por desposesión extractivista y el (des)ordenamiento territorial vulnerabilizador, a lo cual se suma el creciente impacto de inusitados eventos climatológicos extremos asociados al cambio climático. Para el caso de estudio, estos últimos fungieron

como una especie de *acontecimiento subjetivante* (Badiou, 1999), el cual posibilitó la movilización de las propias comunidades afectadas, quienes apuntaron no sólo a la responsabilidad sociopolítica ante la ausente reducción histórica de la vulnerabilidad territorial, sino también, hacia la desnaturalización del discurso institucional que identificaba como único actante responsable al «impredecible clima», (re)visibilizando así la ecologización socioambiental de las relaciones de poder asimétricas que han construido las (in)decisiones, (in)acciones y materializaciones (re)productoras de la vulnerabilidad ante el cambio climático (Astudillo y Sandoval, 2019).

Conclusiones

La resiliencia comunitaria es la expresión agéntica-territorial del proceso riesgo-desastre, y se traduce en la concienciación de lo siconatural, la emergencia de nuevos sujetos ecopolíticos y el fortalecimiento del tejido comunitario basado en el apego al lugar, así como el relevo de capacidades de afrontamiento fundadas en saberes, memoria colectiva, percepción y aceptación diferenciada de riesgos entre comunidades y burócratas expertos. A su vez, la resistencia, comprendida como dimensión normativa de la resiliencia, juega un rol central en la potencial transformación de injusticias espaciales/ambientales y en la reducción de la vulnerabilidad de los lugares habitados. Sin embargo, este énfasis en las comunidades como agentes a empoderar o empoderados no debe confundirse con la autogestión del sujeto como *empresario de sí* promovida por el dispositivo resilientista del Capitaloceno. Por tanto, se debe reconocer que existen límites respecto a lo que pueden lograr estas comunidades por sí solas, ya que varios de los factores subyacentes de riesgo resultan de procesos históricos-estructurales de desarrollo desigual que escapan del poder local de los territorios resilientes-resistentes. ■

Referencias

- Astudillo Pizarro, F., y J. Sandoval, 2019. «Justicia espacial, desastres socionaturales y políticas del espacio. Dinámicas sociopolíticas frente a los aluviones y proceso de recuperación en Copiapó, Chile». *Cuadernos de Geografía: Revista Colombiana de Geografía*, 28 (2), pp. 303-321.
- Badiou, A., 1999. *El ser y el acontecimiento*. Buenos Aires, Manantial.
- Castells, M., 2012. *Redes de indignación y esperanza: los movimientos sociales en la era de Internet*. Madrid, Alianza.
- Escobar, A., 2005. *Más allá del Tercer Mundo. Globalización y diferencia*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología.
- Evans, B., y J. Reid, 2016. *Una vida en resiliencia: el arte de vivir en peligro*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica.
- Fernández, L., y J. Ruiz-Godoy, 2017. «La evolución discursiva de la sostenibilidad a la resiliencia: ¿un problema ético?». *Ecología Política*, 53, pp. 34-38.
- Instituto Nacional de Derechos Humanos (INDH), 2019. *Informe Misión de Observación Copiapó y Tierra Amarilla. Región de Atacama, 17 al 20 diciembre 2018*. Disponible en: <https://bibliotecadigital.indh.cl/bitstream/handle/123456789/1184/observacion-atacama.pdf?sequence=1>, consultado el 12 de noviembre de 2019.
- Intergovernmental Panel on Climate Change (IPCC), 2014. *Climate change 2014: Impacts, adaptation, and vulnerability*. Disponible en: <https://www.ipcc.ch/report/ar5/wg2/>, consultado el 12 de noviembre de 2019.
- Izquierdo, T., M. Abad, B. Justo *et al.*, 2018. «El evento hidrometeorológico del 25-M en la ciudad de Copiapó: análisis de la inundación y los daños en el casco urbano». En: G. Vargas, S. Pérez y P. Aldunce (eds.), *Aluviones y resiliencia en Atacama: construyendo saberes sobre riesgos y desastres*. Santiago de Chile, Social-Ediciones, pp. 117-135.
- Macías, J., 2015. «Crítica de la noción de resiliencia en el campo de estudios de desastres». *Revista Geográfica Venezolana*, 56 (2), pp. 309-325.
- Manyena, S., 2006. «The Concept of Resilience Revisited». *Disasters*, 30 (4), pp. 434-450
- Moore, J., 2016. *Anthropocene or Capitalocene? Nature, History, and the Crisis of Capitalism*. Oakland, PM Kairos.
- Sandoval, J., y D. Fava, 2016. «Significados y vulnerabilidad social ante el terremoto y tsunami del 27 de febrero de 2010: la dimensión subjetiva desde los “damnificados”». *Summa Psicológica*, 13 (2), pp. 23-32.
- Sandoval, J., L. Rojas, M. Villalobos *et al.*, 2018. «De organización vecinal hacia la gestión local del riesgo: diagnóstico de vulnerabilidad y capacidad». *Revista INVI*, 33 (92), pp. 155-180.
- Tuan, Y., 2007. *Topofilia: un estudio sobre percepciones, actitudes y valores medioambientales*. Santa Cruz de Tenerife, Melusina.
- Wisner, B., P. Blaikie, T. Cannon *et al.*, 2004. *At Risk: Natural Hazards, People's Vulnerability and Disasters*. Nueva York, Routledge.
- Zibechi, R., 2007. *Dispersar el poder*. Quito, Abya Yala.

La construcción del Movimiento por la Soberanía Popular en la Minería en Brasil: extractivismo y resistencia social

Gustavo Schiavinatto Vitti*

Resumen: Este artículo tiene como objetivo analizar la conformación del Movimiento por la Soberanía Popular en la Minería (Movimento por Soberania Popular na Mineração - MAM), creado en 2012, en la Amazonía brasileña. Este proceso ha ocurrido a partir de una historia de resistencia social en la región desde la década de 1980, debido a los impactos de la minería y su estructura de transporte. Desde su inicio, MAM ha intervenido en el debate sobre los minerales en todo Brasil, con frentes de acción en varios estados. El movimiento se propone discutir el proceso, la forma y el ritmo de la extracción de minerales en el país, problematizar los impactos causados y reflexionar sobre las políticas públicas del sector. Además, busca garantizar las formas de resistencia de los pueblos y la soberanía popular en la minería.

Palabras clave: minería, movimiento social, extractivismo

Abstract: This article aims to analyze the conformation of the Movement for Popular Sovereignty in Mining (MAM), created in 2012, in the Brazilian Amazon. This process has occurred through a history of social resistance in the region since the 1980s, due to the impacts of mining and its transport structure. Since its inception, MAM has been acting against the debate on minerals throughout Brazil, with action fronts in several states. It is noteworthy that the movement aims to discuss the process, form and pace of mineral extraction in the country, problematizing the impacts caused and reflecting on the public policies of the sector. It also seeks to guarantee the forms of resistance of the peoples and popular sovereignty in mining.

Keywords: mining, social movement, extractivism

Introducción

Desde la década de 1980, el territorio latinoamericano ha experimentado una expansión de proyectos de extracción mineral. Ya sea por la apertura de nuevas minas o por la infraestructura

* Instituto de Investigación y Planificación Urbana y Regional, IPPUR/UFRJ. E-mail: gustavovitti@gmail.com.

ra logística para el transporte, innumerables poblaciones ven afectados sus territorios y medios de vida. En Brasil, los estados de Minas Gerais y Pará tienen las mayores inversiones en el sector, así como los principales conflictos derivados de los proyectos. Esta expansión de los proyectos ha incrementado la importancia del tema de la extracción mineral hasta convertirlo en un problema nacional. Un proceso que ha ganado aún más fuerza en los últimos años como resultado de los desastres causados por las rupturas de las presas de relaves mineros en Mariana (2015) y Brumadinho (2019). Es en este contexto de expansión de los proyectos extractivos que se entiende el surgimiento en 2013 del Movimiento por la Soberanía Popular en la Minería (MAM)¹, organización nacida en el norte de Brasil con la intención de fortalecer los espacios de discusión

Experiencias de resistencia a la minería previas a constitución del MAM

Para entender las experiencias de resistencia que precedieron al movimiento debemos observar dónde surge el MAM y los procesos que desencadenan la resistencia en esta región. El movimiento nació en el estado de Pará, en la región conocida como Serra dos Carajás, una de las provincias mineras más grandes del mundo. En este territorio comenzó a operar el Projeto Ferro Carajás en 1985, dedicado a la exploración minera en el Bosque Nacional de Carajás. En el área del actual municipio de Parauapebas (PA), se construyó un ferrocarril de 892 kilómetros que atraviesa los estados de Pará y Maranhão para transportar el mineral. También se construyó un



Imagen 1. Mina de hierro de Carajás en Parauapebas (PA), abierta en 1985. Fuente: Folha.

y resistencia al proyecto minero a nivel nacional. Antes de observar los objetivos y las formas de acción del movimiento, echemos un vistazo a la historia de resistencia social que antecede al MAM.

1. Para obtener más información, visite el sitio web del Movimiento <http://mamnacional.org.br/>.

puerto en Itaqui, en São Luís do Maranhão. El proyecto está a cargo de la empresa brasileña Vale S. A. (antigua empresa estatal Companhia Vale do Rio Doce), que explora, además del mineral de hierro, varios depósitos de otros minerales en la región. Su instalación y su funcionamiento implicaron un conjunto de transformaciones en

toda la región: ambientales, sociales, políticas, territoriales y económicas.

Con este proyecto, y con el proceso minero en Serra Pelada, comenzaron los conflictos relacionados con el sector minero en la región. Desde 1992 se llevó a cabo un proceso de organización de los grupos afectados en los dos estados a partir de lo que se llamó el Seminario de Consulta Carajás, que consistió en una serie de actividades en toda la región para preparar un encuentro internacional. El encuentro tuvo lugar en 1995 y reunió a una gran variedad de grupos afectados, universidades y grupos ambientalistas. Estas experiencias consolidaron la creación del Foro Carajás, que tuvo un papel importante en la región hasta 2010, principalmente en Maranhão, en temas como represas y energía, agricultura familiar, acero y grandes proyectos (Pastor, 2010). Durante este mismo período destacaron las actividades de asesoramiento a las comunidades de la región que llevó a cabo el Centro de Educación, Investigación y Asesoramiento Sindical y Popular (Centro de Educação, Pesquisa e Assessoria Sindical e Popular - CEPASP) en Marabá (PA). Como reflejo de la actividad de este período, cabe señalar la *Campanha Justiça nos Trilhos em Açailândia (MA)*,² en 2007, y la creación, en 2009, en el marco del Foro Social Mundial, en Belém (PA), de la Articulación Internacional de Personas Afectadas por Vale, para organizar la resistencia a la empresa minera brasileña.

La formación del Movimiento por la Soberanía Popular en la Minería

El año 2007 fue clave para la formación del MAM: el Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra - MST) organizó una manifestación y ocupó el ferrocarril en Parauapebas (PA) durante cuarenta días. Entonces se reanudó y se profundizó el debate sobre las determinaciones territoriales impuestas por el proyecto minero.

2. Justiça nos Trilhos es una organización con presencia de misioneros combonianos que trabajan en Maranhão, especialmente con aquellos grupos afectados por el ferrocarril y las acerías.

Es importante tener en cuenta que este proceso fue el resultado de una intensificación de las acciones de la empresa minera Vale en la región. Para expandir su negocio en un escenario de altos precios de los minerales, implementó un conjunto de proyectos, incluida la expansión de Carajás y la duplicación del ferrocarril.

En este contexto, unos seis mil campesinos y campesinas ocuparon el ferrocarril en 2007, acción que fue el motor de las discusiones y las críticas al modelo de exploración mineral. A partir de ese momento, se profundizó el debate sobre los minerales hasta 2012, año en que se organizó en Parauapebas (PA) una reunión nacional con treinta y seis líderes de ocho estados brasileños. El proceso que culminó en esta reunión fue el que sentó las bases para la consolidación del MAM a nivel nacional (Zonta, 2013).³

En mayo de 2013, en una segunda reunión nacional en Brasilia con representación de diecisiete estados brasileños, se definió el nombre del Movimiento por la Soberanía Popular en la Minería. Este nombre fue el resultado de una serie de discusiones a lo largo de los años para constituir un movimiento que no solo representara a las poblaciones afectadas por la minería, sino a todo el pueblo brasileño, pues se entendía que este «debe tener control sobre la exploración y el destino de sus minerales» (Trocate *et al.*, 2015: 107). Esta intención de carácter nacional está presente en los objetivos, las líneas políticas y los programas de acción del movimiento.

En el marco de este proceso de reanudación histórica de la resistencia social, se desarrolló el primer curso de capacitación para militantes del movimiento en 2014, en la Escuela Nacional Florestan Fernandes en São Paulo. Se trata de cursos de formación para capacitar a los militantes y líderes en los distintos aspectos del tema de

3. También fue notable la creación del Comité Nacional para la Defensa de los Territorios contra la Minería, en 2013, en Brasilia, con la participación de comunidades quilombolas, movimientos sociales y ONG; comprende más de treinta organizaciones de dieciséis estados brasileños.



Imagen 2. Manifestación a la entrada de la mina de Vale en Carajás, durante la reunión nacional del MAM en 2018. Fuente: MAM.

los minerales en Brasil, así como para que estén en condiciones de realizar análisis coyunturales y trabajo de base con las poblaciones afectadas. Desde entonces, los cursos se hacen cada año e incluyen un período de prácticas en las áreas afectadas. Finalmente, en 2018 se celebró una reunión nacional con militantes, investigadores, líderes y poblaciones afectadas de aproximadamente setenta municipios mineros de Brasil, así como representantes de movimientos sociales de otros países. Esta reunión tuvo como objetivo consolidar el programa y los fundamentos políticos del movimiento, que ya se habían elaborado a lo largo de los años mediante reuniones de coordinación política del MAM. También buscó ampliar el alcance de la acción del movimiento, que se ha consolidado en varios estados brasileños, especialmente Pará, Minas Gerais, Goiás, Bahía, Ceará, Maranhão y Rio Grande do Sul, entre otros.

Principales objetivos y desafíos del movimiento

En primer lugar, el objetivo principal del MAM es promover la movilización contra el modelo minero actual, que solo beneficia al capital a través de la acción de las compañías mineras. En este sentido, como señala el movimiento mismo (Trocatte *et al.*, 2015), busca defender los derechos de las poblaciones afectadas por toda la ca-

dena de procesamiento y transporte de minerales y construir un nuevo modelo para el uso de los bienes minerales. Estos objetivos se desarrollan en varios frentes y bajo varias banderas de lucha, que incluyen, entre otras medidas, garantizar el derecho de las poblaciones sobre sus territorios —incluida la construcción de áreas libres de minería—, cambiar los criterios impositivos y de aplicación de impuestos a la actividad minera y acabar con la explotación minera por capital extranjero.

Para lograr estos objetivos, el movimiento tiene varias estrategias y tácticas de acción a diferentes niveles: local, regional, nacional e internacional. En el ámbito local, busca crear y fortalecer comités de grupos afectados en espacios de discusión, articulación, representación y presión en diversos contextos, para promover procesos de formación y construcción de identidad. Estos procesos provienen del trabajo en las bases y de las formas populares de comunicación. En el ámbito regional, busca unir a los grupos afectados y sus experiencias para definir estrategias de actuación frente a las diversas empresas y proyectos presentes en el territorio y las agencias públicas competentes. A nivel nacional e internacional, el movimiento se ha articulado con varias otras organizaciones, y ha actuado en diferentes frentes, principalmente en asuntos relacionados con la legislación del sector, ya sea en los debate sobre el

nuevo código minero, los impuestos o la minería en tierras indígenas.



Imagen 3. Manifestación en las calles de Parauapebas (PA) para crear conciencia sobre los problemas mineros durante la reunión nacional del MAM de 2018. Fuente: MAM.

El MAM, como se señala en sus documentos (Trocate *et al.*, 2015), es un movimiento en formación, es decir, que se ha conformado como resultado de muchas articulaciones y experiencias en torno al tema minero. Por lo tanto, su construcción como movimiento nacional presenta varios desafíos, como ampliar el debate sobre los minerales, a menudo alejado de la realidad de las personas no directamente implicadas, y construir mecanismos de defensa para las poblaciones afectadas o que viven en áreas de interés minero.

Su papel como movimiento social nacional se ha vuelto cada vez más necesario en el contexto brasileño actual. Sobre todo tras la ruptura de dos presas de relaves mineros que causaron daños socioambientales a varias poblaciones. El MAM ha desempeñado un papel importante al contribuir en las discusiones sobre los dos desastres ambientales y fortalecer a las comunidades afectadas, además de articular y difundir las discusiones a nivel nacional. ■

Referencias

- Pastor, M., 2010. «Contrário me dê licença pra contar essa história». *Mineração na Amazônia: Estado, Empresa e Movimentos Sociais*, São Luís, Fórum Carajás.
- Trocate, C., M. Zanom y J. Vieira, 2015. *Elementos constitutivos do MAM - Movimento pela Soberania Popular na Mineração*. Marabá, iGuana.
- Zonta, M., 2013. «A luta dos atingidos por mineração». *Brasil de Fato* (5 de noviembre).

Freno al colapso inminente: el movimiento por la justicia climática, los revolucionarios de Walter Benjamin

João Camargo*

Traducido por Pablo Cubillo

Resumen: A lo largo de los últimos años, el movimiento por la justicia climática ha sido testigo de una intensificación incomparable. Los componentes más relevantes de este movimiento se encuentran en Blockadia, Extinction Rebellion y los luchadores de Youth Climate (Fridays for Future). Dichos movimientos comparten, con su llamada a la desobediencia civil y la insurgencia, la actuación desde una perspectiva política que responda a la necesidad de reducir a la mitad la emisión de gases de efecto invernadero (GHG) para 2030, así como de aumentar la justicia social. Radical Green New Deals y campañas como Climate Jobs se postulan para crear un programa a favor de una revolución social muy en la línea de Walter Benjamin, quien propone una visión revolucionaria alternativa: no se trata de un proceso inevitable ni del resultado natural de la contradicción entre las fuerzas y las relaciones productivas, sino de una interrupción de la evolución histórica que nos conduce a una catástrofe. El movimiento por la justicia climática es un freno revolucionario de emergencia ante la crisis climática.

Palabras clave: justicia climática, Walter Benjamin, Blockadia, Fridays for Future, Extinction Rebellion

Abstract: Over the last years the movement for climate justice has seen an unparalleled intensification. The most relevant components of this movement are Blockadia, the 'traditional' climate justice movement's more radical wing, Extinction Rebellion and Youth Climate strikers (Fridays for Future). They are combining in a global call for civil disobedience and insurgency on political lines that respond to the calls for a 50% greenhouse gas global cut by 2030, and the rise of social justice. Radical Green New Deals' versions, and campaigns such as Climate Jobs may create the political program for a social revolution in line with Walter Benjamin, who proposed an alternative view for revolution: it is not inevitable or a natural result of the contradiction between productive forces and productive relations, but rather an interruption of a historical evolution that is leading to catastrophe. The climate justice movement is a revolutionary emergency brake against climate collapse.

Keywords: climate justice; Walter Benjamin; Blockadia; Fridays for Future; Extinction Rebellion

* Organización para la justicia climática Climáximo.
E-mail: joao.camargo.342@gmail.com.

Introducción

Ha pasado un año desde la publicación del informe Intergovernmental Panel on Climate Change 1,5° (IPCC, 2018), que, por primera vez, estipuló una fecha límite para evitar el aumento en un grado centígrado y medio de la temperatura global para el año 2020 y propuso:

...caminos modélicos con ningún o escaso excedente de 1,5 grados, el descenso de, aproximadamente, el 45 por ciento de emisiones globales de CO₂ antropogénico desde 2010 hasta 2030 (rango intercuartil del 40-60 por ciento) y la consecución del cero absoluto cerca de 2050 (rango intercuartil 2045-2050).

La increíble brecha entre diagnosticar un problema y atacarlo, entre políticas climáticas nacionales y reducción de emisiones, no se está cerrando; 2018 fue el año con la mayor cantidad de emisiones de GHG registrada hasta la fecha.

El fracaso de las acciones institucionales en medidas concretas para luchar contra la crisis climática que experimenta nuestra civilización ha provocado un cambio en los movimientos sociales directamente conectados con el cambio climático. Por el momento existen tres representantes mayoritarios del movimiento por la justicia climática que va más allá del ecologismo y el ambientalismo: Blockadia, Youth Climate Strikes (Fridays for Future, FFF) y Extinction Rebellion (XR). Más que utilizar las tácticas de los movimientos medioambientales tradicionales, añaden elementos fundamentales de justicia social, la necesidad de cambiar políticas inmersas en el capitalismo y la adhesión de la cultura del cuidado junto con el reconocimiento de los propios límites del planeta Tierra.

A finales de los años veinte, Walter Benjamin denunció la degradación medioambiental como uno de los principales problemas del sistema productivo capitalista. En contra del criterio de la mayoría de sus contemporáneos, Benjamin,

un ecléctico pensador marxista, denunció la dominación de la naturaleza como auténtico imperialismo y criticó los peligros que entrañaban el progreso y el desarrollo tecnológico si estos eran liderados por el capital. No concebía la revolución como un proceso inevitable resultante de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, sino como una interrupción de la evolución histórica que nos conduce a una catástrofe, un freno de emergencia (Benjamin, 1980).

En su *Tesis en historia de la filosofía*, Benjamin (1977) reivindica que los puntos de inflexión o rupturas crean una narrativa del colapso y liberan a los individuos de las verdades aceptadas por anteriores metanarrativas. Benjamin propuso una alternativa radical al desastre inminente: una revolución que abriera el camino para conseguir la armonía entre la sociedad y el medio ambiente. El movimiento por la justicia climática asume muchas de las críticas y proposiciones de Walter Benjamin, y así se constituye en un agente social y político en oposición a la crisis climática.

Blockadia

El movimiento para la lucha contra el cambio climático tradicional ha basado la mayor parte de sus acciones en la presión ligada a las negociaciones anuales de la Convención Marco de Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (en inglés United Nations Framework Convention on Climate Change, UNFCCC). La participación en el establecimiento de los acuerdos climáticos ha sido un punto central para el desarrollo de la identidad inicial del movimiento por la justicia climática. Pero la negociación con los Gobiernos y las empresas privadas los han condicionado y han diluido la mayoría de sus propuestas. Los fracasos institucionales han sido sucesivos; el Protocolo de Kyoto o la Conferencia de las Partes (COP) de Copenhague abrieron una brecha entre las organizaciones institucionalizadas que impulsan el proceso de negociación (WWF, Réseau Action Climat, Legambiente, Oxfam, Royal



Imagen 1. Activistas de toda Europa en el cierre de minas de carbón en Alemania.

Autor: João Camargo.

Society for the Protection of Birds —RSPB—, Climate Action Network), por un lado, y los grupos de acción directa que, especialmente desde 2015, han establecido metas estratégicas alejadas de los acuerdos propios de las instituciones (The Climate Justice Action Platform, 350.org, Ende Gelaende, entre otros). Algunos grupos se han quedado en tierra de nadie.

Blockadia es un término acuñado por Naomi Klein (Klein, 2014) basado en movimientos populares y ciudadanos, comunidades rurales, indígenas y una red solidaria que actúa en nombre del movimiento por la justicia climática tradicional, siempre involucrado de forma directa en la lucha contra el *fracking* alrededor del globo, en el liderazgo de la oposición a la explotación de las arenas alquitranadas, en la lucha contra la construcción de oleoductos de gas y combustible y en la resistencia sostenida contra los proyectos del carbón. Es, sin duda, la vanguardia del movimiento por la justicia climática. Sus herramien-

tas políticas y sus acciones son diversas, pero la desobediencia civil y la resistencia no violenta se encuentran siempre en el centro de sus propuestas.

En Europa, Ende Gelaende es un magnífico ejemplo de Blockadia. Organiza protestas de desobediencia civil masiva, así como acciones más directas para lograr el cierre de minas de carbón. Se autodefine como una «extensa alianza de personas provenientes de movimientos antinucleares y anticarbón tales como los de las cumbres climáticas de Renania y Lusacia, la campaña anticarbón Hambacher, los grupos de base por la acción climática, organizaciones medioambientales y grupos políticos de izquierda». Su acción es capaz de movilizar a miles de personas a lo largo y ancho de Europa, que convergen en movilizaciones masivas anuales de desobediencia civil, con efectos tales como la ocupación de minas o plantas de carbón, así como de otras infraestructuras industriales destinadas a su extracción y su



Imagen 2. Una acción directa de masas consigue ocupar un campo de prospección de gas en el centro de Portugal. Fuente: Camp-in-Gás.

uso, hasta el punto de frustrar la indiferencia característica de los gigantes corporativos hacia el planeta.

La Blockadia europea By 2020 We Rise Up es una plataforma de justicia climática compuesta por asociaciones ciudadanas y otras plataformas enfocadas en la escalada a corto plazo de las confrontaciones que afectan a la acción por el clima y en el avance en la coordinación estratégica para la rebelión. Incluye grupos y plataformas como Ende Gelaende, Stay Grounded, Gastivists, Climáximo (Portugal), Ecologistas en Acción (España), System Change not Climate Change (Austria), BreakFree Suisse o Fossil Free Agriculture, entre otros. Parte de la llamada «Turning the Tide 2020 - Streaming Towards Climate Justice» y trata de emular la acción de desobediencia civil masiva de Ende Gaelaende en diferentes zonas de Europa, siempre en defensa de una escalada a largo plazo de la actuación por la justicia climática y un cambio en nuestro

sistema. Es una autodeclarada revolución masiva contra «el modelo económico que tanto destruye los mismísimos cimientos de los que depende la vida en la Tierra».

Extinction Rebellion (XR)

El movimiento británico Extinction Rebellion (XR) nació en octubre de 2018 con una declaración a la rebelión en la que llamaba a la insurgencia pacífica contra la inacción climática. Como resultado, se bloquearon los principales puentes en Londres, sedes de Gobierno, el Palacio de Buckingham y otros espacios públicos. Las fundaciones XR y sus tácticas provienen del análisis de la falta de dialéctica en el movimiento por la justicia climática, y pretenden presionar por medio de una feroz escalada que permita afrontar la crisis climática. XR defiende la desobediencia civil despojada de violencia para alcanzar una ruptura económica, «sacudir el actual sistema político y despertar la conciencia ciudadana».

Esta organización buscar cierto balance entre la reacción rápida y el cambio de la situación actual a la par que se compromete en el aumento del conocimiento que la sociedad necesita para afrontar un conflicto que requiere múltiples perspectivas. Focaliza sus actividades en tres demandas clave. En primer lugar, los Gobiernos deben decir la verdad y declarar una emergencia climática y ecológica. En segundo término, los Gobiernos deben actuar sin demora para detener la pérdida de biodiversidad y reducir la emisión de GHG al cero absoluto para 2025. Por último, deben crear una asamblea liderada por la decisión ciudadana y enfocada en la justicia ecológica y climática.

XR raramente menciona la palabra *capitalismo*, pero la apelación a un cambio de sistema no es para nada vaga ni incierta. No se basa en conflictos locales como puede hacer Blockadia. Es una organización que se apoya en la inercia social y se basa en las campañas de desobediencia civil de Gandhi o Martin Luther King, diseñadas para encender la desobediencia civil y mantenerla durante periodos sostenidos a través de una bien planeada y disciplinada formación de grupos que se multipliquen de manera anónima y que persistan en una resistencia capaz de hacer cambiar estructuras de poder aparentemente inmóviles. Blockadia sigue un enfoque tecnocrático sobre qué se debe hacer para desbancar al poder, con la necesaria cifra de un 3,5 por ciento de la población de cualquier nación que acometa esta tarea (cifra basada en un estudio publicado por Chenoweth y Stephan, 2012).

Resulta enigmática la propuesta de crear asambleas ciudadanas de forma aleatoria cuyas decisiones deberían guiar la acción gubernamental en relación con el cambio climático, y también el uso de expresiones como «por encima de la política» o «apolítico». Parece existir un interés genuino en la formación de estas asambleas compuestas por ciudadanos anónimos cuyas decisiones, tras la consulta de expertos en la materia, serían implementadas por el Gobierno, además de supervisadas por nuevas asambleas ciudada-

nas. Se trata de una crítica a la democracia parlamentaria y los ciclos electorales, pero se apoya en una aproximación tecnocrática a la política y la ideología que contradice su enfoque en la acción gubernamental. Puedo percibir sus tres demandas como instrumentales para la construcción del movimiento. La declaración de una emergencia climática es una manera «fácil» de obtener la victoria. La segunda demanda, la reducción de las emisiones de efecto invernadero al cero absoluto para 2025, es prácticamente imposible en una sociedad capitalista. La tercera, establecer asambleas ciudadanas, parece apuntar a las viejas tácticas revolucionarias de redoblar el poder para vaciar de dicho poder a las actuales estructuras dirigentes.

XR ha atraído ciertas críticas por las tácticas que propone, normalmente dirigidas hacia los grupos sociales privilegiados que pueden dedicarse a jornada completa a este tipo de activismo, que pueden permitirse ser arrestados, lo que excluye la participación de gente más pobre, inmigrantes, comunidades negras o mujeres con hijos. Los principios básicos de XR se refieren a esta problemática, pero no queda claro su manera efectiva de enfocarla, excepto por su intención de «regenerar la cultura». Otra de las críticas hace referencia a la extrapolación directa a nuestra experiencia de acciones de desobediencia civil en masa que tuvieron éxito en contextos autoritarios y fueron lideradas por estratos sociales oprimidos.

Youth Climate Strikes / Fridays for Future (FFF)

Climate Strikes nació de la mano de jóvenes estudiantes, que organizaron las dos primeras huelgas estudiantiles en marzo y abril de 2019, después de que la joven sueca de quince años Greta Thunberg obtuviera notoriedad por sus protestas cada viernes frente al Parlamento de Estocolmo. Estos dos eventos globales a escala masiva, con millones de participantes en más de cien países en todo el mundo, se han convertido en las más importantes protestas por la justicia

climática de la historia. Las mayores movilizaciones y acciones se concentraron en países ricos, pero algunos países al Sur del mundo también han colaborado con expresivas protestas.

Es este un movimiento descentralizado, con diferentes tácticas basadas en la movilización y la huelga ciudadana. Cuenta con una plataforma política que se ajusta al contexto local y nacional, además de participar en demandas más concretas en marcos más pequeños, pero con una petición global conectada con el Tratado de París y el Informe 1,5° (COP), como la de Keep It In The Ground (proyectos contra los combustibles fósiles), la reducción a la mitad de la emisión de GHG para 2030 y la reivindicación de una mayor justicia social mientras se persiguen estos propósitos.

Los grupos FFF provenientes de treinta y ocho países europeos se reunieron en Suiza y proclamaron la Declaración Climática de Lausana, basada en los principios de no violencia y transparencia, horizontalidad en la toma de decisiones, confrontación con todo tipo de discriminación o fascismo y preparación ante los discursos de odio. Sostienen que «la justicia social es un valor muy importante para nuestro movimiento y la justicia social no conoce fronteras. Para combatir la crisis climática, debemos apoyar a los más vulnerables» (Fridays for Future, 2019).

El movimiento llamó a una huelga global por el clima en septiembre. Como un avance estratégico, FFF llamó a las uniones de trabajadores a participar y se encargó de concienciar a los adultos para que intervinieran en las protestas masivas por el clima, especialmente a los movimientos laboristas, para dejar de lado a los indecisos y adoptar así la forma más efectiva de apoyo a los objetivos: la huelga política general. El apoyo de los trabajadores no fue muy manifiesto, pero la huelga global por el clima ha representado una importante alianza con Blockadia, y del 20 al 27 de septiembre, entre siete y ocho millones de personas en ciento ochenta y cinco países (350.org) tomaron parte

en el movimiento por la justicia climática con más participación de la historia.

El movimiento por la justicia climática conduce a sus expresiones políticas, la mayoría de ellas externas. Las más conocidas son las declaraciones de emergencias climáticas. El Green New Deal y la campaña Climate Jobs son, en estos momentos, sus dos expresiones más relevantes. Estos pueden ser importantes programas políticos que colaboren con la justicia climática siempre que se focalicen en la movilización masiva, reforzada por figuras políticas, y el rechazo hacia la cultura del crecimiento económico en países industrializados, además de aportar contribuciones económicas y culturales que apoyen esta transición en las naciones más pobres.

¿Los revolucionarios de Walter Benjamin?

Existe un núcleo de crítica política y social que se desarrolla en el centro de la lucha climática formada por decenas de miles de organizaciones. Poner freno al capitalismo dependiente de combustibles fósiles es una característica común a este movimiento, además de representar una llamada constante a la ruptura social y la reparación histórica intergeneracional. En la dinámica actual generada a lo largo del año pasado, todavía no se ha establecido como un movimiento revolucionario. Pero la tendencia parece indicar un desarrollo favorable a ello, al confrontar la inacción del poder capitalista ante un clima global que se desmorona.

Otros grupos empujan el movimiento hacia un capitalismo verde a través de impuestos al carbón. Pero la llamada a «escuchar a los científicos» va directamente en la dirección de reducir a la mitad la emisión de GHG para el año 2030. Ante un posible *shock* sistémico, se presiona para la adopción de una senda revolucionaria que nos aleje del capitalismo de los combustibles fósiles. XR, y en cierta medida FFF, es un fenómeno occidental, mientras que Blockadia mantiene un enfoque más internacional. Esto es relevante

ya que en el futuro será determinante romper la barrera de acciones masivas en Asia, África y América del Sur.

La alegoría de Benjamin de un tren de humanidad que se dirige hacia un precipicio y nuestra colaboración para desvelar esta catástrofe parecen representar la última oportunidad de salvar al ser humano. Reducir la emisión de GHG a una escala sin precedentes históricos y asegurar la justicia social en el proceso será necesariamente una actuación a escala masiva, para salvar la civilización y reinventar nuestra humanidad. Esta es la tarea a la que debe encomendarse el movimiento por la justicia climática: utilizar el freno de emergencia y presionar hacia un empuje humanista y radical a favor de la vida humana y del medio ambiente en el mismo momento en el que el monstruo de los reaccionarios negociacionistas climáticos se siente al frente de los poderes que lideran el mundo. ■

Referencias

- Benjamin, W., 1977. «Theses on the Philosophy of History». En: H. Arendt (ed.), *Water Benjamin, Illuminations. Essays and Reflections*. Nueva York, York, Schocken, pp. 253-264.
- Benjamin, W., 1980. *Gesammelte Schriften*. Fráncfort, Suhrkamp.
- Chenoweth, E., y M. Stephan, 1992. *Why Civil Resistance Works: The Strategic Logic of Nonviolent Conflict*. Nueva York, Columbia University Press.
- Fridays for Future, 2019. *Lausanne Climate Declaration*. Disponible en: <https://drive.google.com/file/d/1Nu8i3BoX7jrdZVeK-PQShRycl8j6hvwC0/view>, consultado en 12 noviembre 2019.
- IPCC, 2018. *Global Warming of 1.5 °C*. Disponible en: <https://www.ipcc.ch/sr15/>, consultado el 10 noviembre 2019.
- Klein, N., 2014. *Esto lo cambia todo. El capitalismo contra el clima*. Barcelona, Paidós Ibérica.

Alternativas económicas

Guía de medidas concretas para combatir la emergencia climática

A la venta también en quioscos y librerías

Para pedidos, dirígete a

contacto@alternativaseconomicas.coop
o llámanos al 93 611 63 05



Icaria ✿ editorial

www.icariaeditorial.com

Demà serà un altre dia

Una vida fent economia ecològica i ecologia política



Autor: Joan Martínez Alier

Año de publicación: 2019

Páginas: 480

P.V.P.: 30 €

Redes de resistencia

Fraguas: la resistencia de una alternativa ecosocial autogestionada para repoblar la España vaciada

Raúl Almendro

Activismo climático y decrecimiento. El caso de Fridays For Future Barcelona

Inés Villanueva Pérez



Fraguas: la resistencia de una alternativa ecosocial autogestionada para repoblar la España vaciada

Raúl Almendro*

«Hay una España vacía en la que vive un puñado de españoles, pero hay otra España vacía que vive en la mente y la memoria de millones de españoles».
Sergio del Molino, *La España vacía*

Resumen: El vaciado de la España rural de la segunda mitad del siglo xx respondió a la intencionalidad institucional de un franquismo desarrollista. Hoy, los deseos de la *España vaciada* y las decisiones políticas que determinan su presente siguen separados por una brecha similar a la del desequilibrio demográfico del que sus gentes son víctimas, en un país urbanita y modernizado, en el que lo rural rima con lo arcaico. Ante esta situación, el medio rural y sus olvidadas se han levantado contra su abandono. El proyecto de *okupación* rural comunitario de Fraguas ofrece una alternativa ecosocial autogestionada para acometer la necesaria repoblación de la España vaciada. Frente a la represión política, Fraguas se ha convertido en un lugar de peregrinación para todas aquellas que creemos en la vuelta al mundo rural bajo un marco de justicia social y medioambiental, respetando al fin un medio y una población secularmente maltratados.

Palabras clave: España vaciada, Fraguas, éxodo rural, repoblación, resistencia

Abstract: The exodus from rural Spain in the second half of the twentieth century was driven by the institutional intentions of a developmentalist Francoism. Today, the desires of *empty Spain* and the political decisions that determine its present still have a gap similar to the demographic imbalance of which its peoples are victims, in an urbanized and modernized country, in which the rural rhymes with archaism. In light of this, there has been a movement building amongst the rural population. The rural squat of Fraguas offers an alternative, self-managed, eco-social method to repopulate empty Spain. In the face of political repression, Fraguas has become a place of pilgrimage for those of us who believe that rural repopulation should be worked on through a framework of social and environmental justice, with respect given to its local communities and the world around it.

Keywords: Emptied Spain, Fraguas, rural exodus, repopulation, resistance

* Grup de Recerca en Educació per la Sostenibilitat, Escola i Comunitat (Gresc@), Universitat Autònoma de Barcelona.
E-mail: raul.almendro@hotmail.com

Introducción

Fraguas es un pueblo emplazado en la Sierra Norte de la provincia de Guadalajara, perteneciente a Castilla-La Mancha (España). Durante cientos de años, agricultores y ganaderos dieron vida a sus calles, cuyo registro se remonta, al menos, al siglo XVIII (Del Valle, 2019). Compartiendo destino con tantos otros de la geografía española, el pueblo fue despoblado y borrado del mapa durante la dictadura franquista. Desde la primavera de 2013, Fraguas ha vuelto a cobrar vida, en forma de un proyecto de *okupación* rural comunitario en el que un grupo de jóvenes está reconstruyendo el pueblo y su memoria. Su migración invertida —de la ciudad al campo— responde al anhelo de poner en práctica valores como la autogestión, el ecologismo, la autosuficiencia y el frugalismo voluntario. Pero tal voluntad ha resultado chocar frontalmente con las intenciones que las autoridades políticas reservan para este enclave, abordando el problema de la despoblación rural desde la óptica del único lenguaje que entienden: el del crecimiento económico.

El vaciado de la España rural

El éxodo de la España rural a las ciudades, iniciado en los años cincuenta y con apogeo a principios de los sesenta (Camarero, 1991), no fue un proceso casual. Por el contrario, respondió a las políticas económicas de un franquismo que denostó severamente a este medio, forzando a millones de sus habitantes a emigrar a un nuevo escenario —el urbano— que les iba a resultar, cuanto menos, hostil. Como apunta Naredo (2004), históricamente el desarrollo industrial ha tenido lugar a partir de las transferencias de capital y mano de obra procedentes del sector agrario. La España franquista es un ejemplo de esta tendencia.¹ En aras de la obsesión del régimen por el desarrollo industrial, pueblos con

siglos de historia viva y saberes tradicionales fueron expropiados, despoblados e inundados por pantanos, presas y repoblaciones forestales, entre otros desafortunados destinos. Como resultado, las urbes se llenaron repentinamente de mano de obra barata —y necesaria— para alimentar las fábricas y el sector servicios, que experimentaban el apogeo característico de la modernización, dando lugar a problemas de hacinamiento, chabolismo y pobreza en ciudades como Madrid, Barcelona y Bilbao, principales sumideros de los migrantes rurales de la época (Del Molino, 2016). No en vano, el imaginario social perfilado por el discurso hegemónico terminó de confeccionar un escenario propicio para el *etnocidio* con rostro amable del mundo campesino (Badal, 2017). Se creó así la figura del paleta, y lo rural pasó a ser lo desfasado, lo indeseable, lo anacrónico. En otras palabras, la antítesis de la modernidad: lo que debía ser condenado al olvido y la degradación. Con el afán de enfatizar esta intencionalidad institucional, hablo aquí de la *España vaciada* para referirme a la geografía víctima del despoblamiento rural, y evito la expresión *España vacía*, denominación genérica a menudo empleada para referirse a la misma realidad.

La historia del pueblo de Fraguas refleja a la perfección este fenómeno de *desruralización*. Víctimas de engaños, coacciones y la miseria propia de ver ahogadas sus actividades económicas, el último de sus antiguos habitantes fue expulsado del pueblo en 1969. Abandonados a su suerte —o, mejor dicho, a su desdicha— se vieron obligados a migrar a ciudades cercanas como Guadalajara y Madrid. Un año después, el Patrimonio Forestal del Estado registró el pueblo de Fraguas a su nombre, borrando así legal y documentalmente su existencia. En su lugar, se sustituyó la flora autóctona por un monocultivo de pino para, décadas después, obtener el correspondiente rédito económico mediante su explotación maderera. Ya en democracia, el paraje fue utilizado como nicho de prácticas militares y, en la actualidad, se arrienda a clubs privados como coto de caza (Del Valle, 2019). Teniendo en

1. En la segunda mitad del siglo XX estas transferencias se hicieron posibles a causa de la revolución verde, consistente en importantes avances técnicos en la agricultura y el consecuente incremento de la productividad agrícola.

cuenta la naturaleza de estas actividades, resulta paradójico que en 2011 el enclave se integrara en el Parque Natural de la Sierra Norte de Guadalupe. Esta maniobra parece responder al deseo de blindar su gestión bajo el pseudónimo de «la conservación de los recursos naturales» (Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, 2011: art. 2), en pos de perpetuar la administración de lo que antes era *de todos y todas* para el beneficio *de unos pocos*.

La revuelta de la España vaciada

Hoy, la España vaciada está protagonizando una revuelta social de gran calado. Como el naufrago con esperanzas diezmadas que acopia sus últimas fuerzas para lanzar un grito de auxilio, el medio rural se está haciendo escuchar con un poderoso alarido que clama por la adopción de medidas que mitiguen el drama despoblacional. Así lo hicieron decenas de miles de personas el pasado mes de marzo en las calles de Madrid, en una manifestación secundada por casi un centenar de plataformas (Sosa, 2019). En junio, siguiendo la estela de dicha movilización, nació la Coordinadora de la España Vaciada. Dos meses más tarde, la recién creada coordinadora estatal publicó un documento en el que insta a la firma de un pacto de Estado por la repoblación y el reequilibrio territorial, y manifiesta su determinación de escalar las protestas en caso de no ser escuchada: «Seremos capaces, y que no quepa la menor duda de que lo seremos, de articular una respuesta firme, estable y permanente» (Coordinadora de la España Vaciada, 2019: p. 5). La España vaciada ha alzado la voz para no dejarse morir. Es cierto que su situación es crítica: actualmente, en el cincuenta y tres por ciento del territorio español solo vive un cinco por ciento de su población total (Burillo y Burillo, 2019). Pero también lo es que no piensa detenerse hasta que sus exigencias sean materializadas.

En consonancia con este clamor, la política institucional se ha subido a la ola que surfea con la mayor de las solturas: la del oportunismo político. Los representantes de todo el espectro polí-

tico nacional afirman estar hoy tremendamente preocupados por —y ocupados en— la repoblación de la España rural. Las promesas y los guiños partidistas a la España vaciada se vuelven recurrentes en campaña electoral, dejando por el camino una ristra de imágenes populacheras. En los últimos meses, por ejemplo, varios representantes políticos han excursionado al medio rural para arar y tractorear los campos, sugiriendo una simpatía por lo bucólico que, a juzgar por la falta de medidas efectivas para afrontar la despoblación, bien podríamos tildar de impostada. Asimismo, el presidente del Gobierno en funciones se ha reunido recientemente con colectivos de la España Vaciada para escuchar sus exigencias. Sin embargo, esta dinámica no obedece a una preocupación —ni acción— real, sino a la coyuntura de un periodo electoral que parece dilatarse en el tiempo de forma cuasieterna en un país azotado en los últimos años por la inestabilidad política. No en vano, el sistema de circunscripciones electorales adoptado tras la dictadura franquista se caracteriza por sobrerrepresentar los votos de los lugares menos poblados, dando así una ilusoria impresión de empoderamiento del medio rural. La España vaciada tiene una gran influencia a la hora de formar mayorías parlamentarias y, como tal, es caldo de cultivo de la hipocresía institucional.

Fraguas resiste

Muestra de esta hipocresía es la represión ejercida contra el proyecto de Fraguas, un caso (más) en el que los intereses de un sector de la sociedad civil —la España vaciada— se contraponen con aquellos de un estado (neo)capitalista y de la clase política que lo perpetua. Y es que, bajo un modo de producción capitalista, el pueblo está destinado a producir para el mercado, no para quienes lo habitan. Fraguas, por el contrario, propone una vuelta al medio rural bajo un paradigma contrahegemónico, en el que la vida en comunidad, los bienes relacionales y comunales, la autogestión, la búsqueda de la autosuficiencia, la disminución de los niveles de consumo y producción y el respeto por el medio ambiente sean

puestos en el centro. Esta alternativa rehúye así los dogmas fundamentales del neoliberalismo, que han hecho de la competencia, la propiedad privada, el crecimiento económico incesante y el hiperconsumo los pilares fundamentales de la organización socioeconómica de las sociedades (pos)industriales. En lugar de ello, el proyecto de Fraguas apuesta por la cultura del «hazlo tú mismo», que bebe de los esfuerzos propios, la cooperación, el rechazo a la división sexual —o de cualquier otra índole— de las tareas y la enseñanza mutua, como parte de un proceso de empoderamiento y emancipación del trabajo asalariado y, en última instancia, de las instituciones. Fraguas recupera también los saberes y prácticas tradicionales del medio rural y la memoria histórica de sus habitantes, ayudando a alzar la voz de la España vaciada y enriqueciendo su lucha con una alternativa para afrontar su repoblación.

Sin embargo, la Junta de Castilla-La Mancha pretende vaciar y reducir a ruinas, de nuevo, el pueblo de Fraguas. A raíz de su denuncia, seis repobladoras fueron sentenciadas en junio de 2018 a unas penas de prisión que podrían ascender hasta los dos años y tres meses, en caso de negarse a pagar los gastos de demolición de todo lo (re)construido durante los últimos seis años. Como la propia Administración tuvo a bien reconocer en el juicio, su acusación particular responde al propósito de dar un «castigo ejemplarizante» para evitar un «efecto llamada» (Colectivo Fraguas, 2018). Las autoridades explicitaron así su oposición a que la provincia de Guadalajara, mayor desierto demográfico de Europa (Burillo y Burillo, 2019), sea repoblada fuera de los términos del crecimiento económico. Mientras cada año dilapidan cientos de millones de euros procedentes de fondos europeos para



Imagen 1. Pancarta con el lema *Fraguas resiste* situada en la entrada al pueblo.

Autor: Raúl Almendro.

«fijar población en el mundo rural» en forma de macrogranjas, turismo rural y la construcción de pistas de frontón en pueblos abandonados, reprimen con vehemencia una iniciativa que ha logrado (re)vivir y honrar un pueblo y su memoria. Como muestra de esto último, cabría mencionar la gran relación que han entablado las y los repobladores con un grupo de antiguos habitantes que siguen visitando *su pueblo* a menudo y que están apoyando activamente al nuevo proyecto de vida que alberga. La alternativa ecosocial autogestionada que este proyecto ofrece no solo ha demostrado ser viable para enfrentar el desequilibrio demográfico nacional, sino también estar respaldada por una gran masa social.² Desde el pasado mes de junio, el pueblo se encuentra en *jornadas de resistencia indefinida*: un hervidero de ideas para diseñar la resistencia pacífica ante un posible intento de desalojo y demolición. En definitiva, Fraguas no es más que un reflejo de la historia y del presente de la España vaciada. Pese al empeño institucional en hacerlos desaparecer, ambos existen y resisten. Que lo sigan haciendo depende de todas nosotras. ■

Referencias

- Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, 2011. «Ley 5/2011 del 10 de marzo, de Declaración del Parque Natural de la Sierra Norte de Guadalajara». *BOE*, 104 (2 de mayo), pp. 44.410-44.431.
- Badal, M., 2017. *Vidas a la intemperie: nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino*. Logroño y Oviedo, Pepitas de Calabaza y Cambalache.
- Burillo, M. P., y F. Burillo, 2019. «Las regiones desfavorecidas de España ante la política de cohesión, 2021-2027». Instituto de Investigación y Desarrollo Rural. Serranía Celtibérica. Disponible en: <http://www.celtiberica.es/wp-content/uploads/2019/04/6-Monografi%CC%81as-ISC-n%C2%BA2-copia.pdf>, consultado el 14 de octubre de 2019.
- Camarero, L., 1991. «Tendencias recientes y evolución de la población rural en España». *Política y sociedad*, 8, pp. 13-24.
- Colectivo Fraguas, 2018. «Comunicados de Fraguas tras el juicio y la sentencia». *Briega* (14 de junio). <http://www.briega.org/es/noticias/comunicados-fraguas-tras-juicio-sentencia>, consultado el 14 de octubre de 2019.
- Coordinadora de la España Vaciada, 2019. «Documento España Vaciada». Disponible en: <https://teruelexiste.info/wp-content/uploads/2019/09/Documento-España-Vaciada-web.pdf>, consultado el 14 de octubre de 2019.
- Del Molino, S., 2016. *La España vacía. Viaje por un país que nunca fue*. Madrid, Turner.
- Del Valle, M., 2019. «Poniendo la historia de Fraguas en su sitio». *El Salto* (10 de julio). Disponible en: <https://www.elsaltodiario.com/pueblos-recuperados/poniendo-historia-fraguas-sitio>, consultado el 14 de octubre de 2019.
- Naredo, J. M., 2004. *La evolución de la agricultura en España (1940-2000)*. Granada, Universidad de Granada.
- Sosa, M., 2019. «La «España vaciada» clama por una gran alianza contra la despoblación». *El País* (31 de marzo). Disponible en: https://elpais.com/sociedad/2019/03/31/actualidad/1554022545_649884.html, consultado el 14 de octubre de 2019.

2. Desde que la sentencia se hizo pública, han tenido lugar numerosas manifestaciones de apoyo en más de una decena de ciudades de la geografía española, con un récord de asistencia de más de dos mil personas en febrero de 2019 en Madrid.

Activismo climático y decrecimiento. El caso de Fridays For Future Barcelona

Inés Villanueva Pérez*

Resumen: Desde principios de 2019, grupos de jóvenes de todo el mundo se han organizado para exigir la acción política tanto civil como institucional, ante la emergencia climática y el colapso ecológico. De estos colectivos, Barcelona ha acogido a uno de los más numerosos y con más presencia a nivel estatal: Fridays For Future Barcelona. A partir de la definición de movimiento social planteada por Ernesto Laclau en *La razón populista* (2005) y de una metodología de estudio basada en la observación participante, el artículo expone el vínculo de esta agrupación con las apuestas teóricas del decrecimiento.

Palabras clave: decrecimiento, Fridays For Future Barcelona, activismo, teoría política, Ernesto Laclau

Abstract: Since the beginning of 2019, groups of young people over the world have organized to demand civil and institutional political action to face the climate emergency and the ecological collapse. Barcelona has taken in one of the most numerous groups in Spain, Fridays For Future Barcelona. Starting from the definition of social movement thought by Ernesto Laclau in *On*

Populist Reason (2005), the article investigates the link between this group and the theoretical approaches of degrowth, by participant observation of the case study.

Keywords: degrowth, Fridays For Future Barcelona, activism, political theory, Ernesto Laclau

Introducción

Hoy sería muy difícil ignorar el surgimiento del movimiento juvenil Fridays For Future (F4F). Tal vez una de sus características que más llama la atención es la corta edad de sus integrantes, así como de su precursora, y también la gran capacidad de movilización que han demostrado alrededor del mundo. Esto parece haberle ganado al movimiento una atención mediática importante, que sin embargo no se ha traducido todavía en un análisis más pausado de su naturaleza desde la óptica de la ecología política. Por ello mi estudio se centra en indagar brevemente las potencialidades de F4F como movimiento social. Focalizo el análisis en el grupo barcelonés por mi estrecho vínculo con él, y enfatizo su relación con el decrecimiento como marco teórico desde el que puede (o no) articular sus demandas. Pretendo así plasmar unas conclusiones aproximadas sobre la naturaleza del

* Universitat Pompeu Fabra. Fridays For Future Barcelona. E-mail: ivillanuevap98@gmail.com.

vínculo decrecimiento-F4F, elaboradas a partir de un proceso de observación participante. Para ello, tomo como punto de partida un enfoque teórico con la perspectiva contraria: analizo si el decrecimiento puede considerarse, *per se*, un movimiento social.

Pensar el decrecimiento como un movimiento social

El decrecimiento es una propuesta que se plantea más allá de lo teórico y pone el énfasis en su sinergia con la práctica bajo un lema común pero plural, que «se centra en torno a la economía reproductiva de la atención, y en la recuperación de antiguos —y en la creación de nuevos— *comunes* [...] nuevas formas de vivir y de producir». Así lo explican D'Alisa et al. en *Decrecimiento* (2014: 40), donde *recopilan* numerosas experiencias, teóricas y prácticas, que podríamos situar en el marco decrecentista. Así, este gran número de vivencias y casos lleva a preguntarse si el decrecimiento constituye realmente un movimiento social. O, en el supuesto de que no lo sea, si puede servir como marco previo para la conformación de uno.

Estas preguntas hacen necesario decidir qué se comprende por movimiento social. Para ello tomo la definición que Ernesto Laclau desarrolla en *La razón populista* (2005). Este autor pone el énfasis en los factores que hacen posible el surgimiento de tales movimientos: entre ellos, la presencia de una identidad propia (nosotros) y un otro (ellos) comunes, así como la existencia de una demanda que aglutine a todas las demás reclamaciones sociales, generalmente heterogéneas. De la misma forma, este marco teórico hace hincapié en la importancia del discurso y la nominación para crear identidades sociales compartidas, proceso que se considera a su vez indispensable para la existencia de un movimiento social.

A partir de todo lo expuesto, ¿podemos hablar de un discurso decrecentista que identifique a un sujeto político concreto? ¿Cuál es el *nosotros* y cuál el *ellos* del decrecimiento? ¿Cuál es la de-

manda que aúna al resto de los requerimientos sociales en el decrecimiento?

Por un lado, el discurso del decrecimiento no parece apelar a un sujeto concreto, sino que da la impresión de estar constituido por una serie de ideas dirigidas a unos sujetos que las hacen propias, lo que posibilita la identificación y la formación del sujeto político del decrecimiento. Como consecuencia, el *nosotros* —y, por extensión, el *ellos*— al que Laclau otorga tanta importancia solo puede asumirse si ya se ha despertado en estos sujetos una intuición mínima de las ideas que se desarrollan bajo el paraguas conceptual del propio decrecimiento. Si se tiene en cuenta que este discurso no apela a un sujeto, sino que funciona, más bien, como paradigma, podría afirmarse que el decrecimiento no es un movimiento social, al menos bajo un punto de vista laclauiano.

Por otro lado, podemos afirmar que el decrecimiento funciona precisamente como un elemento esencial en todo esto: como centro aglutinador de diversas demandas sociales, un eje sobre el que se erigen propuestas concretas, que puede llegar a estructurar el discurso de un cierto movimiento social. Tal es la tesis aquí sostenida: Fridays For Future Barcelona, como movimiento social, toma el decrecimiento como base estructuradora de su discurso.



Imagen 1. Pancarta exhibida el pasado viernes 27 de septiembre, durante la manifestación por el clima convocada por F4F Barcelona y apoyada por otros colectivos.

Autor: Marc Lozano.

F4F BCN y el decrecimiento

Esta tesis se puede comprobar mediante el análisis del contenido de los discursos públicos del grupo de portavoces y de los documentos elaborados para cada convocatoria de manifestación desde el movimiento. A continuación se muestran tres extractos de textos preparados para tres de las movilizaciones organizadas hasta la fecha, que dan cuenta de la íntima relación del grupo barcelonés con la propuesta teórico-práctica del decrecimiento, así como con el pensamiento ecologista de las últimas décadas.

Manifiesto del 15 de marzo de 2019 (primera manifestación por el clima)

Las generaciones en el poder están robando nuestro futuro. Nuestras sociedades se encuentran en una situación de emergencia colectiva a causa de las crecientes extinciones, el colapso climático y otros daños socioambientales. Es urgente poner freno al crecimiento ilimitado en un planeta finito.

Manifiesto del 24 de mayo de 2019 (tercera manifestación por el clima)

Hemos llegado a un punto de no retorno y es necesario señalar la raíz del problema: nuestro sistema productivo y consumista, que prefiere el beneficio económico a la salvaguarda de la vida. La lógica del crecimiento y del progreso ilimitado ha llevado a nuestra biosfera a un punto crítico. [...] Instituciones como el BCE o el FMI, ligadas estrechamente a la Unión Europea, representan este sistema que provoca miseria y muerte alrededor del mundo, especialmente en el Sur global. [...] se expolia gran parte del continente africano, entre otras muchas regiones que también sufren estos robos; y todo para mantener unas comodidades en el Norte que tiñen de banalidades nuestra vida.¹

1. El documento original está en catalán. La traducción es propia.

Discurso del 27 de septiembre de 2019 (cuarta manifestación por el clima)

La lógica del crecimiento económico ilimitado, en un planeta finito, ha llevado a la vida al borde del abismo: aire, mar y tierra están contaminados y los recursos naturales, sobreexplotados. [...] Vivimos socavando las bases materiales que nos permiten estar vivas y vivos. Esto es transversal y, por ello, la solución justa y real tiene la capacidad de brindarnos verdaderos horizontes de emancipación social.

Son tiempos de urgente revolución por la vida. Luchar por la justicia climática significa apoyar la lucha indígena contra la criminal deforestación extractivista del Gobierno de Bolsonaro, que nos está arrebatando los pulmones del planeta en pos del crecimiento económico.

Es luchar contra el fascismo neocolonial que cruza fronteras para arrebatarnos los recursos del Sur, pero levanta muros dejando miles de muertes inocentes a su paso.

Significa rechazar profusamente el racismo y la aporofobia estructural que criminalizan y persiguen, también en nuestras propias ciudades. Significa rechazar la violencia contra los manteros y de todos aquellos despojados de una vida digna y legal. Es dejar de votar a gente como Trump y Salvini...

Luchar por la justicia climática es gritar alto y fuerte que las personas tienen derecho a amar y a definirse como quieran, libremente, porque compartimos el origen del problema.

Luchar por la justicia climática es actuar reconociendo que vivimos subordinadas a la naturaleza, que somos cuerpos que dependen de otros cuerpos y, finalmente, que no todas somos igual de vulnerables a los efectos de la crisis ecológica: personas po-

bres, personas del Sur y de los países del mediterráneo, niños y niñas, y las mujeres.

Con su exigencia de justicia climática y su crítica al crecimiento, el decrecimiento, sin ser exigido explícitamente, acaba siendo el espacio de reflexión previo y la propuesta de actuación desde el movimiento, y por lo tanto también deviene demanda. Sin embargo, con ella se dan la mano otras muchas demandas sociales que se amparan en marcos de justicia e igualdad, como las luchas antirracista, feminista y decolonial, entre otras. La presencia de otras luchas en el discurso del movimiento deja entrever la intención de transversalidad del grupo; una voluntad compartida también por el decrecimiento.

Además de esto, dentro de la propia organización de Fridays For Future Barcelona existe una comisión específica que se encarga de preparar manifiestos, ruedas de prensa, discursos y hasta un compendio de vocabulario compartido. Este último es un documento que pretende definir colectivamente conceptos usados a menudo en el discurso ecologista: *colapso, emergencia, crisis climática, crisis ecológica, sociedad del crecimiento, sostenibilidad, desarrollo sostenible...* incluso el propio concepto de *decrecimiento*, punto de partida desde el que se piensa la definición de los demás. Así, se da un proceso constante en el cual las líneas discursivas comunes de los sujetos en lucha elaboran, casi literalmente, significantes compartidos, al tiempo que estos acaban coproduciéndolos como sujetos políticos.

A esta cuestión puede añadirse que el grupo barcelonés sí ha encontrado un *nosotros* claro al que hace reiterada referencia: las «generaciones sin futuro»; así como un *ellos* también muy definido: las «generaciones en el poder». Esta identidad es fácil de delimitar, lo que precisamente facilita la identificación de los potenciales sujetos políticos con el movimiento social, como apunta la teoría laclauiana. Tal vez por ello el grupo ha conseguido reavivar las demandas del pensamiento ecologista en general, llevarlo fuera de sus propios muros y ponerlo otra vez en el de-

bate público. Esto, como es evidente, no habría sido posible sin la base conceptual que todo el pensamiento ecologista de las últimas décadas ha venido desarrollando, ni sin las experiencias de otras luchas de las que tanto ha aprendido este grupo.

Para continuar transitando

Pese a que es necesario seguir observando la línea discursiva de F4F Barcelona, puede entenderse que esta, en buena medida, está influenciada por las tesis y propuestas decrecentistas, de forma que el movimiento encuentra en el decrecimiento el eje estructurador de las demandas que pretende abarcar. Aun así, es cuestionable que la gran mayoría de las personas seguidoras del movimiento conozcan tal propuesta, o incluso que compartan el claro rechazo hacia el sistema capitalista, tan criticado en los manifiestos del grupo barcelonés. Como movimiento social, F4F Barcelona puede (y debería) aprovechar la atención que actualmente está recibiendo para servir de puente entre las propuestas decrecentistas, tanto teóricas como prácticas, e intentar conseguir ese tan aclamado tránsito a una sociedad más justa y sostenible. ▀

Referencias

- D'Alisa, G., F. Demaria y G. Kallis (eds.), 2014. *Decrecimiento: vocabulario para una nueva era*. Barcelona, Icaria.
- Laclau, E., 2005. *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Entrevistas

Despatriarcalizar el ecologismo y ecologizar el feminismo. Entrevista a la Comisión de Ecofeminismos de Ecologistas en Acción-Madrid

Marién González Hidalgo

Entrevista a Ecologistas en Acción. Veinte años de ecologismo social y ecología política

Iñaki Bárcena Hinojal y Andere Ormazabal Gastón

Ecologismo en Indonesia ¿auge o crisis? Entrevista a Sara Mingorría y Irene Iniesta

Joan Martínez Alier



Despatriarcalizar el ecologismo y ecologizar el feminismo. Entrevista a la Comisión de Ecofeminismos de Ecologistas en Acción-Madrid

Marién González Hidalgo*

Palabras clave: ecofeminismo, activismo, patriarcado

Keywords: ecofeminism, activism, patriarchy

Con una trayectoria de más de diez años, aunque con periodos más altos y más bajos, en la actualidad la Comisión de Ecofeminismos de Ecologistas en Acción (EA) de Madrid se compone de unas diez personas que participan de manera activa y estable en las actividades de la comisión, aunque el grupo de apoyo para eventos concretos es mayor. Realizamos esta entrevista de manera colectiva una tarde de viernes en Lavapiés, con seis de sus participantes.

El pasado mes de septiembre participamos de las III Jornadas Ecofeministas en Chinchón (Madrid),¹ organizadas por vosotras y por el colectivo Somos Garaldea. Cada año las jornadas suscitan más interés, y este último se llegaron a inscribir trescientas personas. ¿Creéis que hay un auge de los ecofeminismos? Y, si es así, ¿a qué creéis que se debe?

Incluso a nosotras a veces nos sorprende la capacidad de llamada que tiene la palabra *ecofeminismo*, aunque mucha gente quizá no sepa muy bien exactamente qué es... Pero parece que el término aún a dos preocupaciones, o dos rabias, y nos da la posibilidad de analizar, resolver o enfrentarnos a la vez a la destrucción de la Tierra y al patriarcado. Frente a la complejidad de la situación actual, y de las demandas del ecologismo social, nuestros mantras «colocar la vida

* Investigadora posdoctoral de la Swedish University of Agricultural Sciences. *E-mail:* marien.gonzalez.hidalgo@slu.se.

1. <https://www.ecologistasenaccion.org/evento/chinchon-iii-jornadas-ecofeministas/>.



Imagen 1. Mesa redonda en torno a la agroecología y el especismo en las III Jornadas Ecofeministas. Fuente: Ecologistas en Acción.

en el centro», «somos interdependientes» y «somos ecodependientes» cada vez resuenan en más personas.

El movimiento feminista está creciendo desde hace años, y recientemente también la preocupación por la Tierra y los cuerpos-territorios. Muchas luchas y movimientos en territorios más allá de Europa, por ejemplo en Abya Yala,² aunque en ocasiones no se autodenominen feministas, ejercen resistencias tanto discursivas como en acciones contra el despojo, los extractivismos y las políticas de muerte de las culturas, las formas de subsistencia, las cosmologías ancestrales y todas las vidas asociadas a estos territorios, para obtener recursos y beneficios sobre todo para el Norte global. Por otro lado, en estas latitudes también muchas de las movilizaciones feministas están conectadas con el territorio y con la preservación de la naturaleza, porque se sienten

parte de ella. Estos movimientos nos ayudan e inspiran a nosotras para entender y poder transmitir que el ecofeminismo implica mucho más que la suma de dos corrientes: es entendernos como parte de la naturaleza, conectarnos con lo que nos rodea, con otros seres, con los ritmos de la tierra, cosas que aquí en Occidente aún no hemos terminado de comprender. Aunque parece que ahora las generaciones más jóvenes viven y sienten esto de manera más clara y sencilla que las mayores.

No sabemos si es un auge; da miedo cuando algunas de estas cosas parece que se ponen «de moda». Pero lo cierto es que los ecofeminismos traen propuestas de lo académico, lo práctico, la educación y el activismo (donde nos encontramos muchas de nosotras), y hacen propuestas en positivo más allá de las lecturas desoladoras en clave ambiental y de género.

2. Nombre que el pueblo indígena kuna daba a los territorios que se conocen hoy como América Latina antes de la conquista.

Anteriormente, los colectivos feministas mostraron cierta reticencia en abrazar el ecofeminismo, quizá por entenderlo en su formato más esencialista. ¿Creéis que esta tensión se ha desdibujado? ¿Podríais describir cómo definís o practicáis los ecofeminismos en la comisión?

Sí, durante un tiempo ser ecofeminista fue bastante duro. Allá donde íbamos nos miraban con sospecha, pensaban que éramos unas defensoras de la espiritualidad y la maternidad como destino universal de las mujeres. A nosotras mismas, cuando tuvimos los primeros contactos con los textos de, por ejemplo, Vandana Shiva, por un lado nos parecieron maravillosos, pero también vimos que reflejaban unas realidades muy alejadas a la nuestra y que podían representar ciertas visiones, por ejemplo sobre el carácter complementario de los géneros, con las que no estábamos de acuerdo. Pero es necesario entender de dónde vienen esas ideas, de dónde se alimentan, qué respuestas traen, para aceptar que sí podemos aprender de ellas, aunque no reflejen nuestra situación actual. En todo caso, en los últimos tiempos ha habido una apertura. Hay más ecofeminismos.

Desde la perspectiva del mundo de las ideas, y de esa lucha por ser consideradas ciudadanas en pie de igualdad con los hombres, las imágenes de la espiritualidad o más emocionales generaron la preocupación de que, una vez más, se nos vinculase con la naturaleza: se entendía el ecofeminismo como una valoración de la maternidad y de la espiritualidad. Y en este contexto (en Madrid, por ejemplo), en que la crianza no se lleva a cabo en comunidad, sino que son las mujeres las que se ocupan de ella en situación de soledad y precariedad, y en que se asimila espiritualidad con religión, machismo y despolitización, las miradas chocaban. Por eso necesitamos resignificar muchas palabras y conceptos y explicarlos muy bien, porque el error ha sido no plantearnos que el camino de regreso a la naturaleza no solo es

para las mujeres, sino para todas y todos. En todo caso, a nivel teórico podemos ser muy puristas, y después, a pie de calle o de bosque, te das la mano con gente que, por sus ideas, considerábamos muy distantes.

Desde un enfoque práctico, aunque creemos en la historia y la cultura como herramientas que nos construyen y nos pueden deconstruir, también entendemos que quizá cada miembro de la comisión puede representar enfoques diferentes. ¿Por qué tenemos que encajar todas en el mismo, y solo en uno? En este marco del constructivismo, diríamos que practicamos el ecofeminismo que podemos, el que nos permiten nuestra formación, nuestras ideas y maneras de relacionarnos con la tierra y con los recursos, mientras día a día nos esforzamos por entendernos como parte de la naturaleza y ser coherentes con ello. En cada territorio tendrá sentido practicar el tipo de ecofeminismo que sea más efectivo; no hay una línea, deben ser las necesidades y acciones de cada territorio y comunidad las que lo definan en la práctica, de manera que estemos abiertas a entendernos y a compartir sentires, saberes y valores, y así ver qué otras sinergias podemos generar para que las mujeres y personas que se sientan mujeres, así como los hombres *cis*, puedan participar activamente en esto.

Uno de los ejemplos más claros de los actuales puntos de encuentro entre ecofeminismo y feminismos es que, desde hace dos años y medio, la movilización anual del 8 de marzo en Madrid tiene una pata ecofeminista. Esto ayuda a entender por qué ese día también hay que hacer una huelga de consumo con el fin de visibilizar que el sistema productivo arrasa cada día con las condiciones materiales de la vida. Otro ejemplo: en septiembre de este año lanzamos una convocatoria para una pequeña reunión con gente que quisiera trabajar el tema de la crisis climática desde una perspectiva feminista, y nos encontramos con que ochenta personas abarrotaron la sala. Esto señala que había una preocupación, pero faltaba ver cómo articularla. Ahora mismo es un momento muy bonito, en que el ecofeminismo

se está consolidando. Lo vimos, por ejemplo, en una de las sentadas de los Fridays for Future de septiembre, cuando los y las estudiantes gritaban y repetían «eco eco ecofeminista», ¡con la vivencia de identificarse con ese nombre!

Pero puede haber personas o colectivos ecologistas que crean que hablar de feminismo no es lo más urgente ante la crisis ecológica. ¿Cómo hacéis para incluir la perspectiva feminista de manera transversal en las acciones de EA?

Más allá de EA, nos damos cuenta de que dentro del movimiento ecologista hay muchas personas que no han integrado el feminismo en su día a

invisibilizadas. Somos conscientes de que a veces esto pasa porque estamos todas muy ocupadas con una determinada cuestión, ya que el cambio global implica muchas cuestiones que necesitamos abordar con inmediatez, y entonces trabajar el tema del feminismo, si no lo tienes integrado, implica un sobreesfuerzo. Mucha gente no se autoexamina en su día a día para ver qué cosas debe mejorar no solo frente al cambio climático, sino en lo referido a otras personas que quedan subordinadas por la forma de organizarnos, no solo mujeres, sino también personas racializadas, no binarias, etc.

Una de las formas prácticas que proponemos en la comisión para trabajar esto es el *patriarcaltest*,³ que nació de una propuesta de las mujeres



Imagen 2. Bicipiquete organizado por la comisión en Madrid el pasado 8 de marzo de 2019. Autor: Alejandro Navarro. Fuente: eldiario.es.

día. Lo percibimos, por ejemplo, en las reuniones, en que los tiempos discursivos tienden a ser más usados por los hombres, o cuando los trabajos de cuidados —incluidos los afectivos— caen mayoritariamente en las mujeres de un colectivo, o a la hora de dar charlas, en que los principales referentes suelen ser hombres *cis* y, aunque haya muchas mujeres con experiencia, tienden a ser

del grupo de Sevilla, hartas de que en grupos ecologistas participaran machirulos, y de que eso no se considerara un problema. Ellas recurrieron al humor y prepararon unas preguntas en las que planteaban el machismo como una enfermedad;

3. <https://www.ecologistasenaccion.org/10555/patriarcaltest-una-herramienta-colectiva-para-las-dolencias-de-genero/>.

así crearon una herramienta de diagnóstico divertida. En el grupo de Madrid complementamos las frases, y el proceso fue muy ameno, ¡el lenguaje del humor es muy poderoso! También se presentó en una asamblea confederal de EA, y así se construyó una herramienta para detectar actitudes jerárquicas entre hombres y mujeres. Se ha utilizado en varios espacios tanto en EA como en otros colectivos y ha servido para visibilizar prácticas que suelen quedar escondidas, y poder debatirlas entre todas.

¿Cuáles son los principales retos que encontráis en la actualidad tanto a nivel interno como externo en la lucha para poner la vida en el centro?; ¿y cuáles son los éxitos?

Tenemos muchísimos retos, retos constantes para transmitir el mensaje del feminismo, el ecologismo y el ecofeminismo en el día a día y para hacerlo de manera que el pesimismo no nos pueda. Vamos tarde, porque ya hay muchas poblaciones afectadas, tanto de nuestra especie como de otras. Pero, si además tenemos una posición negativa con respecto a las posibles soluciones, no cambiaremos nada. Intentamos transmitir el mensaje de la manera más realista posible para que la gente actúe, con visiones transformadoras, no solo con la crítica sino también con la acción, para ser «gente pequeña que hace cosas pequeñas y que puede cambiar el mundo». Buscamos también transmitir con la emoción, porque con ella se llega mucho más al corazón, que es de donde salen los impulsos. Y necesitamos un gran impulso para cambiar esto.

A nivel más concreto, como grupo urbano, a veces tenemos el reto o las ganas de hacer cosas que se toquen con las manos. Nos damos cuenta de que nuestro espacio y nuestro campo de influencia están en la visión del pensamiento y del mundo, porque consideramos que una mirada diferente puede ir de la mano de una forma distinta de relacionarse con el mundo. Y ahí el trabajo es construir una cultura que vaya permeando. Lo hacemos en bicicleta, en

las jornadas, en talleres, en charlas, en artículos. Nuestro bosque es el pensamiento; ese es nuestro territorio de conquista.

Otro de nuestros retos es, como probablemente lo sea para muchos grupos activistas, aceptar que somos seres limitados. Porque hay tanto por hacer que a veces nos apuntamos a más cosas de las que podemos. Entendemos el ecofeminismo y el activismo como un compromiso con una causa mayor que nos da una fuerza buena para el mundo y para nosotras, pero también debemos aceptar la diversidad de implicaciones y tiempos en un grupo como el nuestro, en el que muchas cosas se plantean como urgentes.

Entre estos retos constantes, celebramos varios pequeños grandes éxitos, y cada vez conocemos más personas que están en esto. Nuestros primeros triunfos fueron los *bicipiquetes*, que han ayudado a muchas mujeres a atreverse a ir en bici por la jungla del tráfico de Madrid, como forma de transporte y también de empoderamiento. Las jornadas de cada año también son pequeños éxitos tanto hacia afuera, por la confluencia de personas, como para nosotras, ya que nos atrevemos a ir más allá de pensamientos o ideas concretos, y a ampliar la mirada hacia ámbitos en los que nos falta posicionarnos o reflexionar. Por ejemplo, este año, gracias a los debates en torno al antiespecismo y a la ganadería extensiva, al feminismo gitano o a las miradas decoloniales en Abya Yala, hemos aprendido mucho, y seguimos. ▀

Entrevista a Ecologistas en Acción. Veinte años de ecologismo social y ecología política

Iñaki Bárcena Hinojal* y Andere Ormazabal Gastón**

Palabras clave: Ecologismo social, confederación, ecofeminismo, alianza climática

Keywords: Social ecology, confederation, ecofeminism, climate alliances

A los editores y editoras de este número nos pareció interesante entrevistar a activistas de Ecologistas en Acción para intentar hacer un balance de los veinte años de andadura de esta organización ecologista singular. Con este fin, conversamos con Quim Pérez de Cataluña, Carlos Alonso de Euskal Herria, Lola Yllescas de Andalucía y Yayo Herrero de Madrid.

* Catedrático de Ciencia Política en UPV-EHU. Investigador del grupo EKOPOL. Activista de EKOLOGISTAK MARTHAN. Colaboradora en el proyecto TRADENER.
E-mail: inaki.barcena@ehu.eus

** Profesora de Ciencia Política en la UPV-EHU. Investigadora del grupo PARTE HARTUZ. Parte de JOSEMI ZUMALABE FUNDAZIOA. *E-mail:* andere.ormazabal@ehu.eus.

En los veinte años de recorrido desde su nacimiento en 1999 de la Confederación de Ecologistas en Acción, ¿cuáles son los aspectos positivos y cuáles los retos y ausencias que remarcaríais? ¿Se acierta en el modelo de organización ecologista a construir? ¿Cuáles son las luces y sombras de estas dos décadas de trabajo en común?

Lola: Como aspecto positivo, destaco su doble organización: territorial y temática. Desde un principio se diseñó una organización territorial sobre la base de grupos locales coordinados en federaciones provinciales, y estas en federaciones territoriales o autonómicas. Por ejemplo, el grupo de El Puerto Santa María se coordina con otros en la Federación Provincial Gaditana; esta, en la Federación Andaluza, que, a su vez, participa en la Confederación Estatal de Ecologistas en Acción (EeA). Pero también se diseñó una organización por áreas de trabajo, en las que participan personas de cualquier grupo o territorio, como las áreas de urbanismo, conservación de la naturaleza, energía, etc.



Imagen 1: contraportada de la revista «El Ecologista» en su veinte aniversario.

Fuente: <https://www.ecologistasenaccion.org/>

Esta doble estructura organizativa ha resultado magnífica: nos permite estar anclados en el territorio y, a la vez, conectados por temas y asuntos comunes y transversales.

La sombra de este modelo creo que radica en la falta de equilibrio o proporcionalidad entre los distintos territorios del Estado; así vemos que la Federación Andaluza siempre fue numerosa y organizada, pero en territorios como el de Galicia se acaban de formar los dos primeros grupos este año. Cada persona de EeA trabaja en su territorio de manera autónoma, coordinada con integrantes de otros grupos cuando lo necesita, pero también puede implicarse en las temáticas que más le interesen o preocupen.

Quim: A mi entender, el balance de estos veinte años de Ecologistas en Acción es realmente positivo. Hemos conseguido tejer un espacio que vincula a centenares de grupos por todas las

cuenas hidrográficas de la Península y de la mayor parte de las islas, y crear así una herramienta enormemente útil y fundamental para extender el ecologismo social por todos los rincones, incluso más allá del Estado. Hay que destacar la gran versatilidad que requiere crear un discurso y una acción propios y a la vez interactuar con organizaciones y movimientos sociales muy diversos preocupados por la justicia social y ambiental.

Sin duda, no es nada fácil compatibilizar una gran actividad de creación de discurso temático y transversal, de comunicación interna y externa, de incidencia en aspectos clave muy generales, mientras se actúa en centenares de casos particulares muy concretos y singulares. Ecologistas en Acción, con sus limitaciones y errores, lo está consiguiendo. El gran reto, para mí, es perseverar y mejorar. No va a ser nada fácil, pero estamos obligados ante este futuro próximo tan preocupante.

¿Ha funcionado este modelo confederal? ¿Dónde residen sus fortalezas y sus debilidades? ¿Cuáles han sido, a vuestro juicio, los conflictos más importantes y cómo se han resuelto?

Lola: Creo que este modelo ha funcionado aceptablemente y es el que se mantiene sin cuestionamientos importantes. A pesar de que cada Federación es soberana en sus decisiones, no ha habido conflictos importantes entre territorios y las áreas han ido funcionando, aunque con fluctuaciones inevitablemente relacionadas con las personas implicadas en ellas.

Esto no quiere decir que seamos una organización políticamente monolítica. Muy al contrario. Pero generalmente hemos cumplido con el acuerdo que alcanzamos sobre nuestra independencia de los partidos políticos y ninguna persona con responsabilidades en EeA las ha tenido también en ningún partido.

Las divergencias o los problemas internos más importantes, en mi opinión, están relacionados

con la interpretación de la organización del Estado, claramente con los movimientos e ideas independentistas o soberanistas. Pero estas diferencias se han ido resolviendo y se ha evitado el pronunciamiento y la significación de EeA sobre los temas citados, aunque hay que reconocer que algún debate nos ha llevado al alejamiento de activistas de la organización.

Quim: Estoy convencido de que el modelo confederal es adecuado. Permite pensar, decidir y actuar a escala internacional, estatal, nacional, autonómica y local, y respetar a la vez al máximo la proximidad. Creo que funciona. Lo estamos haciendo bien. Percibo que todas las personas de EeA, actuemos en el ámbito que actuemos, lo damos todo para que salga bien y mejorar. No es nada fácil; toda mi admiración a todas mis compañeras y compañeros. ¡Felicidades! Y sí, sería absurdo no pensar que cometemos muchos errores, pero solo quien actúa se equivoca, y no paramos de actuar, siempre con el máximo rigor en múltiples escalas. Podemos mejorar; mejor dicho, estoy seguro de que vamos a mejorar mucho durante los próximos veinte años. Estoy convencido de ello. Por una sencilla razón: la juventud, que se está implicando más, lo va a hacer aún mejor. Está muy preparada, motivada, sabe escuchar y tomar las mejores decisiones. Lo va a hacer mejor, seguro.

La verdad es que no detecto graves conflictos. Muchos menos de los que podrían existir en una confederación de las dimensiones de Ecologistas en Acción, dada su gran pluralidad, sus numerosas formas de hacer y de ser, las diferencias de carácter, de edad, de prioridades y de enfoques dentro del mismo ecologismo social que nos une. La verdad es que tenemos que estar muy satisfechos. Solo hay que pensar en cómo ir mejorando.

¿Cómo valoráis las relaciones con el resto de las organizaciones y campañas ecologistas y con los otros tipos de ecologismo diferentes al ecosocial?

Lola: Creo que las relaciones con las otras organizaciones ecologistas son buenas; conocemos y aceptamos lo que nos une y lo que nos diferencia. Coloquialmente llamamos G5 a la reunión de las cinco grandes organizaciones ecologistas españolas; el G5 nos es útil y funciona para mostrarnos ante los poderes públicos, los medios e incluso ante otras organizaciones; frente a los poderes económicos la coordinación no siempre es posible.

Carlos: Me parece que las relaciones, en general, son positivas. A nivel estatal, me da la sensación de que la consolidación de Ecologistas en Acción como el principal (yo diría el único) referente del ecologismo social y global de ese ámbito territorial ha facilitado la relación, la coordinación y el trabajo conjunto con otras organizaciones a través del G5.

Por otra parte, la estructura abierta y confederal facilita establecer relaciones muy variadas con otras organizaciones de distinto ámbito territorial, desde grupos o coordinadoras de carácter nacional o autonómico hasta pequeños grupos locales que siguen activos en el variopinto mundillo del ecologismo. Incluyo las relaciones con plataformas vecinales —en muchas de las cuales participamos de forma activa— contra proyectos concretos, ya sean de ámbito local —refinerías, incineradoras, térmicas, proyectos mineros...— o de mayor alcance territorial —macrogranjas, redes de alta tensión, ríos, etc—. Creo que la existencia y el trabajo de Ecologistas en Acción muchas veces han contribuido a facilitar el conocimiento y el intercambio entre plataformas y coordinadoras que se enfrentan a proyectos iguales o similares.

La Ecomarcha, por ejemplo, es una buena muestra y un termómetro de ese mosaico y esa riqueza de relaciones, sin las cuales la propia Ecomarcha tendría poco sentido. Me da la sensación de que es uno de los mejores intentos de entretejer redes y articular lo local con lo global.

En Euskal Herria, la lucha contra el tren de alta velocidad ha sido el espacio donde mejor se han

reflejado esas relaciones con otros grupos y plataformas. Abundan los ejemplos en otras luchas puntuales: centrales térmicas, el puerto exterior de Pasaia, las incineradoras de Zabalgardi y Zubietta, etc. Aunque también es cierto que desaparecieron otros espacios de relación y debate más estables como los encuentros ecologistas o la campaña «Haz algo por la ecología» de Erreka. Lo que sí creo destacable es la superación de viejas sensaciones y actitudes como la competitividad entre grupos, la adoración de la sigla propia e incluso, a veces, la división casi fratricida entre grupos ecologistas.

Quim: Del admirado Ramón Fernández Durán, tenemos que aprender mucho. Si hay algo de sus pensamientos que destaco y comparto al cien por cien, es su hincapié en resaltar la importancia de construir redes. Estas son fundamentales para resistir, incidir y alcanzar así los cambios deseados. Tenemos que relacionarnos y entendernos con cuantas más organizaciones y personas mejor. Evidentemente, corremos el riesgo de ceder en nuestros posicionamientos, pero pienso que no es nada habitual. Las propuestas que hemos creado (o, aún mejor, elaborado de raíz con otros colectivos) son aceptadas por otros grupos e incorporadas a sus propios idearios en muy gran medida. Se puede constatar que cada vez un mayor número de organizaciones de perfil muy variado se unen para elaborar colectivamente nuevos postulados por un mundo mejor y más justo. Siempre he pensado que los retos en apariencia inalcanzables tienen muchas posibilidades de realizarse cuando conseguimos sumar organizaciones más allá de las que a mí me gusta considerar como «hermanas». En Cataluña, por ejemplo, por su rigor, activismo y capacidad de incidencia, destaco, aun con riesgo a dejarme alguna, Ingeniería sense Fronteres, Observatori del Deute en la Globalització, Entrepobles, Observatori dels Drets Humans, Federació d'Associacions de Veïns i Veïnes de Barcelona... De la mano de ellas, y de algunas otras, ayudamos a numerosos movimientos a beber del ecologismo social.

Valoremos ahora las relaciones de Ecologistas en Acción con las instituciones políticas, los partidos, los sindicatos y con el resto de los movimientos sociales (feminismo, solidaridad internacional, antirracismo). ¿Qué balance hacéis de estas relaciones?

Lola: Las relaciones de EeA con los partidos políticos son inexistentes; lógicamente esto no impide que las personas de la organización podamos pertenecer a determinados partidos, votarlos o sentir simpatías por ellos. Lo que sí hacemos es pronunciarnos en nuestras peticiones y exigencias a los partidos, tanto en el ámbito local como en el autonómico y estatal. Con los sindicatos tradicionales, casi no nos relacionamos. Por el contrario, nuestras relaciones con otros movimientos sociales son amplias, intensas y continuas. Muchas personas de EeA militan en otros movimientos y la organización de EeA participa en muy diversas plataformas y movimientos en todos los ámbitos y lugares.

Carlos: En Euskal Herria, la relación con otros movimientos sociales alternativos que luchan por un mundo mejor ha sido siempre muy estrecha y fluida. En particular, con los movimientos feminista, antimilitarista y de solidaridad internacional. Hemos compartido luchas, espacios ideológicos y hasta físicos. Y eso desde los tiempos de los comités antinucleares, embriones primarios del movimiento ecologista. Ese impulso de compartir continúa hoy, aunque quizás mediatizado por el reflujo del propio activismo social, con excepción de la pujanza más reciente del feminismo.

Respecto a las instituciones, cada vez soy más escéptico y me siento más desilusionado. Sigo observando mucha palabrería, poco compromiso y escasísima acción positiva. Parece haber una mayor apertura a la participación, que coincide con un discurso generalizado de consenso y corresponsabilidad con el medio ambiente. Sin embargo, siguen siendo muy precarios y limi-

tados los cauces abiertos, demasiado formales y con escasas posibilidades de convertirse en verdaderos foros de debate. Por no hablar de la nula capacidad de participar activamente en la toma de decisiones sobre proyectos concretos, que se aprueban en otros foros (políticos, económicos o empresariales) antes de plantearse a debate.

Ahora te toca a ti, Yayo. ¿Cómo valoras el ecofeminismo como nueva expresión de ecologismo político y social? ¿Cuál es el rol del feminismo en el activismo ambiental y cuáles las relaciones entre feminismo, ecologismo y animalismo?

Yayo: Los ecofeminismos enriquecen y dan mayor potencia al movimiento ecologista. En los últimos años, esta corriente de pensamiento se ha ido introduciendo con mucha fuerza. Por una parte, dentro del movimiento ecologista ha desencadenado la incorporación de mujeres jóvenes —y no solo de mujeres— que ya no pueden concebir ambos movimientos por separado. Pero, por otro lado, las miradas de los ecofeminismos anticapitalistas están impregnando los análisis y las prácticas de muchos otros movimientos sociales: de solidaridad con personas migrantes y refugiadas, luchas urbanas por el derecho a la ciudad, luchas agroecológicas en el campo y en la ciudad, movimientos de cristianos de base, algunas actividades sindicales, etc.

Los ecofeminismos han permeado los feminismos. Tienen una presencia importante en la agenda feminista. Igualmente, están influyendo en el movimiento ecologista y, aunque todavía habrá que vencer resistencias, sobre todo de las personas mayores, especialmente de los hombres, creo que va entrando de forma imparable. Esta influencia impugna las formas de relación tradicionales dentro de los movimientos y empuja para crear organizaciones que se preocupan por la forma de establecer los vínculos, por la mediación y la resolución de los conflictos, por los liderazgos colectivos, etc. Son cuestiones básicas, si queremos que los movimientos duren.

Esta relación con otros movimientos está provocando que los propios ecofeminismos se tengan que repensar a sí mismos. Yo me he sentido muy interpelada por las luchas de las feministas afrodescendientes, las gitanas y las personas trans. Me han obligado a revisar mis propios privilegios, tan instalados que ya ni los veía.

También son importantes el auge y el crecimiento de los movimientos antiespecistas, mayoritariamente integrados por mujeres. Las relaciones entre animalismo y ecologismos no han sido —no son— armónicas. Los ecofeminismos pueden ayudar a crear el puente. Como ecologista, durante mucho tiempo estuve distante del movimiento animalista. El ecofeminismo me ha ayudado a acercarme y ahora me siento ecologista y también antiespecista; no lo puedo separar. La lucha es por la reversión del dominio de algunos sectores de privilegio sobre todo lo vivo. Quiero que desaparezcan las fiestas y las alimentaciones basadas en el sufrimiento atroz de los animales, pero también las dietas que se sostienen sobre el sufrimiento brutal de otros pueblos y otros animales (me refiero a los consumos disparatados de aguacate, quinoa u otros productos que constituyen nuevos nichos de mercado). Esto implica pensar la alimentación políticamente, mirando todas las dimensiones.

Estos temas plantean nuevos retos conceptuales y políticos para la economía ecológica en la era de la globalización neoliberal. De forma breve y telegráfica, ¿cómo veis el retorno de los comunes frente a la eficiencia del mercado; la expropiación de saberes comunes en el sistema global; las estrategias de adaptación tecnocrática frente a alternativas radicales al extractivismo, o el decrecimiento económico y su compatibilidad con el modelo democrático actual?

Yayo: Con la biocapacidad del planeta translimitada desde los años ochenta, el declive de las

energías fósiles y de los minerales y el cambio climático, el decrecimiento de la esfera material de la economía no es un deseo o una propuesta política, sino un dato. Los estallidos recientes que estamos viviendo (en el Líbano, Irak, Francia, Chile, Ecuador, etc.) muestran un mundo en crisis estructural.

La clave es cómo se va a gestionar. Puede abordarse con la lógica actual, es decir, conduciendo a una polarización entre sectores privilegiados decrecientes que se blindan a través del poder económico, político y militar, o con la lógica de los comunes.

La gran tensión se plasma en la emergencia fuerte de neofascismos xenófobos, misóginos y antiecológicos —aunque no es descartable que aparezcan neofascismos que tengan un discurso «verde»—; la presencia de sectores de la socialdemocracia que mantienen un discurso progresista, pero políticas no tan distantes de las que defiende la ultraderecha, y la aparición de movimientos —aún débiles, pero claramente emergentes— que hacen de la justicia, la equidad, la democracia radical y la sostenibilidad de la vida el eje estructural de su propuesta. La organización política en torno a la defensa de los comunes es absolutamente clave.

**En los últimos años están
emergiendo nuevas formas
de activismo ecologista
(Fridays for Future, Extinction
Rebellion, alianzas climáticas...).**
**¿Cómo se sitúa EeA ante esta nueva
ola de movilizaciones?**

Carlos: Hay que contemplarlas con esperanza y una cierta ilusión. Pueden ser como el Mayo del 68, la Transición del franquismo, la campaña del 0,7 por ciento o el 15-M... el despertar de una nueva generación que se incorpora a las luchas sociales, en este caso a través del ecologismo. Pero habrá que ver el poso que van dejando.

Creo que nuestra actitud debe ser de apoyo e

incluso de participación activa. Pero sin ningún tipo de afán de dirigir ni de asumir un rol de vanguardia ideológica. Apoyo total con medios materiales, instrumentos, experiencias, etc. Pero sin «dar lecciones» ni tratar de vampirizar los movimientos. Ya irán encontrado su propio camino, que sin duda confluirá en gran medida con el nuestro.

Lola: Nos situamos entre la participación, la observación y el respeto; son nuevos activismos que nos motivan y que, en gran parte, acompañamos. ■

Ecologismo en Indonesia: ¿auge o crisis? Entrevista a Sara Mingorría e Irene Iniesta

Joan Martínez Alier*

Palabras clave: ecologismo popular, injusticia transicional, el acto de matar, extractivismo

Keywords: Popular Environmentalism, transitional injustice, the act of killing, extractivism

Indonesia es un país muy grande y con muchas diferencias entre sus regiones. ¿Puede hablarse de un solo movimiento ambientalista? ¿Cuál es el rol de Walhi? Los conozco por ser miembros de Amigos de la Tierra Internacional desde hace muchos años. El Foro de Indonesia para el Medio Ambiente (Wahana Lingkungan Hidup Indonesia) se fundó en 1980 y se adhirió a Friends of the Earth International (FoEI) en 1989

Sí, Indonesia es muy grande, pero además es un país muy complejo desde el punto de vista geográfico, político y cultural. Está formado

por 13.466 islas (922 no habitadas) con más de doscientos cincuenta millones de personas y trescientos grupos étnicos; más de la mitad de la población se concentra en la isla de Java. Desde 1999 es un país descentralizado, conformado por treinta y cuatro provincias (ocho de ellas creadas en 2000 y una en 2001), cinco de ellas con un «estatus especial». En cuanto a la religión, solo se reconocen seis (islam, cristianismo protestante y católico, hinduismo, budismo y confucianismo) de las 245 existentes. Estas características hacen muy difícil que exista un único movimiento de justicia ambiental. Según lo que vimos durante diversas estancias y en las entrevistas realizadas, hay muchos movimientos por la justicia ambiental repartidos en todas las islas. El rol de Walhi es dar apoyo a estos movimientos y promover una coordinación nacional; por ejemplo; coordinar las luchas en contra de los nuevos proyectos de islas artificiales o conectar las luchas urbanas en contra de la contaminación del aire con las rurales en contra de la extracción y las centrales térmicas de carbón.

Walhi es la organización ecologista más antigua, y además es reconocida y legitimada por los movimientos. Une a más de cuatrocientas cincuenta ONG de Indonesia, con oficinas independientes y de conformación local en veintisiete provincias.

* Institut de Ciència i Tecnologia Ambientals (ICTA), Universitat Autònoma de Barcelona.

E-mail: joanmartinezalier@gmail.com.

¿Walhi es un movimiento más bien conservacionista o representa el ecologismo popular e indígena?

Walhi aglutina muchos movimientos ecologistas populares; en ellos se incluyen grupos de indígenas, como los dayaks, que luchan para defender su territorio. Además, es una organización que da apoyo a estos movimientos locales trabajando a diferentes escalas, locales, provinciales y nacionales según cada caso. Existe una coordinadora nacional, pero cada región tiene sus propias oficinas y grupos de trabajo con cierta autonomía.

En cuanto al movimiento indígena, Indonesia no ratificó el convenio 169 de la Organización Nacional del Trabajo (OIT), ¿verdad? ¿Es este tema algo políticamente vivo?

Nosotras no entrevistamos a ninguna organización o movimiento puramente indígena. Pero nos hablaron de la Alianza de Pueblos Indígenas del Archipiélago (Aliansi Masyarakat Adat Nusantara, AMAN), que aglutina varias organizaciones, comunidades y activistas indígenas. En su página web,¹ explican las específicas luchas por los derechos indígenas y sus principales demandas, sobre todo en los años 1980-1990. Al parecer no fue hasta 2013 que se reconocieron los derechos de los pueblos indígenas en la Constitución de Indonesia. Según AMAN, el uso del término *indígena* ya es una forma de resistencia porque si no se los considera despectivamente tribales, habitantes de los bosques, comunidades «primitivas» o simplemente obstáculos al desarrollo.

Además, como hemos dicho, organizaciones ecologistas como Walhi dan apoyo a comunidades indígenas como la de los dayaks, así como la red de abogados sobre minería Jaringan Advokasi Tambang (JATAM) da apoyo directo a los karonsi² e dongi.

1. <http://www.aman.or.id>.

Cada isla y territorio tiene sus conflictos ambientales propios. ¿Podemos describirlos brevemente? ¿Quiénes son los actores a nivel popular? No siempre Walhi, ¿verdad? Debe haber otros actores, organizados o espontáneos, en conflictos tanto urbanos como rurales.

Sí, cada isla tiene sus propias problemáticas. En términos muy generales y considerando las islas más pobladas, podemos decir que en Java los principales conflictos tienen que ver con las centrales térmicas de carbón;² en Borneo y Célebes, con la extracción y el transporte de minerales y tierra y las plantaciones de palma;³ en Sumatra, con las hidroeléctricas y los monocultivos de palma y celulosa, especialmente violentos.⁴ En muchas de las islas pobladas cada vez son más los conflictos relacionados con la expansión de infraestructuras, islas artificiales y nuevos aeropuertos.⁵

No siempre está Walhi presente, pero sí en muchos casos, aunque sea sin el nombre de Walhi, ya que hay alguna organización nacida de Walhi (como JATAM). Por otro lado, cuando Walhi está presente, no es el único actor; en las movilizaciones más grandes se forman plataformas que aglutinan muchas organizaciones y actores (agricultores, pescadores, mujeres). Por ejemplo, en Salvar la Bahía de Yakarta (Save Jakarta Bay) están comprendidas otras redes, como Solidaridad de las Mujeres (Solidaritas Perempuan, SP), Unidad de Pescadores tradicionales de Indone-

2. EJAtlas, 2017. *Batang Coal Fired Power Plant, Central Java, Indonesia*.

3. EJAtlas, 2017. *IndoMet Project, Coal Mining in East and Central Kalimantan, Indonesia*. EJAtlas, 2017. *Bangun Nusa Mandiri Palm Oil Plantation in Jelai Hulu, Ketapang District, Indonesia*.

4. EJAtlas, 2018. *Batang Toru dam, North Sumatra, Indonesia*. EJAtlas, 2014. *PT PSA Oil Palm Plantation Conflict, Sumatra, Indonesia*.

5. EJAtlas, 2019. *Fisherfolk against Reclamations in Jakarta Bay, Indonesia*. EJAtlas, 2018. *Tolak Reklamasi Movement against Artificial Islands (Reclamation) Project, Bali, Indonesia*. EJAtlas, 2018. *New Yogyakarta International Airport (NYIA), Java, Indonesia*.

sia (Kesatuan Nelayan Tradisional Indonesia, KNTI) o ForBali, que aglutina grupos de distintos barrios de esta isla. Como en otros sitios del mundo, muchas veces no hay luchas puramente ambientalistas; se encabalgan con otras luchas sociales.

¿El debate sobre el extractivismo en América Latina ha llegado a Indonesia? ¿Debería llegar? ¿Cómo?

Creemos que el debate sobre el extractivismo sí ha llegado a Indonesia, pero con otros lenguajes. Sobre todo en relación con la economía y la producción energética basada en el carbón. Indonesia es el principal exportador de carbón del mundo y su extracción sigue creciendo exponencialmente desde la década de 1990. A escala nacional, varias organizaciones ecologistas están hablando de decrecimiento, entendido como cambio de modelo energético o búsqueda de alternativas diferentes a la economía basada en el carbón.

Las organizaciones ecologistas han dado la voz de alerta sobre la nueva propuesta de ley de minerales y carbón en la que el actual Gobierno concreta su interés en incrementar el uso de carbón como fuente de energía nacional, promover las actividades de explotación y definir políticas que aumenten el valor agregado del mineral.

Hay lugares en Indonesia donde lo ambiental y lo geopolítico están muy relacionados, como en Papúa Occidental, con el movimiento por la independencia y las persistentes protestas contra Free McMoran en Grasberg. La prensa ha vuelto a hablar bastante del tema en 2019. ¿Cuál es la situación actual y cuáles son las perspectivas de futuro?

El tema de Papúa Occidental ocuparía un artículo entero y haría falta una investigación en profundidad. Son casi cincuenta años de un movimiento independentista violentamente reprimido

en la región occidental de la isla de Nueva Guinea, territorio muy rico en recursos. Sabemos poco de lo que realmente está ocurriendo. El acceso a periodistas y académicos extranjeros está restringido, está limitada la comunicación y existen bloqueos a Internet.

La prensa ha hablado un poco de las protestas del pasado septiembre (2019) porque hubo al menos treinta muertos, pero siempre se ha puesto el foco en la violencia de las protestas, no en la agresión y la represión diaria que sufren tanto el movimiento independentista como la población más marginal y pobre. ¿Cuánta gente muere, es asesinada, allí cada día? ¿Por qué existe tanta censura? Un activista muy conocido en Indonesia, Dandhy Laksono, fue detenido por difundir imágenes y publicar dos tuits sobre los hechos de septiembre; se lo acusó de fomentar el odio. Dandhy es además el director del famoso documental *Sexy Killers*⁶ sobre los graves impactos de la industria del carbón y su relación con las políticas en Indonesia.

Y sí, la mina de Grasberg es internacionalmente muy conocida por ser la mayor mina de oro y la tercera de cobre en el mundo.⁷ Pero ¿qué otros casos habrá de los que no sabemos?

Como españolas las dos, seguramente os llama la atención un contexto paralelo: la falta de justicia transicional en Indonesia tras la matanza de 1965 y la llegada de la democracia «olvidadiza» al cabo de los años, con esos documentales que últimamente han circulado sobre esa matanza. ¿Cuál es vuestra impresión al respecto? ¿De qué información dispone la gente en Indonesia? ¿Es el miedo un factor que todavía impide protestas socioambientales más abiertas? ¿Cuál es el grado de libertad y de represión?

6. <https://www.youtube.com/watch?v=q1B7vg4I-To>.

7. EJAAtlas, 2014. *Amungme against Freeport-McMoRan, Indonesia*.

¡Uf, sí! Solo de escuchar la pregunta ya nos entra dolor de estómago. Es algo que nos preguntamos nosotras también. Es muy difícil de explicar desde un punto de vista humano, porque realmente

ni se avergüenzan, llevan una vida normal. Aquellos con quienes mínimamente pudimos hablar de esto nos comentaron que es un tema tabú. En las escuelas no se menciona. Toda la



Imagen 1: Manifestación del movimiento ForBali en contra del proyecto de islas artificiales en Bali. Diciembre 2017. Autora: Sara Mingorría.

supera a la ficción. Sobre todo llama la atención cómo se justifica y se interioriza la «necesidad» de asesinar a más de quinientas mil personas para limpiar de «comunistas» (reales o presuntos) el país por el bien de Indonesia. Los documentales *The Act of Killing* («El acto de matar», 2012) y *The Look of Silence* («La mirada del silencio», 2014), ambos dirigidos por Joshua Oppenheimer, son útiles para darse cuenta de que fue real y para ver la magnitud de la impunidad y del miedo y el cinismo que se vive en el país en relación con el tema. Es imposible mantener la mirada en la pantalla el tiempo que duran los vídeos; es imposible no cuestionarte dónde está la dignidad humana. En los documentales se ve cómo se celebran el genocidio y el asesinato; no hay remordimientos y los protagonistas (los asesinos) no se esconden

simbología, los libros, etc., relacionados con el comunismo están totalmente prohibidos. Pero, al mismo tiempo, se sigue celebrando el 30 de septiembre (G30S), día que se inició una purga masiva de comunistas, culpados de un intento de golpe de Estado (también fueron asesinados varios militares). Todavía no se tiene una sola versión de lo ocurrido, pero lo que sí se sabe es que fueron las propias fuerzas armadas de Indonesia quienes asesinaron a los militares como paso previo a la gran matanza.

Pareciera que han calculado cuánta memoria histórica borrar y cuánta dejar. Hoy en día se sigue criminalizando y asesinando para «evitar el comunismo». En 2018, el activista ambiental Heri Budiawan, que protestaba en contra de una

mina de oro en el este de Java,⁸ fue condenado a 10 meses de prisión por «difundir el comunismo». Son numerosos los asesinatos selectivos de líderes ecologistas, el más reciente, en septiembre de este mismo año 2019, fue el de Golfrid Siregar, miembro de Walhi en Sumatra Septentrional que luchaba en contra de una represa.⁹ Se ha demostrado que muchos de los asesinatos de luchadores contra las plantaciones de celulosa o palma de aceite en Sumatra estuvieron a cargo de paramilitares.¹⁰

Se dice que solo en lugares como Bali (con gran influencia turística) ForBali ha logrado grandes manifestaciones abiertas en contra de proyectos como las islas artificiales.¹¹ A pesar del miedo y la criminalización, han conseguido buscar estrategias de movilización vinculadas al arte y la cultura para evitar la confrontación. Han logrado transformar las movilizaciones en «atracciones turísticas». Todos comentan que ForBali es una gran excepción en Indonesia; es el primer gran movimiento después de la dictadura de Suharto (1967-1998).

Os doy las gracias de corazón por explicar esto. Volvamos al día a día. Kalimantan es una isla que exporta mucho carbón, ¿verdad? ¿También tiene un gran valor su biodiversidad? ¿Hay movimientos de *blockadia* respecto a los combustibles fósiles en Indonesia?

Sí, sobre todo en Kalimantan, que es donde se extrae la mayor cantidad de carbón. Allí es, además, donde habitan los conocidos orangutanes. Como decíamos, existen movimientos que intentan frenar la extracción de carbón en puntos concretos. JATAM es una de las organizaciones que se encarga de dar apoyo legal a estos movimientos.

8. El caso se está preparando en el EJAAtlas.

9. EJAAtlas, 2018. *Batang Toru dam, North Sumatra, Indonesia*.

10. EJAAtlas, 2014. *PT PSA Oil Palm Plantation Conflict, Sumatra, Indonesia*.

11. EJAAtlas, 2018. *Tolak Reklamasi Movement against Artificial Islands (Reclamation) Project, Bali, Indonesia*.

La quema de bosques y la expansión de la palma de aceite en muchos lugares de Indonesia ha sido un tema de la prensa en 2019 y desde hace años. ¿Cuál es la tendencia y cuáles son las resistencias?

Sí, los incendios en las islas de Sumatra y Borneo fueron noticia por los graves episodios ocurridos en 1997, 2015 y ahora también en 2019. Solo en 2015 se quemaron unos 2,6 millones de hectáreas, que es mucho más que el bosque certificado como sostenible que tenemos en todo el Estado español. En 2019 se detectaron dos mil novecientos focos. Estos incendios han sido noticia porque, a pesar de que hay incendios «naturales», estos cada vez son más intensos y devastadores. Por un lado, está afectando el cambio climático (temperaturas más altas y prolongadas en el tiempo) y, por otro, la expansión cada vez más acelerada de las plantaciones de palma y celulosa.

En la región en la que nosotras estuvimos (al oeste de Kalimantan, en la isla de Borneo), los incendios provocados por las plantaciones son muy graves porque lo que se está quemando son las reservas de carbono en las tierras superficiales. Las turbas son humedales que se desecan para sembrar palma y, al estar secos, se inflaman. Asimismo, organizaciones locales han comprobado que las concesiones de palma otorgadas a empresas transnacionales coinciden con los focos de los incendios. La prensa debería cubrir mejor este tema. El problema para la población no es solo (por si fuera poco) que se quemen sus bosques (sus medios de vida) y sus casas, sino también que esos lugares serán sembrados de palma.

Además están los temas de salud. Los fuegos de las turberas son especialmente peligrosos porque liberan a la atmósfera grandes cantidades de óxidos de carbono, metano y sobre todo pequeñas partículas que pueden llegar a los pulmones y a la corriente sanguínea, incluso al cerebro, y ocasionar muertes prematuras. Un estudio científico demostró que en los incendios de 2015 murieron más de cien mil personas. Cuando estuvimos en



Imagen 2: Mapa de Indonesia y países circundantes. Autoras: Sara Mingorría e Irene Iniesta.

Kalimantan, la calidad del aire era de 479 (500 es la peor calidad registrada por este indicador). Si la comparamos con ciudades como Madrid, vemos que hoy el indicador marca 25, y en Barcelona 45. A partir de 100, es peligroso para la salud. Este indicador mide la concentración de gases contaminantes y partículas en suspensión que afectan muy negativamente a la salud.

Hay comunidades y organizaciones ecologistas, conservacionistas y agraristas tanto locales como internacionales que siguen luchando y oponiéndose a la expansión de estos monocultivos. Las principales estrategias y vías de resistencia ahora son el uso de mapeos participativos. Emplean drones para obtener información de la tierra que pueden reclamar como suya a través de los programas de reforma agraria y bosque social del Gobierno. También realizan denuncias legales contra empresas o negociaciones directas. Asimismo en Europa se hacen campañas para que se prohíba la importación de aceite de palma (pues se considera que nunca será sostenible). En marzo de 2019 la Comisión Europea catalogó el aceite de palma como materia prima insostenible, ya que su producción está relacionada con la deforestación. El uso de aceite de palma

en el biodiésel se debe reducir a partir de 2023 y debería llegar a cero en 2030. El Estado español es el mayor importador de aceite de palma de la UE; lo destina principalmente a fabricar biocombustibles. Ecologistas en Acción ha organizado la campaña #siEsPalmaNoesBio para exigir al Gobierno español que no espere hasta 2023 y que deje de importar aceite de palma con base en el Plan Nacional Integrado de Energía y Clima (PNIEC) y el anteproyecto de ley de cambio climático.

El futuro no es muy alentador en Indonesia, ya que muchos grupos y comunidades están muy cansados de resistir, de ser criminalizados y asesinados, y al mismo tiempo el Gobierno realiza campañas a favor de la palma como la denominada #sawitbaik («buena palma») coincidiendo con los incendios. ▀

Referencias

EJAtlas, 2014. *Amungme against Freeport-McMoran, Indonesia*. Disponible en: <https://ejatlas.org/conflict/amungme-against-freeport-mcmoran-indonesia>, consultado el 19 de noviembre.

- EJAtlas, 2014. *PT PSA Oil Palm Plantation Conflict, Sumatra, Indonesia*. Disponible en: <https://ejatlas.org/conflict/pt-psa-oil-palm-plantation-conflict-sumatra-indonesia>, consultado el 19 de noviembre.
- EJAtlas, 2017. *Bangun Nusa Mandiri Palm Oil Plantation in Jelai Hulu, Ketapang District, Indonesia*. Disponible en: <https://ejatlas.org/conflict/establishment-of-pt-bnm-palm-oil-plantation-in-jelai-hulu-ketapang-district>, consultado el 19 de noviembre de 2019.
- EJAtlas, 2017. *Batang Coal Fired Power Plant, Central Java, Indonesia*. Disponible en: <https://ejatlas.org/conflict/batang-coal-mining-central-java-indonesia>, consultado el 19 de noviembre.
- EJAtlas, 2017. *IndoMet Project, Coal Mining in East and Central Kalimantan, Indonesia*. Disponible en: <https://ejatlas.org/conflict/the-indomet-project-coal-mining-in-east-and-central-kalimantan-indonesia>, consultado el 19 de noviembre.
- EJAtlas, 2018. *Batang Toru dam, North Sumatra, Indonesia*. Disponible en: <https://ejatlas.org/conflict/lesten-tampur-dam>, consultado el 19 de noviembre.
- EJAtlas, 2018. *New Yogyakarta International Airport (NYIA), Java, Indonesia*. Disponible en: <https://ejatlas.org/conflict/international-airport-on-the-kulon-progo-coast-indonesia>, consultado el 19 de noviembre.
- EJAtlas, 2018. *Tolak Reklamasi Movement against Artificial Islands (Reclamation) Project, Bali, Indonesia*. Disponible en: <https://ejatlas.org/conflict/tolak-reklamasi-bali-indonesia>, consultado el 19 de noviembre.
- EJAtlas, 2019. *Fisherfolk against Reclamations in Jakarta Bay, Indonesia*. Disponible en: <https://ejatlas.org/conflict/fisherfolk-against-fake-new-islands-in-jakarta-bay-indonesia>, consultado el 19 de noviembre.



FUNDACIÓ
ent

Icaria editorial

ecología Política

¡Suscríbete!

Si todavía no estás suscrita o suscrito puedes hacerlo por las siguientes vías:

Entra en www.ecologiapolitica.info

Llama al 93 893 51 04

Envía un correo a subscriptores@ecologiapolitica.info

La suscripción anual es de 2 números y cuesta 25 euros

Crítica de libros

El hilo conductor de la ecología. Sobre el tiempo, la vida y el trabajo de André Gorz

Joan Martínez Alier



El hilo conductor de la ecología. Sobre el tiempo, la vida y el trabajo de André Gorz

Editorial: Icaria

Año: 2019

Páginas: 119

Idioma: castellano

ISBN: 978-84-9888-904-8

*Crítica del libro: Joan Martínez Alier**



Palabras clave: André Gorz, ecosocialismo, teoría política

Keywords: André Gorz, eco-socialism, political theory

Este es un libro de solamente 119 páginas que sirve perfectamente de introducción al pensamiento ecosocialista de André Gorz (1923-2007). Las últimas páginas del libro contienen una biografía y una bibliografía muy completas de este autor nacido en Austria, educado en Suiza y estudiante de Química en Lausana durante la guerra para escapar del Holocausto, emigrado después a Francia, donde colaboró en la revista *Les Temps Modernes* de Jean-Paul Sartre. Nunca fue ni quiso ser profesor de universidad. Se ganó la vida como periodista y escritor francés, pero sin dejar de lado su formación filosófica y sus contactos alemanes y austríacos.

* Institut de Ciència i Tecnologia Ambientals (ICTA), Universitat Autònoma de Barcelona. *E-mail:* joanmartinezalier@gmail.com.

El libro está compuesto por una introducción de Willy Gianinazzi y cuatro entrevistas, la primera de ellas, la más larga, con Erich Hörl. La influencia de Sartre se hizo notar en la vida de André Gorz en el sentido de la inexorable libertad del individuo en el mundo: una idea básica del existencialismo. Sin embargo, al contrario de Sartre, André Gorz, que tenía tras de sí la experiencia europea de décadas de marxismo y leninismo, nunca se vinculó al estalinismo ni se entusiasmó con las juventudes maoístas de la década de 1960. Tampoco fue trotskista, como sí lo fue parte de la nueva izquierda europea de 1968. Permaneció en su espacio sartriano de un marxismo libertario. En 1977 publicó *Ecología y libertad*. Con un lenguaje económico-marxista, se preguntaba si los países enriquecidos no se encontraban ya con un «desarrollo exagerado de las (mal llamadas) fuerzas productivas», convertidas en fuerzas ecológicamente destructivas.

A la esfera de la remuneración por un trabajo asalariado de ocho a diez horas al día con una disciplina laboral que llevaba a la alienación, el

desinterés o el asco, debía añadirse una esfera mucho mayor, y creciente, de una remuneración no asalariada que permitiera el florecimiento de la creatividad individual y colectiva. Se pronunció también contra la remuneración en dinero del trabajo doméstico hasta ahora gratuito, una reivindicación feminista inicial en algunos países. «Yo distingo entre el trabajo asalariado y el trabajo para sí, por un lado, y las actividades autodeterminadas, por el otro lado; y pienso que la supremacía de las segundas sobre las primeras es un objetivo alcanzable.» Había que repartir todo el trabajo, tanto el asalariado como el trabajo para sí, las actividades domésticas y de cuidados, entre todos, hombres y mujeres. Y reducir el trabajo asalariado en beneficio de las actividades creativas que se realizan como un fin en sí mismas e incluyen las actividades estéticas, erótico-relacionales, solidarias o militantes.

Al marxismo libertario añadió dos grandes ideas que le hicieron conocido en la década de 1970. Una fue la de las «reformas revolucionarias», como podría ser ahora una verdadera transición energética a las energías renovables o la introducción de un ingreso básico universal como derecho humano. Parecen medidas reformistas, pero son revolucionarias. La otra idea fue la ecología política que desemboca en propuestas ecosocialistas; en este sentido, cuestionó la preminencia del trabajo asalariado (en *Adiós al proletariado*, libro de 1980) y discutió sobre tecnologías y formas de trabajo distintas. Fue crítico con las megatecnologías industriales. Colaboró en persona con Herbert Marcuse, Cornelius Castoriadis e Iván Illich, y se manifestó a favor de la microelectrónica y la informática, lo que puede sorprender a algunos lectores. Pero oponerse a la informática y la microelectrónica no servía de nada. Debíamos usarlas al servicio de una ecología política de la autolimitación.

Compartió el escepticismo de Georgescu-Roegen con respecto a las energías solares industriales, que generan costos materiales gigantescos debido a la baja intensidad de la radiación solar que llega a la Tierra. Por tanto, una sociedad eco-

lógica debe reducir voluntariamente las necesidades materiales y energéticas. Los límites ecológicos no nos los impone ninguna fuerza exterior; los humanos estamos «condenados a ser libres», como decía Sartre. No hay ningún poder, salvo nuestro propio poder como humanos, capaz de limitar nuestra libertad para instrumentalizar y hasta para destruir la naturaleza. Hemos de ejercer este poder de autolimitación.

Su «adiós al proletariado» fue algo prematuro, en mi opinión, si se considera que el trabajo industrial asalariado comprende hoy a una gran parte de la población mundial, sobre todo en China, India y otros países que están ahora en plena revolución industrial, en los que se solapan tres etapas: la economía del carbón (Dickens y Zola, en el imaginario europeo), la economía de las inmensas fábricas tayloristas de Henry Ford y la economía de Bill Gates. Antes de decir adiós al proletariado (masculino y femenino), conviene apoyar sus rebeliones no solo contra los salarios de miseria, sino también contra las condiciones de vida y la contaminación, es decir, conviene ver si puede haber un ecosocialismo industrial. El *adiós*, a nivel mundial, podría ir dirigido, más que al proletariado (no todavía), al campesinado, cuyo contingente creció, sin embargo, en el siglo xx por el aumento demográfico, pero que ahora disminuye. ¿Qué fuerzas sociales combinan el agrarismo comunalista actual (los diversos zapatismos) con el ecologismo? Este es un tema candente que Gorz no estudió, como tampoco se dio cabal cuenta de la creciente presencia de los indígenas en las fronteras para frenar la extracción de las materias primas.

Pero lo que sí estudió desde 1970 y tiene enorme vigencia es la cuestión de una economía capitalista sin crecimiento. Él fue quien, en 1972, en un debate sobre el Informe Meadows para el Club de Roma acerca de los «límites al crecimiento», se preguntó por primera vez si una economía con decrecimiento (*décroissance*) sería o no compatible con el capitalismo. No estaba seguro. El capitalismo «puede apostar por el desarrollo del *ecobusiness*, incluida la comercializa-

ción del agua, el aire y la luz solar; el deterioro ambiental, por un lado, el reciclaje y la reparación, por el otro, pueden activar y valorizar volúmenes colosales de capitales. La guerra y la economía de guerra ya solían producir un efecto parecido».

Por tanto, los ecosocialistas no debíamos meramente observar las lógicas del capitalismo y maravillarnos o no por su capacidad de metamorfosis; debíamos participar en las luchas sociales contra el sistema, como él mismo hizo mientras le alcanzaron sus fuerzas. Y saber identificar qué clases o grupos sociales protagonizan o acompañan esas luchas. ■

The graphic features a stylized map of Latin America in the center, composed of black and white geometric shapes. The map is surrounded by silhouettes of hands reaching out from the bottom and sides, and branches with leaves extending from the top and sides. The text 'COLCA 2020' is prominently displayed on the left side of the map.

COL CA 2020

IV Congreso Latinoamericano sobre Conflictos Ambientales

"Conflictos, Transiciones y Paz Ambiental"

26 - 30 de octubre de 2020 | Cali, Colombia

Universidad del Valle, Sede Meléndez

RED COLCA: <http://www.redcolca.org/>
Contacto: colca2020.cali@gmail.com

Entidades colaboradoras

La revista Ecología Política quiere ampliar su difusión entre organizaciones y movimientos sociales, para así conseguir llegar a un público más amplio. Al mismo tiempo la revista espera ser un canal de difusión que permita apoyar a los colectivos y movimientos sociales interesados en la ecología política. Por ello hemos creado la figura de ENTIDAD COLABORADORA DE LA REVISTA ECOLOGÍA POLÍTICA. Las entidades colaboradoras se comprometen a distribuir la revista a todas las personas que estén interesadas y a cambio consiguen revistas a un precio reducido para su posterior distribución. Si vuestra entidad está interesada, escribid un correo electrónico a secretariado@ecologiapolitica.info.

Entidades colaboradoras:



Observatori del Deute en la Globalització
<http://www.odg.cat>
 C/Girona 25, principal, 08010, Barcelona



FUHEM
<http://www.fuhem.es>
 Avda.Portugal, 79 (posterior)
 28011, Madrid



VSF Justicia Alimentaria Global
<http://vsf.org.es>
 C/ Floridablanca, 66-72,
 08015 Barcelona



ENTREPUEBLOS
<http://www.entrepueblos.org/>
 Av. Meridiana, 30-32, entl. 2º b
 08018 Barcelona



Coordinadora El Rincón-Ecologistas en Acción
<http://coordinadoraelrincon.org>
 Islas Canarias



GREENING BOOKS
www.bookdaper.cat
 bDAP834

Ecología Política 58
 Fundació ENT, 2019

MOCHILA ECOLÓGICA - Cálculo de la mochila ecológica de un ejemplar de la publicación

Masa publicación (g)	Huella de carbono (g CO ₂ eq.)	Residuos generados (g)	Consumo agua (L)	Consumo energía (MJ)	Consumo materias primas (g)
281	636	41	5	12	169
Ahorros*:	130	6	1	2	19

* Impacto ambiental ahorrado respecto a una publicación común similar

Este número de la revista *Ecología Política* alienta un debate de máxima actualidad: ¿estamos viviendo un momento de auge o más bien de crisis del ecologismo?

El número incluye diecinueve artículos que reflejan la controversia existente entre las diversas culturas y sensibilidades ecologistas. Los distintos textos plantean cuestiones sobre la teoría, pero también sobre la práctica, y analizan nuevas formas de activismo ecológico con la intención de dar un enfoque amplio y global de la situación del ecologismo en este periodo histórico de crisis climática y ambiental.

En su conjunto, es un número diverso, en el que se plantean tanto los retos conceptuales y políticos a los que se enfrenta el ecologismo como las oportunidades derivadas de las nuevas expresiones de ecologismo político y social.

En nuestra web es posible acceder a la versión electrónica de los números anteriores de la revista y suscribirse a ella.

 <http://www.ecologiapolitica.info>

 @Revista_Eco_Pol

 <https://www.facebook.com/revistaecopol>

ISSN 1130-6378



58

9 771130 637008

PVP: 15€